El Hogar
ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



"CORALITO" por RODOLFO FRANCO.

CONGOLEUM

SELLO DE ORO



Es el Superlinoleum de moda en las residencias veraniegas

Para la estación estival no hay alfombra ni tapete más fresco ni más confortable que CONGOLEUM, el elegante y hermoso cubrepiso actualmente en uso en las residencias veraniegas donde el buen gusto se manifiesta en su más alta expresión.

CONGOLEUM es el más higiénico y moderno de los cubrepisos. Se coloca sobre el piso sin clavarlo y su fijación especial impide que acumule tierra o insectos debajo.

CONGOLEUM, *el Superlinoleum*, une a sus cualidades extraordinarias de higiene y larga duración el artístico aspecto de sus bonitos dibujos impresos en diversos colores de exquisito tono para armonizar con todas las habitaciones de una casa.

Un trapo mojado es suficiente para conservar el CONGOLEUM siempre brillante sin alterar sus hermosos dibujos. Su duración es eterna y su precio reducido no tiene competencia.

VISITEN LAS EXPOSICIONES PERMANENTES DE

LAMBORN & COMPANY
Agentes Exclusivos
585, SUIPACHA, 585

GATH & CHAVES Ltd.
FLORIDA esq. CANGALLO

BUENOS AIRES

EMPRESA HAYNES
CASA EDITORA
393, CALLE MAIPÚ, 393
UNIÓN TELEFÓNICA 1472, AVENIDA

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA
(FUNDADA EN 1904)
APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— m/n.	Año	$ 11.— m/n.	Año	$ oro 8.—
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 6.— „	Semestre	„ 4.—
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 3.— „	Trimestre	„ 2.—
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.25 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.50 „		

El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

Anuncios en el exterior. — Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Casa de publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
CHILE, BOLIVIA: Alfredo Sánchez A.—C. de Correo 3536, Santa Mónica 2141, Santiago.
URUGUAY.—A. Adami, Pza. Independ. 824, Montevideo.
PARAGUAY.—E. D. Recalde, Bs. Aires 209, Asunción.

AÑO XVIII — Buenos Aires, 4 de Febrero de 1921 — NÚMERO 591

NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

El carnaval

Como todos los años, los diarios pronostican que las fiestas de carnaval recuperarán algo de su perdido esplendor. Pero el estado de los bolsillos no es muy favorable agüero de eso. Hasta creemos que no faltaría quien se horrorizase de ver a las fiestas de carnaval adquirir cierta animación. Así como nos dicen que el público se queja de la carestía de la vida pero gasta el dinero en teatros, nos dirían que hoy clama por la rebaja de los precios y que al día siguiente va a derrochar en diversiones carnavalescas lo que le haría falta para cubrir el presupuesto doméstico. Es verdad, pero eso sería predicar la vida monástica, y no sabemos si se atreverían a predicarla con el ejemplo. Dudamos mucho que el carnaval de este año sea muy brillante, y ya hemos expresado la fundamental razón financiera de nuestra desconfianza. Pero nada sentiríamos tanto como acertar, porque si el público tuviese que privarse también de aquello que le ayudaría a olvidar un poco las cotidianas privaciones, estaríamos en un mundo casi inhabitable.

La opinión de las señoras

Una comisión de señoras elevó al Senado un petitorio para que ese cuerpo sancione la reglamentación de los alquileres. La comisión habla en nombre de la clase media, y dice que el alquiler se ha transformado en el más pavoroso problema del hogar. He aquí uno de los párrafos de la nota: "La clase media, tan numerosa en esta capital, y que se compone de tantos hogares donde se sufre con estoica resignación, y hasta donde es posible, el sacrificio humano, es la menos defendida hasta hoy por las leyes tutelares; y así vemos a nuestros esposos, a nuestros hermanos y a nuestros hijos, ya en el límite de lo tolerable". ¿Cuál será la contestación que dé el Senado a esta nota? Una vez, en vísperas electorales, una voz se levantó en el Senado, para defender la clase media. ¡Lástima que no estemos en vísperas electorales!

Lo que se gasta en carreras

La cámara de diputados volvió a agitar el asunto del veto de las carreras de los jueves. Peor es meneallo. Si la cámara cometió una plancha apresurándose a votar las carreras de los jueves mientras se olvidaba del presupuesto y de otros asuntos urgentes, mejor le fuera tener paciencia que ejercer el derecho de pataleo. El veto de las carreras de los jueves es uno de los vetos mejor colocados que conocemos. Tenemos a la vista los dos últimos números del Boletín Mensual de Estadística Municipal. Las personas que concurrieron al hipódromo en octubre y noviembre fueron 130 mil, y el dinero que jugaron, cerca de 18 millones de pesos. Salen a 130 pesos por cabeza, y equivale a jugar 300 mil pesos por día. Si la cámara de diputados quiere restablecer su crédito, lo que le toca hacer no es dar coces contra el aguijón, sino suprimir las carreras de los domingos, que ya se ve lo que nos cuestan. Pero la cámara, muy escrupulosa en no parecer una dependencia del Ejecutivo, no ve ningún inconveniente en parecer una dependencia del Jockey Club.

El azúcar negra

La carestía del azúcar trajo a los escaparates el azúcar negra que de tiempo atrás había desaparecido del mercado. Algo peritos que somos en materia de azúcar, té y café, sabemos y certificamos que el té debe tomarse con azúcar de remolacha y que el café debe tomarse con azúcar negra. Pero todo ha degenerado, hasta el azúcar negra. ¿Qué es lo que encuentra el lector en el fondo de la taza si se le ha ocurrido tomar café con azúcar negra? Es tanto el descuido con que la manipulan, que no sería imposible encontrar una libra esterlina. Pero lo menos desagradable y lo que más frecuentemente se encuentra, son pasas de uva. Razón por la cual es menester renunciar hasta a tomar café con azúcar negra.

Los héroes anónimos

Después de haber creado mariscalatos y haber multiplicado los generalatos y sembrado en abundancia cargos altísimos; y después de condecorar a todo quisque, desde el oficial y el soldado que corrieron riesgo serio hasta el abastecedor que sólo corrió ganancias usurarias, los Estados, ansiosos de deshacerse de la mucha provisión de medallas y de placas y con ánimo de seguir los ruidos de homenajes que distraen a los pueblos haciendo siquiera de momento olvidar, con el relumbrón de las fiestas, los lutos de las jornadas vulgares, han acordado nuevos homenajes, y éstos al héroe anónimo: el soldado muerto y olvidado en el montón; a los caídos obscuramente. Estos forman la gran masa de los muertos, la mayoría de los sacrificados al monstruo de la guerra. Son los primeros en la desdicha, en la obscuridad; son en efecto, los anónimos. Pero son los últimos en el homenaje, aunque, positivamente, hayan sido los primeros en los merecimientos, porque son el pueblo, que es el que ha pagado la guerra y el que de ella ha recibido el mayor castigo. Para ellos es el recuerdo menos espontáneo; para ellos son las placas, los bronces y las músicas últimas, lo que ha sobrado; y son, además, pretexto de maniobras políticas; hasta muertos, se les utiliza y se les sacrifica a propósitos políticos; que, si éstos no existieran, no recibirían los anónimos ni placas de bronce, ni homenaje alguno, y seguirían olvidados en su obscuridad injusta e insalvable.

La oferta y la demanda

La semana pasada los precios del trigo bajaron hasta el nivel de marzo del año anterior, en que el pan de segunda se vendía a 35 y el de primera a 40. Atribuyamos la baja del trigo a la ley de la oferta y la demanda. Pero ¿a qué ley atribuir la carestía del pan? Cada día creemos menos en la ley de la oferta y la demanda. Lo único que puede explicar que el trigo baje para los molineros y que el pan no baje para los consumidores, es la ley del embudo. Esta ley rige asimismo los precios de la carne. Cuando, debido en parte a la suba del cuero y otros subproductos, se valorizó la hacienda, la carne subió proporcionalmente, queremos decir, desproporcionadamente. ¿Por qué está cara la carne?, preguntábamos. Porque lo está la hacienda, nos respondían. Ahora, según el gerente de un frigorífico, la carne no puede bajar, aunque la hacienda ha bajado "porque la baja experimentada por los subproductos, cueros, sebo, etc., refluye en el sentido de alza en el precio de la carne, como natural compensación".

Bibliografía

Sobre la nueva orientación educacional, por Antonio E. Hiriart. Opúsculo. Publicación de la Dirección general de escuelas de la provincia de Buenos Aires.

El mutualismo en la lucha contra la tuberculosis, conferencia pronunciada por el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, en beneficio de la Caja de previsión social vascongada, en el teatro Liceo, el 26 de noviembre de 1920.

Anales del Instituto modelo de clínica médica. Tomo V, correspondiente al año 1920

El misterioso paquete de cartas, novela por Alejandro Sux. Publicación de la La Novela del Día.

Crónicas americanas. "Episodios del descubrimiento, conquista, exploración, colonización e independencia americana". Cuaderno número 1 de una serie de publicaciones de información histórica, recopilada del archivo de los Vivar, por Fernando Díaz de Vivar.

Los anunciantes exigen la comprobación de los tirajes

De un tiempo a esta parte notamos una marcada tendencia en los señores anunciantes a exigir de los propietarios de diarios y revistas pruebas sobre la circulación de los periódicos que ellos utilizan como medios de propaganda.

Esta exigencia de los anunciantes es una innovación que merece toda nuestra simpatía y apoyo, pues se trata de algo a que tienen derecho y que siempre hemos reconocido y defendido.

En los Estados Unidos y la Gran Bretaña, donde hace mucho tiempo que este principio ha sido puesto en práctica, ningún anunciante contrae compromisos con empresas periodísticas sin antes haber verificado la circulación de sus publicaciones. Además, existen allí instituciones encargadas de controlar en forma absoluta y fehaciente este importante detalle para el comercio. Dicho control, en los referidos países, es tan general y llega a tal extremo que el diario o revista que no someta sus libros a una investigación satisfactoria para el anunciante, se le considera como sospechoso a los efectos de la propaganda.

Considerando que ha llegado el momento de que nosotros tengamos una cosa análoga para ofrecer una garantía sólida al comercio que nos favorece con sus anuncios, desde esta fecha, invitamos gustosamente a los clientes o agentes de publicidad a pasar por estas oficinas para revisar minuciosamente nuestros libros y documentos, a fin de que se convenzan de la verdadera circulación de nuestras publicaciones.

LA FIESTA DE MOMO

por Mono SABIO

Larra escribió un día con cierta razón que "el mundo es todo máscaras; todo el año es carnaval"; nosotros, al contrario, gente seria, cansada y aburrida de vivir, se diría que hemos resuelto que si todo el año es carnaval, dejen de serlo los días oficialmente consagrados a esa fiesta.

Ningún espectáculo más lamentable que nuestros carnavales tristes. En los cosos, unos cientos de personas elegantemente ataviadas se arrojan displicentemente serpentinas, con cierta metódica parsimonia que no fatigue el brazo ni agote demasiado pronto la reducida provisión. Cada cinta de papel tiene el significado de una declaración de amor o de amistad. No se lanzan al azar, aquí y allá, en el vivo frenesí de gustar cada uno su destreza, su tino o el simple recreo de tirabuzonear el espacio o de aumentar la red multicolor. Se envían como mensajes en forma personal e intransferible, después de una prolija selección de candidatos. Como una serpentina viene a ser así un homenaje, la persona favorecida tiene que agradecer la fineza y lo hace. Caza al vuelo el extremo libre de la consabida sierpe, sonríe, saluda y envía la contestación. Este episodio, repetido hasta doce veces en la noche, por ser ese el número de serpentinas del único paquete que cada espectador está dispuesto a gastar, nos da la íntima complacencia de haber cumplido nuestro deber.

Sin embargo, hay gentes pródigas que sin reparar en excesos, llevan, además del paquete de serpentinas, a veces hasta tres ramos de flores, muy chicos en efecto, pero tres, y hay quien vuelve a casa sin ninguno.

Esto, en un país como el nuestro donde no se sabe lo que es la economía, donde derrochamos el dinero sin placer y sin arte, donde la inmensa mayoría en vez de ahorros tiene deudas ganando más de lo que necesita para vivir, es realmente ridículo. Al que no le guste la fiesta, que no vaya. Si a nadie le agrada, suprimamos el carnaval. Todo antes que esos paupérrimos cosos donde no hay ni flores, ni serpentinas, ni alegría, ni ingenio, ni juventud.

Nuestros bailes no son tampoco bailes de carnaval, en los que el antifaz debe ser la enigmática esfinge de divertidas sorpresas. Las damas acuden a ellos sin ocultar el rostro bajo el raso sugestivo de la máscara. Lindas o no, ninguna gusta el incógnito, talvez no más que para evitar el anónimo al prestigio de su traje. Pero un baile de carnaval a cara descubierta viene a ser como un merengue sin azúcar. La fiesta de broma e intriga se convierte en una vanidosa exhibición de trajes caros. El humorismo, la gracia y la ironía no son nunca invitados, porque las fiestas las preside el hastío, ¡claro! Es absurdo tomar en serio el carnaval.

¿Qué tristezas se van infiltrando en nuestras almas para hacernos tan graves, tan solemnes, tan aparatosos? Nos titulamos pueblo joven y parecemos más viejos que los que realmente lo son. Pero lo censurable es que nuestra seriedad no constituye la reflexión de la sapiencia, la amargura del desencanto, ni la preocupación de la miseria. Este gesto sombrío de nuestras caras no dice ni significa nada, no tiene motivo ni justificación.

La delicadeza y la espiritualidad, esas dos flores, esas dos alas, son rudimentarias en nuestro medio. Pasamos, sin transición, de la empalagosa dulcedumbre de los de arriba a la grosera chabacanería de los de abajo. O nos adormece el susurrante halago, o nos encoleriza la agresiva estupidez.

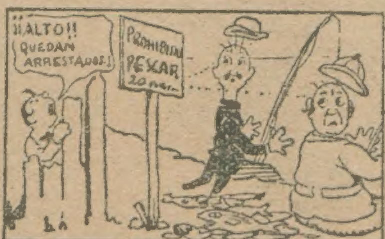


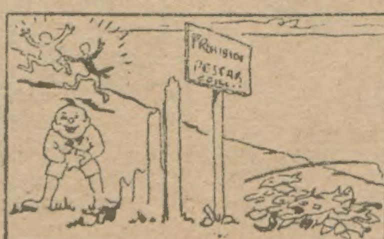
Francia, que dicta sus dogmas a las casas de modas, no ha influído aún nuestras costumbres sociales.

El pobre Carnaval bostezará este año, como todos, en los cosos, en los bailes, en las calles, en los paseos. Y los que no tengan humor para quedarse en casa, tendrán que soportar resignadamente las rociadas de agua, los papirotazos de serpentinas y las groserías e indecencias del señor del Mal Gusto que en estos días tiraniza y aburre a la ciudad.

Los pescadores... ¡¡¡pescados!!!









MENENDEZ PELAYO

por Pedro de URDEMALAS

El lector deseoso de conocer la vida y la significación en la cultura de don Marcelino Menéndez Pelayo debe recurrir al minucioso y documentado estudio de Bonilla y San Martín, que sirve de introducción al cuarto volumen de los "Orígenes de la novela" (Nueva Bib. de Autores Esp.). Nos limitaremos aquí a muy someras indicaciones biográficas, remitiendo a quien desee más amplia información, al referido estudio, y extendiéndonos en algunas reflexiones que nos parecen oportunas.

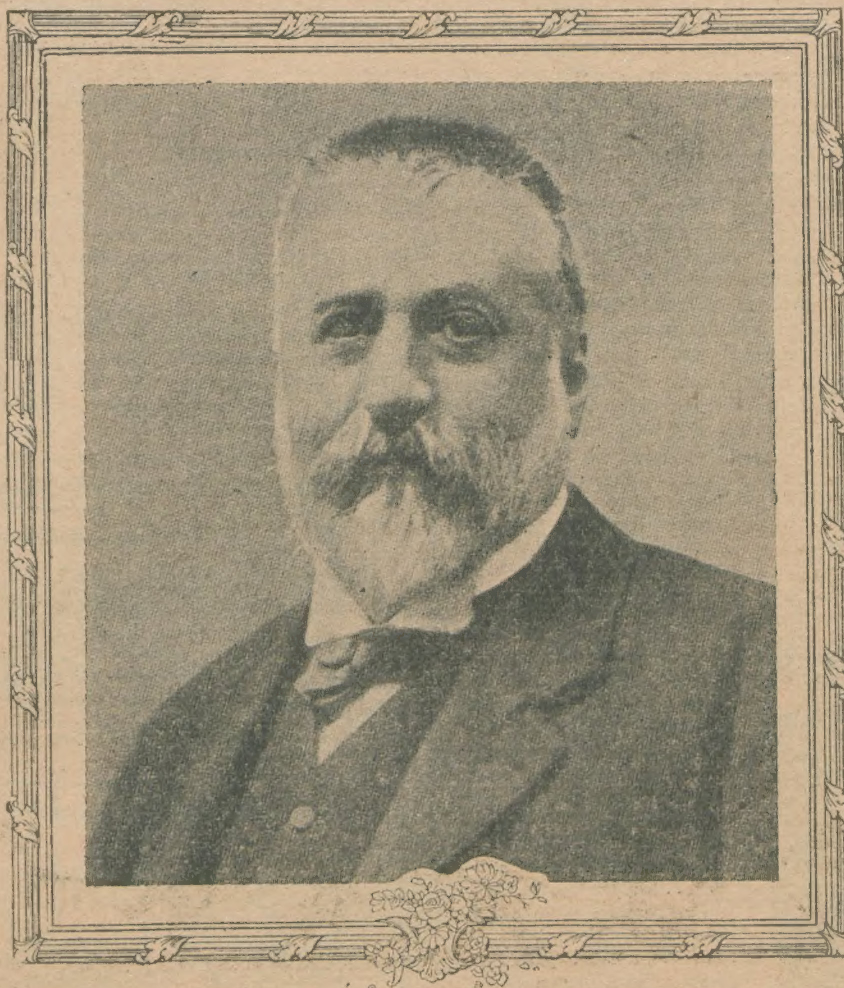
Nació en Santander, en 1856. Allí cursó el bachillerato, revelándose desde luego como un estudiante extraordinario. Estudió filosofía y letras en Barcelona y Madrid. Desde entonces la historia de su vida se confunde con la historia de sus libros. Se identifica con su obra, no vive sino para ella.

Entre los problemas dolorosos que plantea la cultura, no es el menor el de estas vidas sacrificadas a ella en absoluto, viviendo al margen de la existencia corriente; no es un mero accidente lo que ha impedido a Menéndez constituir un hogar, ejercer otras maneras de actividad que, cuando se prescinde de ellas, dejan en el espíritu la sensación de un vacío, de algo trunco e incompleto. Desde los diez y siete años se dió a imaginar grandes empresas intelectuales, de las cuales es la primera la "Biblioteca de Traductores Españoles" en que trabajó después toda su vida; poco antes de cumplir los veinte, esta elaboración interna, donde está en germen toda su obra futura y hay semillas que no se lograron, es tan intensa que debía excluir necesariamente toda preocupación extraña a ella. Elabora casi simultáneamente el plan de la "Historia de las ideas estéticas en España", el de los "Heterodoxos", el de la "Ciencia española", el de "Horacio en España"... A los veintiuno gana por oposición la cátedra de historia crítica de la literatura española en la Universidad Central. Menéndez no tenía la edad requerida; pero Pidal presentó un proyecto a las Cortes para remover este impedimento, proyecto que el omnipotente Cánovas hizo aprobar casi por unanimidad.

Durante los años 1876 al 78 había viajado por Portugal, Italia, Francia, Bélgica y Holanda, recogiendo datos en las bibliotecas y adquiriendo libros para la suya: visitó también con los mismos fines las principales ciudades españolas. En 1876 publicó la primera edición de la "Ciencia española", y en 1880, la de la "Historia de los Heterodoxos Españoles", obras de inapreciable aporte a la historia de la cultura nacional, concebidas desde el punto de vista católico más riguroso y en son de polémica; entre una y otra dió los "Estudios poéticos", composiciones originales y traducciones de poetas griegos, latinos, italianos, franceses, ingleses y catalanes, reproducidas en parte y continuadas después en el volumen "Odas, epístolas y tragedias" (1883). Se ha puesto en duda la aptitud poética de Menéndez: Valbuena la emprendió contra él violentamente en los "Ripios académicos", sin perdonar siquiera la hermosísima "Epístola a Horacio", y al mismo tiempo censuraba a Tannenberg por su elogiosa mención del poeta en uno de sus útiles — y ramplones, dicho sea de paso — libros de vulgarización ("Poesie cast. cont."). Por la peculiar naturaleza de su espíritu, por su frecuentación de los clásicos grecolatinos, Menéndez necesitó años y esfuerzo para sentir el lirismo moderno, subjetivo y atormentado, tan diferente de las normas poéticas de la antigüedad. "Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música".

Poeta clásico, se aparta un tanto del tipo de poeta que ahora concebimos, un poco exclusivamente, como el poeta por excelencia, olvidando que, según palabras suyas (en el ensayo sobre Heine, de donde es también la cita precedente), "muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la fantasía".

La inconclusa "Historia de las ideas estéticas en España" es de 1883. Para apreciar lo desmesurado del intento, hay que pensar en la carencia absoluta de precedentes, en la falta de los estudios monográficos previos que exige una obra de este orden. Nada existía sobre el asunto. Menéndez emprendió su tarea historiando la estética griega y latina, para explicar su influencia sobre la española. Al llegar al siglo XIX, creyó deber trazar el cuadro de la estética europea del siglo, como introducción. El asunto tomó tales proporciones, que no pasó de la introducción. La obra primitiva, trunca, forma ahora tres diferentes: "H. de las ideas est. en Esp. hasta fines del siglo XVIII", "H. de las ideas est. en Europa hasta fines del siglo XIX" y "H. del Romanticismo francés". No estará demás aducir dos autorizadas opiniones sobre este libro, que prueban lo gratuito de ciertas consideraciones desdeñosas recientes sobre la obra de Menéndez. El filósofo italiano Croce, en su "Estética", dice: "Entre los países latinos, Francia no tiene una historia especial de la Estética... En cambio España posee el libro de M. M. P... — el cual no se limita, como parecería del título, a España únicamente, ni a la sola Estética filosófica... — Obra capital en cuanto atañe a los escritores españoles, presenta, también en la parte general, buenas exposiciones, trasladadas frecuentemente a otras historias". Más adelante, remite a Menéndez con preferencia a todo otro autor, para la estética de San Agustín, y agrega: "Para la tradición de las ideas platónicas y neoplatónicas en la Edad Media y Renacimiento, más ampliamente y mejor que todos, M. P.". Es la más elocuente consagración de un libro que no trata expresamente esos temas, sino como ilustración de su asunto propio. Recomienda además a Menéndez Pelayo para ciertos estéticos alemanes.

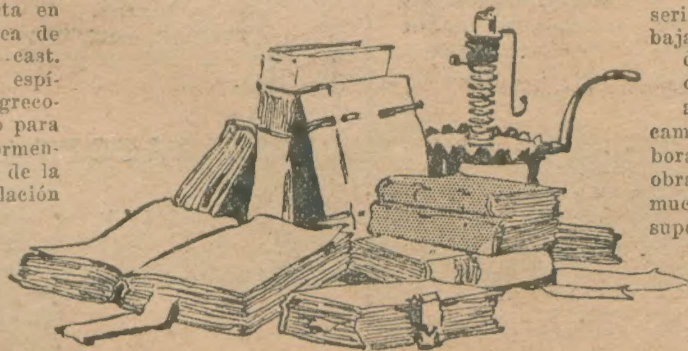


Don Marcelino Méndez Pelayo.

El profesor Farinelli escribe en su "Romanticismo in Germania": "Romantic. en Francia", último y notable volumen, comúnmente no advertido ni recordado de la "H. de las ideas est. en España"... Nótese la inclusión, y en uno de los primeros lugares, una sucinta bibliografía del romanticismo "francés", con preferencia evidente a otros libros en aquel idioma. Más adelante, llama a las "Ideas estéticas" "bella y vastísima obra, por desgracia no terminada".

Demandaría más espacio del que aquí se nos concede la consideración, aún somera, de sus obras restantes: la "Historia de la poesía hispano-americana", que él reputaba el mejor escrito y menos leído de sus libros; los "Estudios de crítica literaria"; la "Historia de la poesía castellana en la Edad Media"; el "Tratado de los romances viejos"; los "Orígenes de la novela"... En los tres últimos resplandece el don incomparable de transmitir el generoso entusiasmo que en él estos estudios encendían, la virtud simpática de despertar en los demás el amor que por las cosas de belleza y de arte sentía él mismo. Menéndez ha sido un poderoso sugestionador. Se le ha reprochado alguna ligereza en sus ediciones; pero, ni por educación ni por su época, fué un filólogo al modo de Menéndez Pidal, y de haberlo sido, fuera menor su influencia. Otros, por el contrario, han censurado sus maneras de erudito: toda una dirección del pensamiento español contemporáneo, la que procede del por tantos motivos maestro Giner de los Ríos, critica la "inútil solicitud" de los bibliógrafos, como si la crítica psicológica, la crítica de interpretación, que quisieran única ahora, fuera posible sin la depuración de los textos y toda la labor de restitución que impide luego al filósofo pasmarse ante un error de copista o admirar en Calderón un pasaje que es de su editor Hartzenbusch... "Azorín" ha motejado de excesivamente exterior y no psicológica la crítica de Menéndez, y de engolado y poco familiar su estilo. Hay, en efecto, páginas en exceso trabajadas, como la X del tomo I de los "Orígenes de la novela", bellísima por otra parte. Y no se puede negar al discurso en el aniversario cervantino de 1905 el mérito de ser una de las cumbres de la elocuencia moderna castellana.

Si no es Menéndez Pelayo un filólogo, no es tampoco mero crítico literario: su característica es la unión indisoluble de la crítica estética y la investigación histórica. Así le ha tocado en suerte la tarea titánica de establecer una larga serie de valores en la cultura de su tierra, trabajando, no en un medio de ciencia organizada, donde los caminos son fáciles y basta aplicarse a beneficiar la cantera común, sino en absoluta soledad, descubriendo él mismo el camino por donde había de marchar luego, elaborando los ladrillos para el edificio futuro. En obra realizada en tales condiciones ha de haber mucho que con el tiempo se supere. Lo que nadie superará nunca es el soplo de vida con que vivificó cuanto tocaron sus manos; es el amor entrañable puesto en el análisis de tal oscuro poeta o novelista, a cuyo conjuro fueron alzándose páginas enteras de la tradición nacional.



La "complicada" cuestión de la indumentaria femenina

La opinión de una interesada

En un elegante papel, pero con una letra detestable, hemos recibido desde el "Ocean Club", de Mar del Plata, una larga carta que trae al pie el nombre de una niña conocida, que preferimos omitir, porque para el caso no interesan estos detalles. No nos consta, por otra parte, que la firmante sea la propia autora del escrito, y lo más probable es que, dentro de aquel ambiente familiar, se nos quiera utilizar como instrumento para una bromita innecesaria. Ahí va pues, sin otros comentarios, la carta que hemos recibido:

Mar del Plata, enero 20 de 1921. (En el "Ocean Club", a la hora más deliciosa, de 2 a 4 de la tarde, cuando no hay un gato...)

Señor Director de EL HOGAR. Todo el mundo se ha creído en la obligación de opinar sobre esta "complicada" cuestión de la indumentaria femenina. Rompió el fuego ese señor Jordán; fué después un sacerdote, y por último, un presidente fronterizo de la Liga Patriótica en "San José de Nosedonde"... Vale decir, tres personas distintas y un solo criterio equivocado. Ninguno de los preopinantes tiene los títulos que pudieran presentar, por ejemplo Jorge Cabral o Carlos Dose, para disertar sobre el tema. El primero, porque en sus años de cronista mundano, se ocupó de vestidos, y el segundo, porque en su larga trayectoria de conquistador ha visto mucho y... (*Aquí nos vemos obligados a suprimir un párrafo que se nos ocurre fuera del tema.*) El señor Jordán, si la memoria no me es infiel, se asomó alguna vez al Consejo Nacional de Mujeres; fué en aquel rincón agradable de Buenos Aires, la única oportunidad en que nos viera de cerca. Frecuentaba sus sesiones de lecturas como inevitable acompañante de Alfredo L. Palacios, a quien le dió durante algunos meses la "chifladura" mundana. En aquella cruzada, uno y otro conquistaron... un sitio predilecto en el concepto de las venerables matronas que dirigen la institución.



El segundo opinante, es un sacerdote: nada puedo decir porque no lo conozco. Si se tratara de monseñor de Andrea, es posible que me creyera autorizada a decir cuatro cosas, porque este prelado hablaría con mayor conocimiento de causa.

El tercero, es el presidente de una brigada rural del extremo norte de la república; este buen hombre no debe sorprenderse, porque yo imagino que en aquella región no deben andar más provistas de ropas sus gentiles coterráneas. Me enseñaron en la Santa Unión y luego creo haberlo oído a Parravicini en su monólogo "El descubrimiento de América", que los indios se "vestían de desnudo"...

Ahora, deseo que el señor director de EL HOGAR, a quien quiero suponer un espíritu ajeno a todo sectarismo estético, escuche la voz de una niña a la moda y para la cual no hay inmoralidad alguna en lucir sus brazos desnudos y en revelar la frescura de su piel rosada a través del "organdie".

He leído, creo que un libro de Pierre Louis (que saqué a escondidas de la biblioteca de papá), que existía un maravilloso país donde irremisiblemente se hubieran fundido sastres y modistas, porque la pura y santa castidad imperaba por doquier. Ellos y ellas, se habituaron a esa vida y nunca los ojos vieron nada malo, ni el pensamiento reflejó ideas perversas. Parece que esto sucedía antes de que el diablo llegara al mundo. Poco a poco, la civilización fué creando complicaciones a la existencia, y a la histórica hoja de parra, sucedió la piel de tigre, luego... ¡oh! fuera muy largo detallar las etapas de la moda femenina hasta llegar a nuestros días en que la piel de mono constituye la última palabra del chic!...

Ahora han surgido moralistas porque a las chichas nos agrada andar frescas, con nuestros brazos al aire y cubiertas nuestras espaldas por la transparencia de vaporosos tules. El hecho no llamaría nuestra atención y hasta fuera lógico que un sacerdote tan bueno como falto de roce mundano y un presidente de belicosa brigada rural, se hicieran cruces porque la moda veraniega nos otorga el derecho de lucir nuestros encantos...

¡Pero que sea un poeta!... Un ser que ha vivido cantando a la belleza y que al decir de algunos que lo conocen, tenía una novia por semana... ¿Cuándo ha sido sincero el escritor Jordán? ¿Al entonar sus endechas o ahora, que se escandaliza porque tenemos veinte años?

No tema el señor Jordán, ni el sacerdote, ni el presidente de la brigada, que la carencia de mangas en nuestro vestido signifique también falta de pudor. El análisis debe profundizarse por el espíritu de cada una y... muchas habrá que se cubren hasta los ojos y son peores...

Lo que sucede en todo esto es que, sin quererlo, las mujeres estamos reñinando el buen gusto y ¡claro está! la empresa es ardua. La civilización ha costado muchos años de lucha incesante y todavía falta mucho camino que recorrer para alcanzar el perfeccionamiento.

¿Quiere una prueba? Aquí mismo en Mar del Plata, acaba de romperse un compromiso matrimonial porque una niña se bañaba de "maillot" ceñido al cuerpo. El novio (que merecía completar el cuarteto del poeta, del cura y del presidente de la brigada) tuvo la infeliz ocurrencia de pretender que su novia no se luciera...

¡A qué excesos conduce el egoísmo!...

Saluda al señor Director, con toda consideración.—*Una chica del "Ocean Club"*.

A grandes males, grandes remedios.—*Parece ser que no hay manera tan radical de cauterizar y curar la mordedura de una serpiente venenosa como quemar pólvora sin humo en la herida. Así por lo menos salvó su vida en el desierto un minero que fué mordido por una serpiente cascabel.*



Quemándose con pólvora una herida producida por la mordedura de una serpiente cascabel.

La víctima viajaba a unos 80 kilómetros al norte de Potholes en el Desierto Imperial, cuando una culebra cascabel de 1.50 metros le mordió en el pie izquierdo atravesando la bota y rasgándole la carne.

Para encontrar el médico más próximo había que andar 160 kilómetros, y no contando con medios para hacer una cura de urgencia, el minero comprendió que si no cauterizaba la herida moriría irremisiblemente después de horrible agonía en las soledades del desierto.

Rápidamente, de un tiro deshizo la cabeza de la serpiente, se descalzó el pie mordido, agrandó la herida con su navaja, dejó que la sangre saliese con abundancia para quitar cuanto veneno pudiese, y luego cubrió la herida con la pólvora de uno de sus cartuchos y aplicó un fósforo encendido. La llamarada surgió y cauterizó la herida.

El minero cayó desmayado por el dolor y cuando volvió en sí, montó en su burro y se dirigió a Blythe, en el Río Colorado, en donde tomó el tren para Los Angeles.

Los médicos del hospital adonde fué a parar, declararon que el desesperado tratamiento que había empleado el minero le había salvado la vida.

* * *

Cómo se explica June Caprice.—*La gentil personilla que tanto nos agrada en la pantalla ha declarado que, en su concepto, tres son las condiciones mínimas para triunfar una mujer como artista de cine. Y son ellas: "De estas tres condiciones—agrega—la más importante es la delicadeza. Gracia puede adquirirse. La hermosura cambiará según los retratos. El operador la hace a una más o menos hermosa, pero la delicadeza es en la mayor cantidad de los casos una cuestión de temperamento, de sangre. Y es por ello que al final de cuentas se llega a la siguiente conclusión: para triunfar en el cine se necesita temperamento".*

Cosas del arte mudo

LA TRISTEZA DE CARLITOS

por Jack MOREIRA

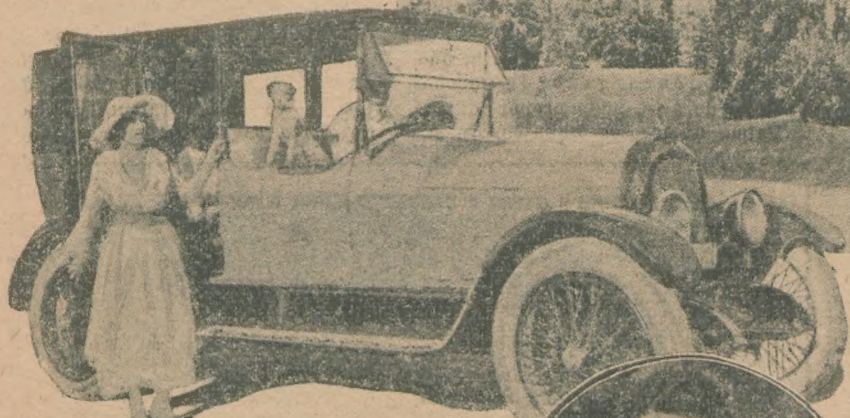
Para los que no conocen a Carlitos Chaplin más que por sus películas, un artículo titulado como éste no puede menos de parecer una paradoja o una de esas composiciones sensibleras en que se demuestra campanudamente que la vida de los bufones no es siempre tan alegre como sus tradicionales cascabeles.

La tristeza de Carlitos no es la del protagonista melodramático de cierto mal poeta sudamericano, ni es una afectación de artista ávido de publicidad: la tristeza de Carlitos, por lo que de ella conocemos, nos parece una de las más sinceras y humanas que sufre hoy hombre alguno de la tierra.

Hasta hace poco más de dos años, y para mayor exactitud hasta su casamiento, en 1918, con Mildred Harris, nada se sabía de Chaplin que no pareciera envidiable.

Unas cuantas películas cómicas habían bastado para hacer célebre y millonario al original bufo de la galera abollada, los pantalones bailotantes y la cimbreadora varita.





Mildred Harris, descendiendo del automóvil de su propiedad pagado por el esposo de quien se divorcia por encontrarlo avaro.

Exterior y jardín de la casa en que "el avaro Carlitos Chaplin" instaló a su esposa, en California.

Se conocían sus antecedentes modestos, su rápida fortuna en el arte mudo y sus costumbres parsimoniosas. Se comentaba, por ejemplo, que hubiese exigido a la empresa Essanay un aumento de pocos dólares semanales a su enorme sueldo y que diese por toda explicación la de que esas docenas de dólares "las quería para satisfacer sus gastos personales".

Carlitos era, pues, parco en sus gastos, a sabiendas de todos, y nadie pensaba en reprochárselo. Por el contrario, esa mesura podía contrastar halagüeñamente con el lujo advenedizo de infinidad de sus camaradas.

Por entonces, Carlitos era respetado como artista y querido como persona. Para Herbert Brenon, Chaplin y Mary Pickford eran los dos únicos artistas cinematográficos dignos de su renombre y de sus sueldos; para infinidad de espectadores y cantidad de amigos, Carlitos era el artista más popular y el mejor muchacho de cuantos actuaban para la pantalla.

Con su matrimonio, cambió singularmente la situación de Carlitos. Su esposa fué Mildred Harris, actriz sumamente mediocre y que debió sus primeros papeles estelares a Lois Weber. Físicamente, Mildred era y es una deliciosa mujercita rubia, de cabello encrespado, facciones suaves y ademanes gráciles. A pesar de haber actuado en el cine como actriz infantil, Mildred Harris no atrajo la atención mundial, sino por su casamiento con Chaplin. Antes de esa boda, sólo se hablaba de la modestia inaudita de Miss Harris. Esta carecía de vanidad, se había presentado como simple debutante a Lois Weber, etc., etc. Y no fueron ciertamente sus modestos triunfos de la "Jewel" los que pudieron mudar tan de pronto el carácter de Mildred Chaplin...

Como para tantos otros hombres célebres, la desgracia de Carlitos data de su boda, realizada el 23 de octubre de 1918.

Si los primeros tiempos de su matrimonio fueron felices, es indudable que fueron breves. Los más de ellos pasaron en la espera de un hijo, que murió poco después de su nacimiento, a fines del año siguiente. Casi en seguida, se hicieron públicas las desavenencias entre Carlitos y su señora.



Carlos Chaplin en uno de sus buenos momentos.

Primero, surgieron los rumores del divorcio persistentemente desmentidos y tercamente reeditados: se llegó a publicar una instantánea de Carlitos riendo a carcajadas, de esos rumores, y — cosa extraña — esa risa de Carlitos era mala, hasta como risa de teatro, tenía algo de forzado, de extraño, de violento, que no fué sino demasiado explicable algo más tarde.

La verdad no tardó en saberse, y el divorcio se produjo, escandaloso como pocos, quizás como ninguno. Antes de que lo decreten los tribunales, ya ha dado que hacer a la policía.



Mildred Harris Chaplin, cuyo divorcio ha ensombrecido la vida del admirable bufo.

Cuando aun no había nacido el hijito malogrado de los Chaplin, se supo que cierto señor Mayer firmó un contrato con Mildred Harris, según el cual ésta percibiría 100.000 dólares por cada película que interpretase para dicho empresario.

Hace algunos meses, los diarios neoyorquinos publicaron con toda índole de detalle y de insinuaciones, la noticia de un pugilato entre Charles Chaplin y ese mismo Mayer, empresario de su esposa. Mientras se produjo el pugilato, en el que Chaplin llevó la peor parte, su señora bailaba graciosamente con el príncipe de Gales, de paso por Norte América...

El divorcio de los Chaplin era desde ese momento inevitable y todo parece ahondarlo.

Lo que no deja de ser curioso, es la campaña de prensa que se desencadenó, a partir de ese incidente, contra el célebre bufo y a la que sería difícil encontrar precedentes.

Antes de su casamiento, ya era conocida y exagerada la parsimonia de Carlitos. La anécdota referida lo comprueba. Sin embargo, nunca ha sido comentada y denostada la tacañería de nadie—ni aun la de Scslock—como lo es actualmente la de Carlitos.

Su propia esposa dirige la campaña; no hay repórter, por ínfimo que sea el periódico que represente, que no pueda obtener de ella algún nuevo rasgo de la sordidez de Chaplin. Una de las bromas favoritas de la encantadora Mildred consiste en decir que a su esposo no le podían sacar un centavo ni mediante las máquinas limpiadoras de alfombras por aspiración a altas presiones.

Con todo, es en los labios sinuosos y frescos de Miss Harris donde el reproche nos resulta menos convincente. Las fotografías que publicamos de la casa en que Carlos Chaplin instaló a su esposa no nos parece despreciable. En una de esas fotografías, Mildred Harris desciende de su automóvil que Shylock habría borrado seguramente de su presupuesto. Además, aunque Carlos Chaplin no diera grandes sumas a su esposa—lo que no sabemos haya sido todavía demostrado—es innegable que ésta ha hecho con ese matrimonio el mejor negocio de su vida. Antes pocos conocían a Mildred Harris, modesta artista de cine que, después de diez años de actuación, podía presentarse a Lois Weber—enterada del arte mudo como pocas—y decirse una simple principianta; hoy todos sabemos el nombre de Mildred Harris Chaplin—que la divorcista no ha abandonado—y obtiene contratos que con su nombre de soltera jamás había conseguido.

En cuanto al reproche de "crueldad moral" añadido a los autos, es uno de esos comodines legales de que no estaría exento el mejor esposo de quien quisiera divorciarse su compañera, dada la forma en que parece interpretarse.

Lo cierto es que Carlitos, lejos de imitar la locuacidad agresiva de su ex esposa, se encierra en su casa y rehusa la entrada a todo cuanto de lejos o de cerca se relacione con un periódico.

Como es de práctica, los mismos que antes le reconocían o toleraban todo, ahora se lo reprochan. Hasta se le niega su extraordinaria comicidad y se le pospone ridículamente a sus menos certeros imitadores. En un concurso reciente, hecho en Norte América para designar el actor de cine más popular, Carlitos no aparece sino en vigésimo tercer lugar, después de señores como Gastón Glass, Ralph Graves y Harold Lloyd...

Así, pues, cuando revistas neoyorquinas nos hablan de la actual misantropía de Carlitos, de su odio por la prensa que lo calumnia y por los curiales que lo despojan, nuestra simpatía lo acompaña, porque nos parece evidente que, por ser el más artista de cuantos intervienen en su desagradable divorcio, debe ser también el que más sufre.



Carlitos Chaplin en varias expresiones de sus más admirables interpretaciones.

JACOBO PALMA (EL VIEJO)

Cumpliendo nuestra misión de divulgadores de la cultura vamos a dar a conocer la vida y las obras de unos cuantos maestros gloriosos de la pintura, empezando por éste que se significa en el siglo XVII.

Formó parte Jacobo Palma de la brillante pléyade de pintores venecianos de la escuela de Juan Bellini que se formó en la de Padua, grupo interesantísimo de artistas al que pertenecieron el Giorgione, Tiziano, Lotto, Sebastián del Piombo, los Bonifacio, Porderone, París Bordone, Tintoretto y Pablo Veronés. Escuela de la que dice el profesor de Leipzig A. Springer que su mérito no consiste únicamente en el colorido, porque sus pintores no deben a sus impresiones locales su encanto particular. Las alegrías de la vida y el amor a los goces, que no se cansan de reflejar en sus obras y que hacen revivir con una perfección admirable, son uno de los elementos del Renacimiento. Los hombres que ellos pintan gozan plenamente de la felicidad de existir y de amar, recuerdan a los dioses de la antigüedad y nos muestran de qué manera la vuelta de éstos fué por mucho tiempo popular. Este fondo natural del arte veneciano explica, a juicio del citado escritor, que no haya una diferencia marcada entre los maestros de primer orden y los de segunda fila, como sucede en otras escuelas italianas.

De Palma, apellidado "el Viejo" para distinguirle de un sobrino suyo, pintor también, que llevaba sus mismos nombre y apellido, se sabe poco. Ni siquiera puede determinarse con exactitud la fecha de su nacimiento, a pesar de las largas controversias sostenidas por sus biógrafos para esclarecer este punto. Según D. Pedro de Medrazo, existiendo una obra de este pintor firmada en 1500, mal puede traerse su nacimiento al siglo XVI ni a la última decena del XV y tampoco llevarse su fallecimiento a mucha distancia del año 1548, pues Pablo Pino, en su Tratado de la pintura, impreso en dicho año, incluye a Palma "el Viejo" entre los artistas fallecidos "recientemente". Lo más verosímil es que nació en Serinalta, lugar del vicariato de Bérgamo hacia el año 1480, y que murió por los de 1548. Tiénese por esto como equivocado a Ridolfi, cuando asegura que Palma "el Viejo" falleció a los cuarenta y ocho años de edad.

Se cree que fué discípulo Jacobo Palma de Juan Bellini, y condiscípulo y émulo por tanto, de Lorenzo Lotto, del Giorgione y de Tiziano.

Fué habilísimo dibujante, y como alcanzó la época más dichosa del arte y vivió en el país privilegiado por la Naturaleza para formar grandes coloristas, llegó a ser artista insigne. Su gusto evolucionó, y se fué modificando y se revela en sus distintos estilos. En sus primeras obras sus cabezas participan de cierta severidad antigua; su estilo de transición ofrece un dulce reposo en las figuras verdaderamente encantador, y su último estilo tiene la ingenuidad de Tiziano, la suavidad y blandura de su pincel y la brillantez y el jugo de sus tintas.

De estas condiciones da muestra el cuadro que se reproduce a todo color, y que es, por desgracia, el único que de este insigne artista posee el Museo del Prado.

En muchas de sus obras sirvió a Palma de modelo su hija Violante, de quien el insigne Tiziano estuvo enamoradísimo.

Los principales cuadros de este artista están en Venecia: "La cena, Mater domini, La Virgen con unos santos, La Verónica, El descendimiento de la Cruz, Santa Bárbara", su obra maestra; "Cristo" y "La viuda de Nasin". En Florencia están: "La muerte de la Virgen, El descanso en Emaus" y "La madona con San Juan", y en Milán, "La adoración de los Reyes Magos". En Vicenza y en Módena se conservan también obras suyas, así como en Chantilly y en el Museo del Louvre de París, donde figuran "Un ex voto" y "La anunciación a los pastores".

"La adoración de los pastores". Es el cuadro único de Palma "el Viejo" que existe en nuestro Museo, como queda dicho, y está pintado en tabla de 1.19 metros de alto por 1.68 de ancho. El niño Jesús, sentado en las rodillas de la Virgen madre, se dispone a acariciar a dos pastores que les presentan sus ofrendas. A la izquierda, otro pastor dirige la palabra a San José. Aprecian los críticos en esta obra una paz y una dulzura encantadoras, así en la expresión de las figras como en la armonía del conjunto, y celebran la belleza del paisaje y del fondo.

De Jacobo Palma, su sobrino, llamado "el Joven" para diferenciarle del anterior, posee nuestro Museo tres obras: "Los desposorios de Santa Catalina de Alejandría, David vencedor de Goliat" y "La conversión de Saulo".

Su padre, pintor de escaso mérito, le dió las primeras lecciones, y él se perfeccionó en el arte estudiando las obras de Palma "el Viejo" y de los demás pintores venecianos. Obtuvo la protección del duque de Urbino, Guido Ubaldo, que le envió a Roma, donde permaneció diez años, y al volver a su país encontró otro gran protector en el escultor Vittoria, que, estando encargado de muchas obras de arte, pudo proporcionar a Palma numerosos trabajos. En sus lienzos se encuentran, al lado de un mecanismo sistemático o de rutina, muchas dotes de verdadero talento.

Jacobo Palma nació en Venecia en 1544, y murió en 1628. El docto Kugler clasifica a este artista entre los naturalistas del siglo XVII; pero hay que tener muy en cuenta que la escuela veneciana naturalista, a la que Palma pertenecía, no llegó a decaer tanto como la naturalista napolitana. Si en los maestros venecianos de esta época se advierte muy acentuado "manierismo", sobre éste sobresalía y perduraba siempre la tendencia peculiar de la escuela de Juan Bellini y de Tiziano Vecellio. Por eso se ha dicho que en las obras de Palma se encuentran muchas dotes de verdadero talento al lado de cierta rutina o "manierismo".



Los desposorios de Santa Catalina, de Palma el Joven.

LOS LIBROS

"El caminante", por Héctor Olivera Lavié.—Un vol. de 282 páginas.—Ed. de la Cooperativa Editorial. Buenos Aires, 1920.

Hasta la página 250 (y tiene 282), el libro del señor Héctor Olivera Lavié parece una cosa: la novela de un joven ciudadano sin voluntad ni resolución; en ese punto, el lector sufre un chasco repentino y fuerte, pues resulta que es la historia de un hijo adulterino que experimenta en su vida los efectos de la clandestinidad de su concepción.

En el primer caso, el libro era de una intención simpática por extremo, sobre todo considerado con relación a nuestro ambiente, donde venía a ser una obra nueva; no habría sido una obra realizada (como demostraremos en seguida, señalando sus defectos capitales) y, por otro lado, se le habría podido achacar una excesiva influencia de afamados autores contemporáneos: de Azorín, ante todo ("La voluntad"), en el tema; de Pío Baroja, luego, en la manera desaliñada y tosca del relato y en la preferencia evidente por el tipo del vagabundo, y, en último término, de Romain Rolland ("Juan Cristóbal"), en la estructura íntima de la novela; sin embargo, en nuestro medio habría merecido una acogida decididamente favorable porque, realizada o no, siempre sería indicio de un deseo de apartarse de los viejos cánones del género, que hasta ahora vienen acatando absolutamente nuestros novelistas, aferrados al "argumento" como factor principal y como si no hubiesen existido los autores mencionados, ni los escandinavos de la época, ni los Joncourt, un poco más atrás, ni Stendhal, en fin, por no mencionar sino a los característicos en este respecto; además, su tema habría sido bien propio de una ciudad como Buenos Aires, también, y, en el fondo, no hubiera carecido de originalidad.

En el segundo caso (el único que ha estado en las intenciones del autor), "El caminante" es un libro viejo, para Buenos Aires y para todos lados, y resueltamente ingenuo. Por lo pronto, es una novela de tesis, y ¿qué podemos decir de una novela tal, en momentos en que el arte, universalmente y volviendo por sus legítimos fueros, tiende a ser objetivo, apartándose de esa atribución de causas y efectos que sólo corresponde a la ciencia? Después, veamos su tesis, expresada por boca del protagonista en estas palabras: "Basta una gota más de alcohol en el instante de la concepción para que nuestra vida esté oscilando como un péndulo entre la miseria moral y la enfermedad... y todo debió pasar así en el silencio, a hurtadillas, en instantes de verdadera anormalidad, rodeados del favor, del miedo a una sorpresa... y yo voy marchando con todo ese bagaje a cuesta porque soy hijo de esos instantes, de esa clandestinidad, de esas emociones sofocadas, ahogadas..."

Este párrafo de la página 250-51, es el que aclara el propósito de la novela y el que de pronto echa por el suelo la primitiva suposición del lector. Sabíamos que Samuel Lagos (así se llama el "caminante"), de niño había sido sacado de casa de sus padres por un míster amigo de la familia, que deseaba hacerlo hombre llevándoselo a trabajar; sabíamos también que, ya mozo Samuel, su protector le había dejado, encargándolo del negocio que tenía establecido en nuestra ciudad; pero no sospechábamos el pasado que había de por medio: Samuel, era hijo del buen amigo de sus padres legales, cosa de que pudimos enterarnos antes por una carta que el míster deja a su hijo, al irse de regreso a Irlanda, pero que no conocemos hasta ya cercano el final por el escamoteo, muy discutible, que el novelista hace de esa carta reveladora, como en los folletines truculentos. Samuel es, pues, hijo de la "clandestinidad, de esas emociones sofocadas, ahogadas", y a eso se debe su constante falta de resolución, su constante mal humor, su eterno descontento y su fracaso definitivo, con su muerte prematura.

Ahora bien, ¿qué de más aventurado que este acatamiento ciego a las supuestas leyes de la herencia biológica? En el siglo XIX, los rápidos adelantos de las ciencias naturales deslumbraron a los hombres y les hicieron acoger sin discusión sus conclusiones más hipotéticas. Así se escribieron poesías, dramas, novelas y hasta libros de derecho social, basados en las aseveraciones científicas, especialmente en las relativas a la evolución, a la selección natural y a la herencia. Estudios posteriores, más detenidos, demostraron que esas conclusiones tan prontamente acatadas, cuando no eran falsas por completo, eran insuficientes o discutibles, y las obras que las habían tomado por base quedaron sin fundamento. En el hecho concreto de las leyes hereditarias, cualquier estudiante de biología sabe que, después de trabajos como los de Loëb, no es posible hablar del tema como lo hizo Ibsen sin cometer pecado de franca ingenuidad, por no llamarle de otra manera, y esto es lo que hace el señor Olivera Lavié dando por sentadas no sólo las leyes de la herencia sino hasta la forma y las condiciones en que se realizan. Hace ya una porción de años que, en una polémica famosa, Weissmann le decía a Spencer: "Sí, señor: las hormigas obreras,

(Continúa en la siguiente página.)

Un émulo de Brillat-Savarin



—¿Aun no has terminado con esa liebre?
—¡No te imaginas el trabajo que me da pelar este bicho!

Los libros

(Continuación de la página anterior)

nacen todas con mandíbula más potente que ninguna otra, apropiada al trabajo específico que ejecutan en su vida: cortar los tallos de las hojas, para que las demás las acarreen al hormiguero — y cualquiera podría sostener que es una mandíbula heredada; pero he aquí que las hormigas obreras son estériles y no dejan descendencia: ¿de quién, pues, ni por qué medio, heredan esas condiciones apropiadas para la tarea que deben efectuar?'' La ve el señor Olivera Lavié: a lo mejor, resulta que, científicamente, su personaje no ha podido heredar nada de lo que con tanta soltura le atribuye.

No es nuestro propósito, por cierto, discutir en esta ocasión las leyes hereditarias, ni mucho menos negarlas.

Sólo queremos notar que constituyen uno de los tantos problemas de la ciencia todavía sin solución satisfactoria, por contradicción de los hechos mismos, y que, por lo tanto, aceptar cualquier posición al respecto, aun cuando pueda considerarse la más nueva (cosa que no ocurre en ''El caminante'') es un acto aventurado y sin fuerza de convicción.

La ciencia (precisa no olvidarlo), no es la vida misma, sino una interpretación intelectual de la vida, y la vida es lo único que da valor al arte. Someterse a la ciencia, además de estar expuesto a una constante revisión, no es hacer arte. El autor nos probará que su personaje es un ser sin voluntad, y podrá convencernos; pero nos dirá que carece de voluntad porque ha heredado taras físicas o espirituales... y es exactamente lo mismo que si nos hablara de la influencia zodiacal. Acaso, tenga razón, pero no lo vemos, no lo palpamos, no lo sentimos...

Prescindiendo ahora de esta ingenua explicación científica de causas, consideremos los hechos en sí mismos para ver si, teniendo uno u otro origen que no hace al caso, están pintados con fuerza de realidad. En este nuevo punto de vista, predispone muy favorablemente hacia la novela una declaración que, por medio de su prologuista, hace el autor: ''No he inventado tipos — dice: — todos son conocidos; no he inventado sitios ni paisajes... No he falseado la realidad; las cosas vulgares las he hecho vulgares, las buenas, buenas, y las malas, malas...'' Loabilísima la actitud, y por ella se ve que el señor Olivera Lavié tiene el sentido claro de la función del artista. Ningún antecedente mejor para un novelista o un dramaturgo que saber que se ha propuesto respetar la realidad; pero, proponerse un objeto así, ¿es ya realizarlo? No, sin duda alguna, y el autor de ''El caminante'', nos demuestra la distancia que hay del propósito a la ejecución.

Efectivamente, su novela no es fiel a la realidad que menciona. Una prueba concluyente sobre esta aseveración, no se obtendría sino por el examen detallado de cada una de las situaciones físicas y espirituales de la obra; pero, como esa tarea se saldría de los límites de una nota bibliográfica, tendremos que conformarnos con referirnos a una particularidad. El autor pone a su personaje en la Asociación Cristiana de Jóvenes y, entre otras cosas, dice que por las noches se quedaba con un alemán, leyendo diarios y tomando te, en el ''restaurant'' de esa institución. Ahora bien, resulta que no es posible tal cosa, pues ese ''restaurant'' se cierra a hora determinada, en seguida de la cena, y aún los que están comiendo deben apresurarse para concluir y salir. Precisamente, una de las características notables del ''restaurant'' de la Young Men's está en que, como allí tiene que servirse por su propia mano el comensal, nunca se hace sobremesa, ni menos se va a la noche a pasar el tiempo como en un café cualquiera.

Por el estilo de la muestra, es toda, o casi toda la realidad de ''El caminante''. Pero hay más aún, y es que, ser fiel a la realidad, no significa ser repórter, que describe los hechos escuetamente, sin que el medio ni el paisaje sean esenciales al caso. El artista, pinta la realidad fielmente, sí; pero ¿qué realidad? Aquí lo difícil. La realidad que debe tomar, es la característica, la que puede decirnos algo sobre el alma o las almas situadas en ella; y el señor Olivera Lavié, toma realidad sin ton ni son; menciona hechos y circunstancias sin elocuencia alguna para la realización de sus figuras. El ejemplo citado, es revelador: si Samuel Lagos hace en el ''restaurant'' de la Young Men's lo que en otro de los mil cafés conocidos, ¿por qué hablar precisamente de ese lugar, y no de otro más común y, desde luego, más adecuado a lo que se dice? La alusión a ese sitio único, sólo se justificaría si alguna de sus propiedades particulares tuviera influencia sobre la modelación del carácter de Samuel, ya por asimilación o por repulsión; que no tiene ninguna, lo prueba el hecho de que el autor tome al ''restaurant'' de la Asociación Cristiana por uno de tantos. Lo propio ocurre cuando Samuel entra en el servicio del barco de su protector, en el puerto de Montevideo: ¿por qué referirnos en tiempo presente su ingreso en el buque y el comienzo de su relación simpática con un grumete, si todo eso se olvida en seguida por entero y no influye para nada en el resto de los acontecimientos?

En fin, el señor Olivera Lavié es un intelectual; ha concebido un tipo y una trama y los ha expuesto en esquema, sin encarnarlos en la realidad. Ni aún, pues, haciendo a un lado el cientificismo de su tesis y el hecho mismo de sostener tesis, nos parece aceptable su novela. Si la supuesta aseveración científica no nos convencía (porque es un elemento puramente intelectual y en discusión) el relato nos convence menos aún, pues no está demostrado. En pocas palabras, podría decirse que el autor refiere, pero no pinta, esto es, plantea la novela sin desarrollarla.

A todo eso debe añadirse una redacción descuidada por extremo. Sin exageración ninguna, puede afirmarse que de las 282 páginas de la novela no hay una sola, no ya bellamente escrita, sino sin defectos elementales. ''Más allá, en un jardín vecino, se veían algunas mujeres con sombrillas sentadas en los bancos'', dice en un pasaje; el régimen de los verbos está muchas veces equivocado (''entrar a...'', escribe casi siempre); de las interrogaciones, apenas hay una abierta en su lugar (''¿pero porqué...?''); las comas, están distribuídas a capricho, y, por encima de todas estas minucias, el estilo es puramente periodístico, sin gracia ni personalidad; además, con frecuencia es impropio de las ocasiones: los personajes, se ponen a hablar y lanzan discursos eruditos.

Con todo, en esta obra (cuyo título no nos parece apropiado al personaje principal) hay que ver un afán nobilísimo de introducir nuevas formas y nuevos temas en nuestra novela, lo que está patente en toda la parte anterior al descubrimiento folletinesco y seudocientífico de la página 250. Su autor es un hombre joven y audaz, cuyos defectos momentáneos, por importantes que sean, más parecen debidos a sus inquietudes por hallar algo nuevo, que a una falta de aptitud.

''El caminante'' se publica con un prólogo del señor Mariano Antonio Barrenechea. ''¿Qué necesidad tiene este libro de un prólogo?'', se pregunta el prologuista mismo, al empezar, y no sabemos por qué no ha respetado la sensata opinión que entraña esa pregunta, o, al menos, por qué no ha tratado de compensar su inoportunidad evidente con unas páginas correctamente escritas, menos estridentes y con más clara doctrina artística.— **José Gabriel.**

EL RECAUDADOR PERDONADO

por B. GONZALEZ ARRILI

—Habría una manera de solucionar ese asuntito...

—¿Cuál, doctor?

—Que usted presentara su renuncia; nosotros se la aceptamos, y luego, cuando la gente se olvide, lo nombraremos de otra cosa en cualquier otra parte, si le parece...

—Muy bien, doctor, muy bien; en seguida le traigo la renuncia...

El hombre salió del "despacho" del ministro, se sentó en el primer escritorio que halló desocupado y en un bloque de papel que allí había comenzó la ardua tarea de redactar su renuncia, cinco líneas que le costaron más penas que la ascensión de una montaña.

Mucho después de media hora entregaba en manos del señor ministro la renuncia de su empleo de recaudador no sabemos en qué pueblito fronterizo.

—Muy bien amigo—díjole el ministro. . . — quedamos entonces en eso, ¿no?

—Sí, doctor, quedamos en eso, doctor, y muchísimas gracias, doctor... No sabe, doctor, cuánto le agradezco, no me olvidaré nunca...

—Bueno amigo, vaya, vaya no más y estése tranquilo...

Y el hombre salió haciendo reverencias, pronunciando cien veces por minuto la palabra doctor, contentísimo.

No era para menos. En un año de recaudaciones, sin rendir cuenta a nadie, se le habían escurrido entre sus manos y las de su mujer, cerca de mil pesos. Cuando lo llamaron a la capital, por orden expresa del gobernador y "por nota", como él mismo decía, se acordó de su santo y se le achicó el corazón. Dió un beso a su cara consorte y la abrazó con fuerza convencido de que no volvía en un año. Iba a conocer, seguramente, la penitenciaría por dentro, y después, al salir, si salía, iba a ver recrudecer, pero de una manera formidable, la campaña de injurias que le dedicarían los opositores... ¡El derrumbe!

Pero las cosas no le fueron tan mal como él creyera. "El ministro fué bueno"—pensaba—y lo perdonó. Arregló con el correligionario que había garantizado al recaudador y la cuenta se saldó como debía; pero le exigió muy cortésmente la renuncia...

Pensando en su buena estrella que lo salvaba en los momentos de mayor apuro, salió del ministerio y se dirigió a su hotel, dispuesto a marcharse al otro día, en el tren de la mañana, para su pueblo. Pero por el camino se halló a un amigo antiguo, que era opositor al gobierno. Se saludaron. Hacía mucho que no se veían y el encuentro bien valía un trago. Se metieron dispuestos al festejo en la primera confitería que encontraron.

Dos horas después, el recaudador, perdonado, abandonaba la mesita de la confitería y sobre ella un buen número de botellas vacías de cerveza. Abandonaba también, sobre aquella mesa, todas sus convicciones políticas y se resolvía a ingresar en las filas opositoras.

Con su antiguo amigo y flamante correligionario se marchó hacia el local donde tenía sus oficinas el pasquín opositor. El hombre iba medio tambaleante con sus piernas pero bien firme en su resolución de combatir a un gobierno que le había exigido la renuncia de su puesto, por no exonerarlo.



El hombre iba medio tambaleante con sus piernas, pero bien firme en su resolución...

En la redacción del diario se encontraron con el regente, un hombre alto, flaco, canoso, especialista en la fabricación de fábulas en verso.

El recaudador perdonado y renunciante le contó su historia en un discurso largo, arrevesado e imaginativo, con tanta elocuencia, que el regente se dió por enterado ampliamente de las razones poderosas que tenía aquel nuevo correligionario de protestar airadamente contra el gobierno.

—Pues sesñor, está visto—le dijo —está visto que en el gobierno de hoy día no hay más que pillos, una nidada de ladrones de los caudales públicos, unos esquilmadores del pueblo soberano...

El recaudador renunciante, con toda su cerveza y toda su indignación, siguió hablando, firmó su boleta de adhesión al partido y con la promesa de que el regente escribiría, compondría, corregiría y publicaría al otro día un artículo "de fondo" terrible contra el gobierno personificado en el ministro que le había exigido la renuncia, se marchó al hotel, se tomó otra botellita de cerveza en el camino, comió algo, bebió más y se acostó a dormir la nada liviana "machadura".

Al otro día, como se levantó tarde, no pudo tomar el tren para regresar a sus pagos. Tuvo así tiempo sobrado para saborear a gusto el artículo "de fondo" que en "El Berrido de los Puros" había aparecido aquella mañana.

Se titulaba el artículo, naturalmente, "Gobierno inmoral y ladrón", y decía, entre otras cosas, lo siguiente, literalmente copiado:

"Ni en la Roma decadente y atrabiliaria se observó jamás un gobierno tan inmoral como el que tenemos.

"¿Cuándo reaccionará el pueblo soberano y se dará por convencido de lo que decimos?

"Se convencerá tarde, cuando no quede nada en pie y sólo tenga el derecho de ir a llorar sobre las tumbas de las instituciones muertas.

"Ayer hemos conocido otro delito perpetrado a plena luz en la conciencia colectiva de nuestro pueblo irreflexivo que nosotros queremos tanto y cuyos voceros somos para bien y salvación de la patria adorada.

"Sin muchos comentarios damos traslado al lector de todo cuanto sabemos del asunto en cuestión, y el lector nos dirá después si no tenemos razón cuando decimos que esto es peor que todo lo que nos enseña la historia de los pueblos más atrasados de la civilización moderna."

A esto seguía el cuento del recaudador perdonado, pero dicho al revés y con nombres propios para hacer más eficaz la denuncia.

"El señor recaudador don Fulano de Tal, nuestro particular amigo y conspicuo correligionario, se ha visto obligado a renunciar su delicado puesto, por no permitirle su reconocido civismo y cariño a las instituciones democráticas, el prestarse para ciertos y determinados chanchullos a que quería obligarle el ministro...

El ex recaudador leyó tres veces el artículo "de fondo" y se bebió tres grandes vasos de agua fresca. ¡Le había dejado una sed la cerveza!

—¡La rabia que le va a dar al ministro esto! —pensaba.

Cuando...

por Mercedes DANTAS LACOMBE

Cuando el himno de la tarde
se levanta en la llanura
y toda entera natura,
parece como rezar.

Cuando los pájaros glosan
sus amores con tristeza,
como si tanta belleza
impregnara su cantar.

Cuando el sol, como en un beso,
deja en la sierra su fuego,
para obscurecerse luego
—como un recuerdo se va.—

Siento mi pecho llevarse
con las angustias del llanto;
y es por eso que te canto,
¡por no romper a llorar!

MOMO REFLEXIVO

por Enrique MENDEZ CALZADA

Cada una de las personas que concurren a un coso de Carnaval, lleva el propósito de que las demás la diviertan. Por eso son tan aburridos los cosos: porque es matemáticamente absurdo que una suma de aburrimientos produzca la diversión.

* * *

—¿Me conoces?
—Sí. Eres la inmortal tontería humana.

* * *

Detrás del antifaz, se dijera que brillan más los ojos de las mujeres, y, sobre todo, que brillan de un modo más incitante.

* * *

La tranquila resignación de los cocheros que conducen los carruajes engalanados, si no es aún la plena "ataumasia", está muy cerca de la indiferencia filosófica.

* * *

El barrendero, ese hombre escéptico que después de los cosos va cargando en su carro las flores pisoteadas y fangosas, el papel picado, las serpentinas, los despojos todos de la batalla reciente, hace pensar en el Destino fatal que, no menos indiferente, barrerá de igual modo a los que un momento antes tomaron parte en el simulacro.

* * *

Habría que completar la frase "Todo el año es Carnaval", que inmortalizó Larra. Debería decirse: "Todo el año es Carnaval, excepto durante los días de Carnaval".

* * *

La calle en que se efectuó un coso, después que todo el mundo se ha ido, cuando ya los focos de luz empiezan a ser apagados, es un lugar espantosamente triste.

* * *

Muchas mujeres perfectamente honestas y recatadas, son capaces, cubierta la cara por el antifaz, de echaros un piropo.

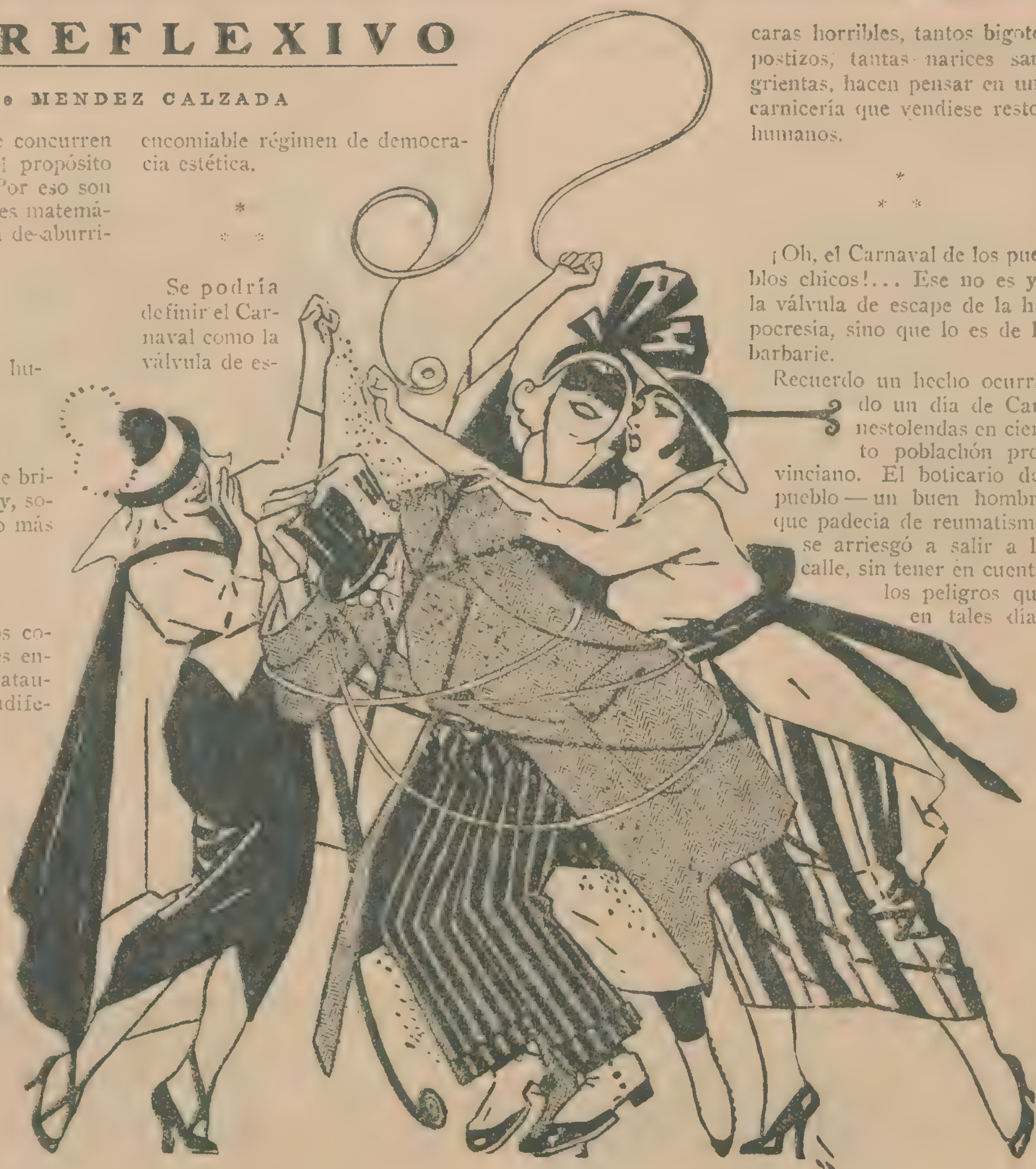
Menos mal: con eso pagan sobradamente todos los que vosotros les habéis dirigido a ellas durante el resto del año.

* * *

Los días de Carnaval son los únicos días felices para las feas. Como que vosotros no podéis saber si bajo una careta se oculta una nariz de las que recuerdan un tomacorriente o unas mejillas marcadas por la viruela. Como que durante el Carnaval no hay feas ni bonitas, y, por única vez en el año, todas las mujeres son iguales, bajo un encomiable régimen de democracia estética.

* * *

Se podría definir el Carnaval como la válvula de escape de la hipocresía acumulada durante el año.



* * *

Llegará un día en que se lean en los libros de Historia cosas como éstas:

"Existía en aquellos remotos tiempos una "curiosa fiesta. Durante ella, las gentes vestian las ropas más extravagantes. Acostumbraban también a cubrirse el rostro con trozos de cartón o tela convenientemente "adaptables, a los que llamaban máscaras, "caretas o antifaces. Acerca del verdadero "nombre de esta fiesta, han discutido mucho los filólogos. Dicen unos que se llamaba "Carnaval", no faltando quienes se "inclinen a creer que recibía las denominaciones de "Antruejo" o "Carnestolendas". "Parece ser, sin embargo, que era la primera "de estas denominaciones la que recibió en "los tiempos más próximos a nosotros".

"Afortunadamente, hace mucho tiempo "que tan extraña fiesta ha desaparecido de "las costumbres".

* * *

Son brutales esas vidrieras de las casas que venden artículos de Carnaval. Tantas caras horribles, tantos bigotes postizos, tantas narices sangrientas, hacen pensar en una carnicería que vendiese restos humanos.

* * *

¡Oh, el Carnaval de los pueblos chicos!... Ese no es ya la válvula de escape de la hipocresía, sino que lo es de la barbarie.

Recuerdo un hecho ocurrido un día de Carnestolendas en cierto poblachón provinciano. El boticario del pueblo — un buen hombre que padecía de reumatismo se arriesgó a salir a la calle, sin tener en cuenta los peligros que en tales días se ciernen sobre esa clase de enfermos, sobre todo en los pueblos chicos. Apenas le vieron unos cuantos "niños bien" — ¡esos terribles "niños bien" de los pueblos!—concibieron el proyecto de "darle un baño" al boticario. Dicho y hecho: lo agarraron entre cuatro y lo echaron de cabeza en una acequia. El pobre señor, salió hecho una lástima, sacudiéndose el agua igual que un perro recién bañado. Como consecuencia de la mojadura, sufrió un feroz ataque reumático. Se aplicó todos los bálsamos, todas las embrocaciones, todos los linimentos conocidos: inútil. Cuatro días más tarde, entregaba su alma al funcionario celestial encargado de recibir las almas de los farmacéuticos que mueren de reumatismo.

* * *

¡Qué felices se deben sentir esas lindas muchachas vestidas de cíngaras o de mejicanas que desde su palco del coso reciben el homenaje de la admiración general bajo la forma de piropos, miradas, sonrisas o "bouquets" un poco manoseados!...

Cuando esas muchachas sean unas arrugadas viejecitas, dirán melancólicamente a sus nietas: "Para Carnavales, los de mi tiempo... ¡Aquello sí que era animación! ¡Entonces sí que la gente se divertía!".

OFICIALAS Y APRENDIZAS....

por Luis ARMENTAL

Si Buenos Aires no tuviera sus oficialas y aprendizas como puñados de "confetti" multicolor esparcidas por las calles del centro en las horas de la mañana y en las rumorosas del atardecer, sería ésta una ciudad insoportable por lo mercantil, por lo cuadriculada y por lo agitada. Ellas ponen a la entrada y salida del taller, la nota simpática en la calle, con sus miradas alegres que son como un sedante para los espíritus preocupados, y sus risas de pájaro como una burla a la seriedad fenicia de la gran urbe.

En grupos o aisladas en compañía de sus enamorados primeros novios, llenan las veredas próximas a las grandes tiendas y "magazines", joviales y espirituales, casi todas bonitas, todas triunfantes en el amor y la elegancia...

Precisamente en esto de la elegancia es en lo que se distinguen las modistillas bonaerenses de las de otros países, a pesar del intento de identificarlas a todas.

No es lo mismo nuestra típica oficiala o aprendiza, vestida de "tailleur", taco muy alto y sombrerito a la "dernière" que la "midinette" parisiense, por ejemplo, eterna portadora de una caja enorme de cartón en el brazo, o a la "señorita de la aguja" madrileña, con trajo de percal barato hecho en casa, o las "flapas" norteamericanas, ingenuas y con aire de colegialas.

No. Las modistillas bonaerenses ni llevan enormes cajas de cartón a rayas conteniendo sombreros costosos, (llevar grandes paquetes por la calle es antiestético) ni usan el pelo suelto, ni visten de percal ni son ingenuas.

Mitad niñas de familia y mitad mujeres del pueblo, nadie diría viéndolas que su cuna fué un conventillo... Refinadas, educadas, pulcras, muchas de ellas, casi la mayoría, bonitas, viven en un constante desenfocamiento: por un lado la estrechez y a veces la miseria del hogar donde siempre hay ancianos o hermanitos pequeños, y por otro la juventud, la ilusión, el ambiente de riqueza que se respira en la calle, el afán de descollar entre las amiguitas luciendo mejor vestido o mejores zapatos. Y el amor...

¡Oh, el amor! Un joven estudiante de derecho o de medicina, de regular estatura, morocho y elegante, de ojos grandes y fascinadores, que baile bien y le gusten los "sports", es por regla general "el hombre que constituye sus sueños"...



... que baile bien...

Con sus encantadoras cabecitas exquisitamente femeninas están llenas de lecturas de novelones y deliran por esos libros absurdos en que se narra invariablemente la desventura de una dama hermosa y de un galán apuesto que no consiguen ser dichosos hasta el capítulo final, desprecian por vulgares a esos modestos jóvenes obreros de su clase que en nada se parecen a los truculentos héroes de sus folletines y novelas amorosas.

Tal vez ellos las quieran para formar un hogar apacible donde reinara el amor y el trabajo; posiblemente las intenciones de todos ellos son honestas; acaso las aman de verdad. Pero ellas, cabecitas locas, no los quieren; prefieren sentirse engañadas por el primer "pichón de doctor" que les sale al paso y vestir... vestir con elegancia... andar en auto, ir al cine, amar...

Después... Después viene la reflexión. Se casan, cuando ya se divirtieron, cuando se convencieron de su destino.

Nada más triste que la comparación de nuestras obreritas del taller en su juventud y en su madurez. Apenas la edad las hace coquetas, se dejan atrapar por el "niño" del barrio que las sorprende en su vaguedad novelesca con frases de amor irresistibles y regalitos superficiales, cine, tango, bombones...

Ya mujeres, se acuerdan del sencillo muchacho empleado en una casa de comercio que en otro tiempo las festejó en vano.

Y sienten, aunque tarde, que tal vez los querían... sin darse cuenta, aunque difieren de ellas profundamente, aunque no tengan la espiritualidad, los gustos "chic", la vivacidad que ellas tienen.

Muchas, no se resignan, acostumbradas a ver satisfechos sus caprichitos menores. Entonces siguen su vida cubiertas de joyas, vestidas por Paquin y Georgeu, paseos por Florida, lancha en el Tigre y un Ford...

Las más siguen la buena senda, aceptando con paciencia la fatalidad de su suerte.

Y llegan a ser madres y a tener muchos hijos; acaso engordan y tienen un marido que escupe por el suelo.

¡Pobres corazoncitos de oficialas y aprendizas, llenos de tesoros ignorados de ternura y de espiritualidad! Si os comprendieran estoy seguro que os amarían para siempre aquellos galanes que un día os entrevieron en vuestra adolescencia bulliciosa, cuando la vida os sonreía con el inefable encanto del primer novio...!

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

EL AVARO



—Hace quince días que no come usted, pero la fiebre lo ha alimentado.
—¿No podría dársela a mi criada, doctor? Come por cuatro...

EFECTOS DE UN CHISTE



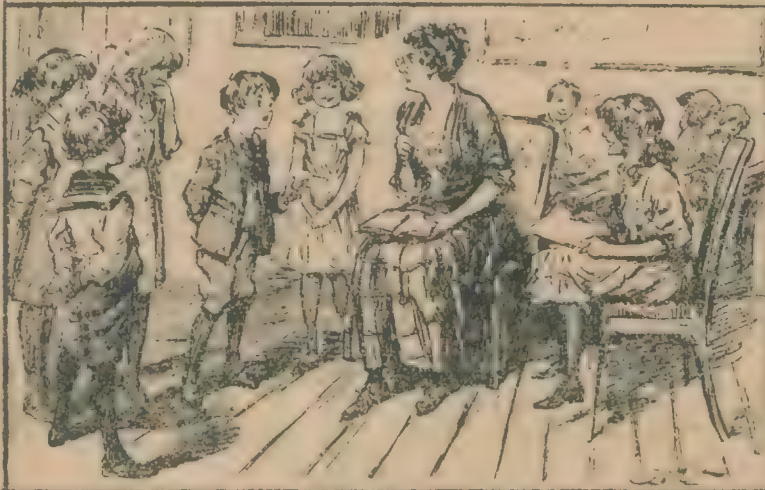
La única persona a quien le causó gracia.

MALENTENDIDO



—Yo no haría esas pruebas, Pepito.
—¡Claro que no, mamá! ¡Qué vas a hacer tu esto!

"ANDA A BAÑARTE"



—¿Qué es la "orden del Baño"?
—No sé... generalmente bañar primero al nene, después a mi hermano Enrique y luego a mí.

DE COMPRAS



—¡Cómo! ¿Todo esto has comprado?
—No te asustes, querido, pienso devolver todo, excepto un ovillo de lana.

EN LOS LINKS DE GOLF



—¿Ha visto alguna vez un jugador peor que yo?... ¿Por qué no contesta?
—Estoy tratando de recordar, señor.

ELLOS SE ENTIENDEN



—¡Adiós, Pelado!
—¡Salud, Serrucho!

PRECOZ



—¿Cómo te llamas, nena?
—Mamá, díle a ese señor que no deseo ser reporteada.

(De *Le Rire*, *Life*, *The Passing Show*, *Judge*, etc.)

CARNAVAL

por Daniel José STOCKDALE

La farándula pasa...

Abigarrada muchedumbre que puja animosa por exhibir sus habilidades y atraer la atención del observador por medio de las más raras cabriolas, ágiles los pies, arrebolado el rostro, brillantes los ojos, incansable la lengua. La color chillona de los vestidos, la reverberación de los espejuelos, los ademanes descompuestos, sus gestos desusados, revelan sin duda en la farándula un brioso deseo: alegrarse, olvidando...

Noble esfuerzo, generoso impulso, sutilísimo anhelo que se frustra lamentablemente, por ser un propósito deliberado en que sólo interviene la voluntad y ésta a pesar de todo fracasa si la condición humana se torna inaccesible al retozo, si el espíritu vegeta aprisionado por el mal vivir presente, que la alegría como el dolor son secuela invariable de los estados emotivos, y éstos no pueden simularse ni disimularse.

La emoción como fruto precioso de una sinergía de circunstancias propicias no puede supeditarse a una fecha determinada, a un acontecimiento previsto, a un hecho conocido, y a pesar del calendario la humanidad vive de acuerdo consigo misma y su ambiente.

La caravana finge alegría y para ello grita, se pinta la faz o la encubre con una máscara absurda, baila y piruetea locamente y descubre, en fin, el fondo de su vaso, desagradable y acedo, y al ridiculizarse se retrata fielmente su ingenuidad melancólica atarazada por la inquietud perspicaz de la Duda.

Carnaval perenne es la vida, farsa diestramente ejecutada en la que todos sus actores se comportan con eficacia y corrección.

El Dolor, fuente inexhausta de acerbas sensaciones, no ha logrado mitridatizar al hombre, ni siquiera ha conseguido atenuar el Instinto, rebelde y dominador, y para obscurecer a éste, la inteligencia le ha vestido artificiosamente, pero en el fondo de las almas, gobierna y avasalla.

Momo, dios de la risa, ha perdido ya su efecto terapéutico en los espíritus, es un medicamento anodino que a nadie convence, un lenitivo que nada mitiga; la Fe que todo lo puede se ha derrumbado con estrépito, los hombres insaciables piden una novedad, un placer desconocido, una distracción rara, un ídolo nuevo para poner a sus pies su admiración fugaz.



El almanaque, no obstante, continúa señalando con un brochazo rojo los tres días de carnestolendas, destinados para olvidar el difícil vivir presente y el hábito de mal gusto con que pretende engalanarse la comparsa angustiada, y el gesto jocundo que desea dibujar en su rostro, resulta un alarde irrisorio y triste, una máscara fría que tiene estereotipadas las huellas de la fatiga y la desazón.

Comparsa angustiada la de la especie, que sufre y agoniza con el caprichoso afán metafísico incrustado en las entrañas y que muere en el trajín prosaico para resucitar en el ensueño y sólo consigue vivir a expensas de la inquietud perspicaz y melancólica de la Duda, tronchando su ecuanimidad candorosa con la fiebre de los deseos imposibles.

Recuerdos de Cuba

EL "BRUJO"

por Francisco D. RAMIREZ



Una mañana la patrulla de reconocimiento...

La insurrección en Cuba [illegible] vez mayor [illegible] remento, y la Perla de [illegible] tador paraíso americano, [illegible] un infierno insoportable, [illegible] exaltadas, cuyas consecuencias [illegible] continuas ven[illegible]s y represalias de los de [illegible]ando con los del [illegible]o, ahondándose así más y [illegible] abismo de odios que el estallido revolucionario [illegible] desde el primer instante entre isleños [illegible].

En las ciudades y pueblos, la simple sospecha de [illegible] un vecino simpatizaba con los cubanos, bastaba para hacerle víctima de persecuciones por parte de las autoridades; y del mismo modo los españoles [illegible]an que cuidarse mucho de las asechanzas que [illegible] insurrectos o sus confidentes les tendían para [illegible] sus rencores a toda costa y por cualquier [illegible].

Así estaban las cosas cuando el primer teniente Fernando Prado del Rey fué encargado del mando de un destacamento que guarnecía una posición estratégica a unos diez kilómetros de Gibara, puerto de mar de la costa Norte de la isla, cuyo destacamento tenía por misión proteger las comunicaciones con Holguín, ciudad de alguna importancia situada tierra adentro, en la región del Camagüey.

Se alojaba el destacamento, compuesto de unos cincuenta hombres de tropa, en el edificio de un ingenio abandonado, el que, por ser de mampostería, no dejaba de ofrecer seguridades protegiendo a la guarnición con sus espesos muros de las frecuentes descargas de fusilería que las partidas insurrectas hacían por las noches desde los espesos matorrales y las alturas de los abruptos cerros.

El paraje en que se encontraba esta posición era el más a propósito para una sorpresa. La "manigua", o digamos el boscaje formado por gigantescas zarzas, espesos guayabos y robustas palmas enanas, extendíase en violentas ondulaciones, ocultando las escabrosidades del terreno desigual y rocoso.

Por las noches el sobresalto era continuo con los extraños gritos de las aves de rapiña, las luces de los "cucuyos" que aparecían y desaparecían a distancia, o la agitación del ramaje, producida por las alimañas que entre las peñas tenían su guarida, cosas estas fácilmente confundibles con los preparativos del ataque nocturno constantemente esperado.

* * *

Una mañana, la patrulla de reconocimiento que corría diariamente los contornos, regresó trayendo prisionero a un hombre anciano, alto, fuerte y enjuto, algo encorvado, de rostro moreno, que desaparecía en el enmarañamiento de su hirsuta barba [illegible], sus pobladas cejas y su crespa y abundante cabellera. Vestía de "guajiro", es decir, con blusa y pantalón de "brin" crudo, y cubría su cabeza con un ancho sombrero de "yarey".

—¡Es un "mambí"! ¡Es un espía! ¡Hay que fusilarlo!—gritaban los soldados.

El hombre sonreíase con la mayor tranquilidad, sin que la mirada profunda de sus ojos negros revelase otra cosa que un estoicismo desconcertador ante el peligro de muerte inminente en que le colocaban las circunstancias de parecer insurrecto y haberle encontrado cerca del destacamento, fuera del camino de tránsito.

El teniente hizo conducir a su presencia al prisionero. Una pieza reducida, con una ventana en el muro de frente a la puerta de entrada, por la que recibía luz; una mesa con útiles de escritorio y papeles, un armario con libros y documentos en legajos y un sillón en que estaba sentado Fernando cuando el prisionero le fué presentado, era el despacho del jefe.

—Retírense—ordenó el teniente a los soldados, y mirando insistente al prisionero le dijo:

—De modo que usted es un espía de los "mambíes" ¿no?

—No.

—De nada le ha de servir negar.

—[illegible]e sirve para decir la verdad, créasla o no lo [illegible].

—¿Es usted cubano?

—Sí.

—¿Y siendo cubano no quiere la independencia de su patria?

—A mí eso me tiene sin cuidado porque tengo la independencia mía y soy libre como todo el que quiere y sabe serlo.

—¿Eres libre? Eso ahora...

—Tú me tienes prisionero; pero con ello no me esclavizas ni dominas, porque la muerte me libertará muy pronto. Si trato de justificarme no es por temor a morir, sino por desvanecer tu error.

—Advierto sorprendido que me tutea usted.

—Yo tuteo a todo el que habla conmigo y no exijo otro tratamiento para mí.

—Sea, hombre, tutéemonos — exclamó riendo el teniente, y agregó:—Vamos, di cómo te llamas.

—Me llaman el "Brujo".

—¿El "Brujo"? ¿Y por qué te llaman así?

—Por haber hecho todo el bien que estaba en mi mano por los que sufren.

—¡Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué bien nos querías hacer a nosotros rondando por estos contornos?

—¡A ustedes?... Ni siquiera los tuve en cuenta...

—¿Qué buscabas entonces?

—Buscaba una planta que en muchas leguas a la redonda sólo la hay por estos [illegible].

—¿Qué planta es esa?

—Una cuyas raíces purifican el agua de los más infectos pantanos y sus hojas sanan las ulceraciones de las peores heridas.

—¿No serás el médico de alguna partida?...

—No soy médico de nadie y curo a todo el que viene a buscarme.

—Eres un tipo original. Oye, ¿y no podrías conseguirme esa planta que buscabas?

—Si la necesitas...

—Mucho. El agua de que disponemos es horrible...

—Déjame, pues, ir a traértela.

—Vas a ir acompañado de dos soldados que llevarán la orden de matarte si tratas de evadirte.

—Bueno — respondió el "Brujo" marcando una sonrisa de satisfacción al levantarse el teniente y salir afuera para regresar en seguida acompañado del sargento, a quien dijo:

—Ahí le tiene. Ya sabe la orden: vivo o muerto me lo traerán aquí otra vez, con la planta o sin ella.

—Muy bien, mi teniente—respondió el sargento, y dirigiéndose al "Brujo" imperiosamente le ordenó: —¡En marcha!

* * *

Caía la tarde y los dos soldados no habían vuelto trayendo al "Brujo" ni vivo ni muerto, lo que tenía al teniente de un humor de todos los diablos, pensando que aquel astuto "mambí" no sólo le había hecho caer incauto en la trampa para escaparse, sino quitarle dos soldados que de fijo habían sido "macheteados" por los insurrectos. Tan contrariado y colérico estaba que al fin decidió salir él mismo con el "práctico" y ocho soldados a recorrer los alrededores, hasta averiguar el paradero de los desaparecidos.

Así lo hizo. La expedición salió de los alambrados de defensa internándose en la "manigua", cuyo aspecto era más inquietante y hosco a la indecisa luz del crepúsculo vespertino.

En el destacamento reinaba una gran inquietud, murmurándose del teniente por no haber fusilado al prisionero sin más contemplaciones.

No habría transcurrido media hora de la salida de la expedición, cuando se oyeron lejanas descargas de fusilería y luego algunos tiros sueltos cada vez más próximos.

Sonó la corneta tocando llamada y la fuerza formó rápidamente en el "batey". El segundo teniente dispuso los preparativos para repeler cualquier agresión, ordenando además que salieran dos patrullas y tomaran posiciones en lugares convenientes para proteger a los expedicionarios si volvían al destacamento batiéndose en retirada.

Al cabo de dos horas llegó el "práctico" con tres soldados, quien refirió que fueron rodeados por una numerosa partida que les hizo una descarga causándoles cuatro bajas. Los que volvían se habían salvado milagrosamente, arrastrándose por entre los matorrales a favor de la obscuridad...

* * *

El "Brujo", sentado en un taburete al lado de la hamaca en que estaba acostado el teniente Fernando, decía:

—Si estás decidido a volver con los tuyos, volverás, aunque lo siento por ti...

—Sí; quiero volver al destacamento.

—Bien; yo te llevaré por camino seguro. Tu herida ya no ofrece peligro, aunque era mortal... ¡Si yo no te encuentro aquella misma noche y te practico la curación trayéndote a un "bohío"!... Déjate, sin embargo, la venda unos días más... Sólo han transcurrido seis días...

—¡Seis días!

—¿Te parece mucho? En un hospital no los habrías contado vivo... Pero vamos si quieres...

—Sí, vamos.—Fernando se incorporó, y al estar de pie sintióse mareado, estando a punto de caer al suelo si no se sostiene en las cuerdas de la hamaca. Tenía vendada la cabeza y su palidez era extremada.

El "bohío" formaba un cuadro de cuatro metros por tres, con paredes de corteza de "yagua" y techo de hojas de palmera, teniendo una especie de agujero por puerta de entrada y otro agujero a la altura de un hombre, como ventanilla para ventilación.

Repuesto ya Fernando dirigióse a la puerta resuelto a salir.

—¿A dónde vas?—díjole el "Brujo".

—Ya lo sabes...

—Por ahí no llegarías nunca... Hay desde aquí al campamento más de tres leguas por terrenos de ciénaga y manigual, aparte de las partidas que operan...

—¿Entonces?...

—Yo tengo otro camino...

El "Brujo" fué al rincón en que estaba el arcón de madera, lo abrió, sacando la escasa ropa que guardaba dentro, y cuando el fondo estuvo descubierto, levantó las tablas bajo las cuales quedó el hueco tenebroso de un pozo que las tinieblas hacían insondable. El "Brujo" encendió un farolillo y descendió por allí, diciéndole a Fernando:

—Sígueme.

Fernando siguióle, bajando por una escalera de troncos de árboles, hasta sentir bajo sus pies un suelo blando aunque firme.

El "Brujo", seguido del teniente, internábase por un laberinto de arcos y galerías caprichosos, formados por estalacmitas que bajaban de inmensa altura en conos agudos hasta tocar el suelo, ofreciendo el espectáculo de un fantástico palacio de cristal escondido en las entrañas de la tierra. Después de una penosa marcha de veinte minutos, agachándose para pasar, arrastrando por huecos a ras de la tierra o trepando por las paredes apoyándose en las salientes de las rocas desiguales, el "Brujo" se detuvo en un paraje que a la débil luz del farolillo aparecía como un gran salón árabe, en cuyo centro, entre las estalactitas, brotaba agua pura y cristalina que al caer murmuraba una grata música en el imponente silencio del subterráneo inmenso.

—¿Dónde estamos?—exclamó Fernando admirado.

—En uno de los admirables palacios que construye la Naturaleza con gotas de agua, y muy cerca del punto a que tú quieres llegar. Mira—agregó el "Brujo", señalándole una galería que se iniciaba y desaparecía en la densidad de las tinieblas.—Por allí seguirás adelante un corto trecho a tientas. Luego la claridad irá en aumento hasta que te verás en el fondo de un pozo cuya boca, a tres metros de altura, te será fácil de alcanzar subiendo por los huecos hechos por mí en las paredes a manera de escalones. Cuando estés fuera te orientarás bien pronto, pues apenas hay cincuenta metros desde la boca del pozo a los alambrados de defensa de tu destacamento... Y ahora...

—Ahora, permíteme que te abrace antes de separarnos—y Fernando abrazó al "Brujo".—¡Que nos veamos otra vez!...

—¿Para qué?

—Para agradecerte el bien inmenso que me has hecho...

—No quiero que me lo agradezcas; quiero que me lo pagues.

—¿Y cómo pagarte?

—Haciendo tú por otro, en la primera ocasión, lo que yo he hecho por ti en ésta, sin fijarte en que sea blanco o negro, cubano o peninsular.

—Lo haré, lo haré y trataré de imitarte.

—¿De imitarme? Entonces, oye.—El "Brujo" apagó el farol y, en la obscuridad densísima de aquel abismo, se oyeron retumbar sus palabras:—¿Quieres imitarme? Ten por bandera el firmamento, por patria el universo y por familia la humanidad... Y, sobre todo, aléjate de los descendientes de Caín en vez de ir en su busca.



por H. M. KRABBE. "PETITE BRETONNE EN POSE" *Del Salón [illegible]*

LAS ACTRICES BONITAS



May Allison, bella actriz norteamericana



Emily Drange, artista yanqui de revistas.



Ethel Clayton estrella de cine.





Dos poses de la popular artista yanqui Peggy Dolan

INFORMACIONES VARIAS

Capital



Asistentes a la colocación de la piedra fundamental de la "Sociedad Luz" que se efectuó el 30 del mes pasado



El doctor Justo dirigiendo la palabra a la concurrencia del referido acto.

Rosario





El presidente del Aero Club de Rosario, en el festival verificado a beneficio de los damnificados de Mendoza. — El aviador Pedriguans que tomó parte en la fiesta

Tucumán



Aspecto del "Cine Alberdi", durante la fiesta realizada a beneficio de las víctimas del terremoto de Mendoza.

Asunción



Comisión organizadora del coso de flores llevada a cabo a beneficio del Asilo de Menores.



El ministro uruguayo leyendo un discurso en el banquete con que fué obsequiado por el gobierno del Paraguay

Fots. Louzán, Martín, Martín y Recalde.

HOMENAJE A FLORENCIO SÁNCHEZ





Público esperando turno, durante el velatorio para penetrar en el teatro Solís.

Llegada del féretro conteniendo los restos del famoso dramaturgo uruguayo al teatro Solís donde fué establecida la capilla ardiente.



Placa de bronce que ofrecida por los "canillitas" argentinos fué colocada en la tumba del autor de "Nuestros hijos".



Traslado de los fúnebres despojos de Florencio Sánchez del teatro Solís al Panteón nacional



Los autores argentinos que representaron a sus colegas en el acto fúnebre.



Comisión de actores que tomó parte en la manifestación de duelo.

Fots. Adami.

NUESTRO GRAN MUNDO



Señorita Inés Anchorena Cobo.

Señorita Elena Schöo Lastra.

Fots. Frans van Riel y Witcomb.

ALGUNAS INTERESANTES BAÑISTAS QUE HAN CONCURRIDO ESTE AÑO A LAS PLAYAS DE MONTEVIDEO



Un terceto bastante aceptable, en Ramírez.



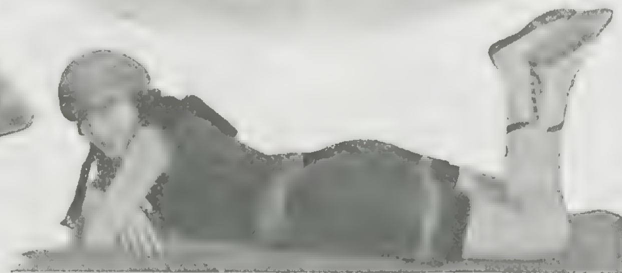
Riéndose del fotógrafo, de la mar y de los peces de colores.



Tres ondinas en la playa Capurro.



Una imitadora de Carlitos Chaplin



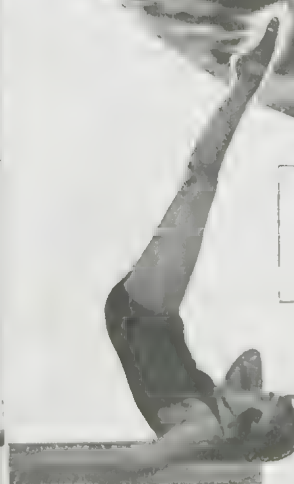




—¡Espere a que me seque!



El descanso en el agua



De espaldas a la ola.



Lo mejor de Pocitos.



De vuelta del baño.



Un grupo que no tiene nada de desdeñable.



—¡Qué fría está!



Las aguas uruguayas dan salud y robustez.

Fots. Adami

INFORMACIÓN GRÁFICA DE CHILE



Concurrentes a la comida ofrecida por los jugadores chilenos de polo a sus colegas argentinos, en el "Santiago Tennis Club".





Asistentes a la recepción dada por el presidente de la república, señor Alessandri, en honor de los marinos ingleses que visitaron la capital.



El presidente de la república con el ministro de marina, el ministro de la Gran Bretaña y algunos marinos ingleses, en la recepción oficial dada en la Moneda en honor de éstos.



Concurrentes a la comida ofrecida por el ministro británico en obsequio de los marinos ingleses.

Fots. Aráus.

NOTAS DE PROVINCIAS

Lomas de Zamora





Grupo de niñas que tomaron la primera comunión el día de la patrona de Lomas y nenitas que acompañaron a las comulgantes.

La Plata





Recepciones hechas a los marinos del "Roma" en la "Unione Operai italiani" y en la casa de gobierno.

Córdoba



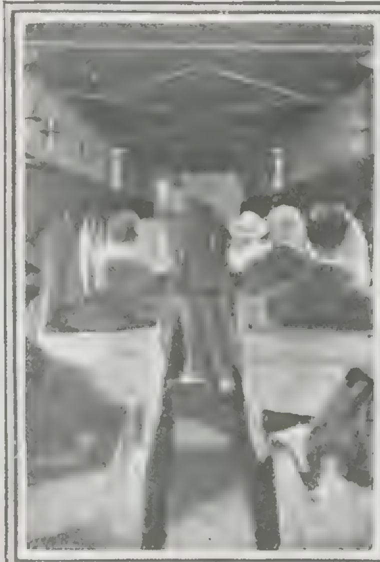
Uno de los pabellones del Hospital Bell Ville, recientemente inaugurado.



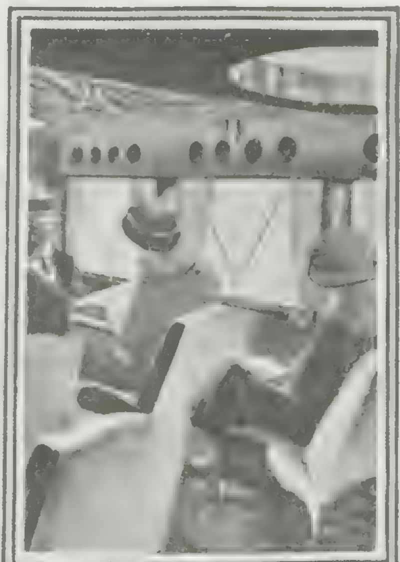
El Dr. Cabred, que debió inaugurar el hospital y tuvo que hu'r hostilizado por el pueblo.

Fots. Manes y Arenas.

ALGUNAS NOTAS EUROPEAS DE INTERÉS



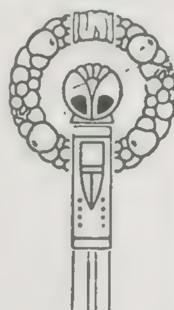




Interior de un aeroplano de la línea aérea de pasajeros establecida entre Londres y París.



Jóvenes bearnesas, en trajes de la época de Enrique IV, celebrando en el castillo de Pau, el tercer centenario de la incorporación del Bearne a Francia.

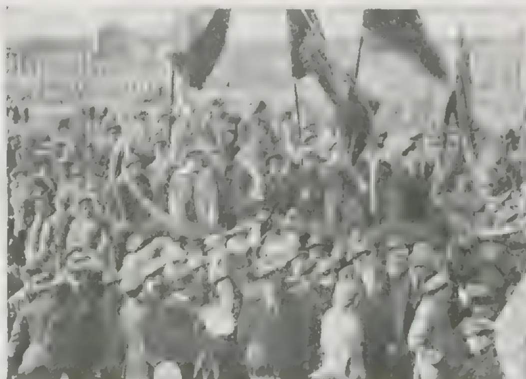


El beso inicial de las capitanas de dos equipos femeninos de footbal', al empezar un partido, en Inglaterra.

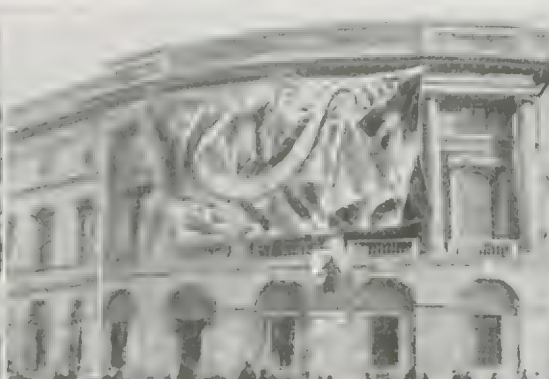




El único alimento diario que reciben tres millones y medio de niños en Alemania y Austria: un modesto plato de guisado.



Manifestación del proletariado en una plaza pública de Moscú.



Una casa de Moscú, adornada con carteles y dibujos alusivos a la revolución



Propaganda revolucionaria en un teatro de Moscú. Nótense a izquierda y derecha los retratos de Rosa Luxemburg y de Carlos Liebknecht.

EL CHIC FEMENINO



Elegante vestido de sarao.



Vestido de seda negra. creación de Marion Belle.



Bonita creación de Paret para recepciones.



Vestido para "five o clock", creado por Paquín.



Vestido para la tarde.



por CHARLES VAN DEN EYCKEN. "PASANDO EL RATO" Del Salón [illegible]

ESCUELAS DONDE SE HACE OBRA ANTIPATRIÓTICA

por Victorina MALHARRO



Hemos leído no hace mucho un manifiesto donde algunos maestros afirmaban la imposibilidad de hacer obra antipatriótica en que se encuentra el magisterio empleado en las escuelas comunes, porque el patriotismo está garantizado por reglamentos, programas, horarios, etcétera.

No acompaño de ninguna manera a esos maestros en su afirmación. Muchas veces he visto y sigo viendo serias, graves contravenciones al patriotismo en la escuela, las cuales subsistirán a despecho de reglamentaciones mientras no se dicte una que consiga hacer obligatoria la posesión del buen sentido y de los buenos sentimientos. Sígame leyendo, lector, de buena fe, y dígame si se hace obra patriótica, si no es del todo antipatriótica la acción del maestro en los casos concretos que paso a referir.

Una directora dice a una dama que le acaba de ser presentada: "Espero mandará usted sus niños a mi escuela. Van a estar en muy buena compañía. Las mejores familias del barrio me mandan sus hijos".

¿A qué llama la directora esa "las mejores familias"? ¿A las más honestas? ¿A las más celosas por el adelanto de sus hijos? Averiguamos un poquito y nos encontramos con que "las mejores familias" son, para esa directora, las de apellidos de más figuración, las que mandan a los chicos vestidos lujosamente, en auto particular o con sirvienta que les lleve los útiles.

Esa directora conspira contra la patria y contra la ley, después de conspirar contra la bondad y la justicia.

Ya lo veremos. Conspiran contra la patria los directores que cuando no tienen sino una vacante disponible y se la solicitan el presidente del consejo escolar y el barrendero de la cuadra, dan la preferencia al presidente. Los que cuando va un inspector le presentan a un alumno diciéndole: Este es hijo del señor Tal, y no le dicen de quiénes son hijos los otros cuatrocientos noventa y nueve que tiene la escuela. Los que si enferma el hijo de un miembro del consejo o del inspector mandan a diario al portero a preguntar por el enfermito, y si enferma un chico de un conventillo vecino, ni una caricia le hacen cuando el chico se presenta, ni encargan a un compañero pregunte por él. Los que cuando hacen una fiesta infantil o llevan a pasear la escuela, en lugar de encargarles a todos vayan en la ropa de diario y dar ellos mismos el ejemplo, recomiendan vayan con sus ropitas de salir, lo que es tanto como decirles a los que no tienen sino la pobre ropa de diario que se queden sin fiesta y sin paseo. Los que seleccionan el elemento y ponen trabas a la admisión de los mal trajeados, o que por otro motivo conspiren contra la estética de la escuela. Le ocurrió una vez a cierta vicedirectora que la directora le prohibiese la admisión de una "morenita" porque "ya había dos" en el turno de la vice. Y esto, que poco le importaba tener en él a toda una tribu africana, hubo de ver con pena que, teniendo vacante esa escuela, la madre, una pobre morena cocinera, tenía que gastar en tranvía para mandar a su negrita a otra escuela donde se entendía mejor el patriotismo. Conspiran contra la patria todas las escuelas que tienen sociedades que dividen a los alumnos en protectores y protegidos. Los directores y maestros que tienen un gesto, un timbre de voz y un término para los chicos pudientes, y otros, muy distintos, para lo que el "argot" escuelero llama "mal elemento".

Muchas otras formas de conspirar contra la patria hay, y todas ellas, desgraciadamente, subsisten a despecho de planes de estudio y reglamentaciones. Ya las iremos desenmascarando. Empecemos por examinar todo lo anárquico, todo lo antirrepublicano de las cosas que dejamos expuestas y que se unifican en la violación de la constitución argentina en una de sus más hermosas declaraciones, ésta: "Todos los hombres son iguales ante la ley".

Patria y constitución va el niño a conocerlas en la escuela.

La escuela es, en nuestro país de aluviones, el verdadero germen de la patria. Allí no hay nacionalidades, no hay comuniones, no hay razas, no hay clases. Allí no hay sino niños. Argentinos los más; huéspedes de la Argentina, los menos; todos, concurrentes a una institución argentina cuyo objeto es iniciar la grandeza de la patria por el eficacísimo medio de iniciar al hombre en su propia vida, ya que de la vida de los individuos ha de surgir el bienestar de la colectividad.

"Todos los hombres son iguales ante la ley". Para cuando el niño llegue a saber esto en la letra, es necesario lo tenga ya en la idea para que no le resulte una ironía.

La escuela, igual para todos. El niño del palacio, sentado al lado del del conventillo. El hijo del portero, colaborando en un ejercicio escolar con el hijo del alto funcionario público. El niño del barrendero, objeto de las mismas atenciones, de los mismos cariños que el de la más empingorotada señora. El niño procedente de un palacio, del que parte a la escuela en auto propio, lleno de mimos y de regalos en su casa, que sepa, que sienta que lujo, mimos y regalos se vuelven a su casa en el auto que lo trajo. Que él, en la escuela, es un niño como todos, necesitado de la dirección del maestro, necesitado de la cooperación de los compañeros, obligado a éstos que son sus socios en el trabajo y en el juego. Que sienta su labor estimulada ni más ni menos que el compañero desarrapado; que se sepa con la censura pronta para sus actos cuando no se ajusten a la idea de la bondad y la justicia que debe reinar en la escuela. Que el niño pobre, el proveniente de un tugurio donde no se sabe de caricias, donde se siente el menosprecio de la vecindad, se sienta libre de su carga al llegar a la escuela. Allí no es el hijo de esto o lo otro, como lo oye en sus peleas callejeras. Allí es él, sólo él: un niño al que se le quiere y se le protege por ese, porque es un niño; al que se le corrige, porque se le quiere; al que se le premia cuando él se gana con su esfuerzo la frase o la calificación del premio.



Que cuando entre el inspector en la escuela ningún niño se sienta privilegiado por la sangre que lleva, ni deprimido por el hogar de donde procede. Allí cada uno es cada uno. Los padres y las familias, tomadas en cuenta, sólo para enseñarles a amarles y respetarlas.

Como "todos los niños han de ser iguales ante la ley de la escuela", si hay un exceso de atenciones en el maestro han de ser para compensar al que menos recibe fuera de ella; como todos son iguales, si sólo uno puede ser admitido ha de ser el que menos puede suplir la acción de la escuela si no concurre a ella.

Es contra la ley, contra la constitución, contra el espíritu republicano dejar sentir entre los alumnos las diferencias artificiales del medio de que proceden.

Es hacer obra patriótica, republicana, legal, formar de tal manera el ambiente de la escuela que apenas entre en ella el niño quede bien penetrado que pobre y rico, hijo de buena o mala familia, son cosas que allí no significan nada.

Que allí sólo cuenta el trabajo, la virtud, el conocimiento de un lado; la holgazanería, el vicio, la ignorancia del otro.

Así aprende el rico a no ensoberbecerse de su fortuna; el pobre, a no deprimirse con su pobreza; el hijo del altamente colocado a no confiarse en la posición lograda por su padre; el humilde, a no descorazonarse por llegar arriba. Eso tiene que hacer la escuela verdaderamente patriótica, la que quiera conservar la tradición de civismo de que se habla al niño en determinadas clases. Por ahí hay que empezar a imbuir en el alma del niño el espíritu de nuestra constitución que ha de ser el mismo de todas las instituciones civiles del país: Todos los hombres son iguales ante la ley.

Al margen...

por José VICTORERO

Yo no soy reaccionario, ni soy maximalista,
y no soy socialista, ni soy conservador;
ni el combate me llama, ni la suerte me atrista.
¿Que triunfa éste?... ¡Me alegro! ¿Que gana aquél?... ¡Mejor!
Todos los hombres, — piensa mi espíritu nihilista —
ante la vida estúpida son del mismo color...
y, en sus luchas, mis ojos ven, sólo, el ansia egoísta
de librarse del yugo de su infierno interior.
A todo indiferente, de todos apartado,
es mi dios la Belleza, y a su culto entregado,
observo y me divierte la humana imperfección.
¡Sigan ellos cantando sus locas utopías!
Yo, al margen de sus odios, vivo mejores días
bajo la égida sabia de Fray Luis de León.

LOS PRECURSORES DE CARREL

Es un tópico vulgar decir que la cirugía está en nuestros días muy adelantada, sin tomarse la molestia de saber lo que hacían en otros tiempos, y si es verdad la afirmación referida, no lo es menos que también en épocas lejanas se llevaban a cabo proezas como la que aquí se dice.

Los extraordinarios experimentos de Alexis Carrel, el ilustre sabio del instituto Rockefeller, no son, en fin de cuentas, sino la realización práctica de una idea tan antigua como popular. El principio de la compostura, digámoslo así, de una persona privada de un miembro, poniéndole la parte correspondiente de otra persona, es, en efecto, tan viejo casi como la misma humanidad. Más aún: a pesar de su habilidad, hasta ahora no se ha atrevido Carrel a efectuar remiendos quirúrgicos tan importantes como los que en otro tiempo hicieron, o al menos intentaron, sus precursores. Carrel se contenta con soldar venas, unir huesos o remendar epidermis: transplanta riñones u orejas, y en su laboratorio se ha llegado a ponerle a un perro una pata de otro; pero todavía no se le ha cortado una pierna a un hombre y se le ha puesto a otro hombre. Sin embargo, esto se hizo, o se trató de hacer, en el siglo XVI. El caso aparece representado sobre una tabla, probablemente obra italiana, que posee un francés aficionado a coleccionar curiosidades de la medicina, M. Louis Forest. La operación a que el cuadro se refiere es verdaderamente extraordinaria.



Injerto de la pierna de un negro en el muslo de un blanco en el siglo XVI.

Un rico ha perdido una pierna, y un cirujano atrevido se ha encargado de ponerle una pierna nueva; pero, guiándose por las tradiciones indostanas, según las cuales los tejidos se sueldan cuando están vivos, ha buscado una pierna fresquita, cortada ex profeso para el caso, y al efecto ha utilizado la de un esclavo negro. Este infeliz parece no sobrevivir a la operación, puesto que ya hay un individuo cavando su fosa. En cuanto al cojo que ha de dejar de serlo, el cirujano, sin detenerse en precauciones antisépticas, le aplica sin más ni más la pierna del negro, uniendo los vasos, las arterias, las venas y el hueso por simple compresión.

Puede asegurarse que esta tabla no representa una escena imaginaria, sino un hecho real, un colmo de habilidad quirúrgica que acaso hizo gran ruido en su época.

Ello es perfectamente verosímil, pues a mediados del siglo XV hubo en Sicilia unos cirujanos, los Branca, padre e hijo, que se hicieron célebres por su maestría en el injerto humano, y en la siguiente centuria apareció en Bolonia una escuela de médicos cuyas atrevidas operaciones llamaron la atención del mundo entero.

Entre ellos, el cirujano Gaspar Tagliacozza, sobre todo, adquirió inmensa fama por sus composturas de miembros y otras partes del cuerpo.

¿Quién sabe si el cuadro en cuestión representará al propio Tagliacozza en alguna de sus arriesgadas operaciones?

EL CIRO

por Ernesto Mario BARREDA

Era un perro. Mejor dicho, eran dos perros... Veo que no logro explicarme: uno era perro y el otro era perra. Pero la perra no se llamaba Ciro, se llamaba Siringa...

Realmente, habría podido evitar esta difusa explicación, pero no he querido. Y he ahí la causa: Ciro, el perro, es el personaje [illegible]; pero Siringa ocupaba una parte tan esencial [illegible] en la visión del recuerdo. Evoco al perro, [illegible] pelota de pelos blancos y cerdosos, la cola corta, la nariz negra, [illegible] entre una maraña de cejas. Y detrás, un poco más chica, idéntica en el resto la Siringa.

Los veo jugando, me parece hasta oir sus resoplidos; los veo cazando ratas, dos relámpagos de nieve, dos lenguas de escarlata húmeda, silenciosos, entre la desbaratada pavura de los roedores... Una dentellada, un zangoloteo, la mísera alimaña tirada al azar, como una pulpa blanda y sin vida. A veces la comían; jugaban con ella, la olvidaban. Los veo también en otras diversas actitudes: peleando con perros, ella tan feroz como él, volviendo luego cansados, tristes, escupiendo alguna pelambre sanguinolenta... Los veo por fin en otra circunstancia, cuyos detalles no recuerdo o no quiero recordar. Y siempre juntos. Por eso, al hablar de Ciro el perro, hablo también de la Siringa, su perra y fiel esposa.

Los dos rabiaron.

Yo era muy niño. Nervioso, propenso a los sobresaltos y pesadillas, nada me horrorizaba más que los perros rabiosos... Había otras cosas que también me asustaban, por ejemplo: pensar a media noche en un charco que había por allá, por los mataderos, donde viera una yegua muerta, ahogada, una tarde mientras cazaba chingolos. Me parecía que el charco se entraba en la habitación y que la yegua... brrr!

Pero los perros rabiosos me causaban un espanto mórbido, a todas horas, en cualquier lugar. Verdad que abundaban mucho por aquella época. A cada instante, grupos de vigilantes y vecinos corrían disparando balazos, detrás de un can hidrófobo. Y todos gritaban: ¡cierren!... ¡cierren!... ¡un perro rabioso!... Y el perro adelante, erizado, la lengua de fuera, la marcha rígida... Después, durante varios días, el charco de sangre donde se consumó el sacrificio. Una sangre primero roja, luego morada, casi negra por fin... reseca, hecha cáscara, desmenuzada a los cuatro vientos, para servir de simiente a nuevas tragedias caninas. Aquella mancha, que de día contemplaba con enfermiza fascinación, de noche la evocaba entre pesadillas, despertando sudoroso, aniquilado...

Los chicos de entonces, para asustarse, solían gritar de golpe interrumpiendo sus juegos:

—¡Muchachos, cuidado!... ¡un perro rabioso!...

Y todos, pálidos, aun sabiendo que era mentira, disparábamos como galgos.

En el otoño, sobre todo si era lluvioso, rabiaban más. Esa vuelta de la escuela, entre dos luces, por aquellas quintas de cercos interminables, sin un solo refugio... Podía salir de golpe, entre las zarzas y ramajes, sin darle tiempo a uno para guarecerse en cualquier parte... Una vez, al llegar a la esquina, —felizmente, —después de haber pasado aquella larguísima cuadra de Quintanilla, tan sombría, cruzó a mi lado un perro flaco, chocolate negro, con la panza blancuzca. Lo hizo tan ligero, que estos detalles se me fijaron después. Algo, sin embargo, noté yo en su andar, en su cara contraída por esa mueca que les estira la boca, y ya iba a volverme para seguirlo con la vista, cuando desembocó gritando un vigilante:

—¡Cuidado!... ¡cuidado!... está rabioso...

Lo venía persiguiendo para matarle. El animal se entró en la quinta y allí la policía y varios vecinos fueron a otearlo, con objeto de darle muerte. No dormí en toda la noche. Me revolvía en la cama, nervioso, desvelado, yendo yo en busca de la fiera, a través de la enramada, entre la oscuridad, por los rincones más tenebrosos, sobre todo por uno que recordaba, donde había una piezucha para guardar herramientas, perdida entre los árboles... allí, por las rendijas, veía fulgurar los ojos del perro... y yo...

Un gemido despertó a toda la casa.

Entonces no había remedio para la rabia. Uno o dos años después recién se produjo el descubrimiento. El mordido rabiaba indefectiblemente... Había casos de personas atacadas por la enfermedad. Casos que yo me procuraba por ahí, para aumentar los aspectos de mis terrores nocturnos. Pero ni hombres, ni gatos, ni caballos rabiosos, me inspiraban el miedo de los perros. Tal vez porque no los había visto nunca, o quién sabe...

Cuando rabió la Siringa, yo estaba enfermo y no la vi. Una tarde, desde mi camita, sentí la desbandada de los muchachos. Hermanos y amigos, entraban a casa gritando:

—¡Ahí viene la Siringa!... por la otra cuadra... ¡está rabiosa!

Hacía dos días que se fuera, que desapareció de la casa, después de algún tiempo en que se la veía triste, sin comer, huyendo de las personas.

Se cerraron todas las puertas. El animal entró recto como una flecha y, según vino a decir el quintero, — con un susto tremendo, — se había metido en su cuarto, bajo su cama.

En fin, que un vecino la mató: trajo su revólver, abrió un postigo que tenía el vidrio roto y, cuando la cabeza del animal apareció en la abertura, — aquella hórrida cabeza, — le disparó un tiro a quemarropa.

Empeoré de mi enfermedad y muchos días después, cuando me levanté ya convaleciente, con esa dulce, lánguida, evocativa alegría de la convalecencia, lo primero que hice fué correr a la pieza del quintero. Y allí estuve preguntando, imaginando, investigando en la tierra los rastros, ya una señal de la pata, o algún poquito de sangre. Pero todo había sido lavado, fregado, destruído completamente para mí. Pregunté:

—¿Dónde la enterraron?...

No se me quiso decir. Pero yo me imaginaba, de noche, la actitud de la Siringa, bajo la cama del quintero. La veía moverse hacia la puerta atraída por las voces, luego el postigo abierto y el salto hacia la luz, la lengua chorreando baba, los dientes estremecidos por la furia de morder.. Y el vecino, tranquilo, — no como yo, que habría caído al suelo, — impasible, estirando la mano, apuntando en medio de la frente, [illegible] esa papilla de sesos enloquecidos de furor...

El Ciro rabió de otra manera. Tengo anotado en mi memoria todo el proceso, porque fuí mordido, además... Daré algunos antecedentes indispensables.

El único perro que en el barrio se las tenía tiesas delante del Ciro, era el Nerón. Un perrazo enorme,—dos veces su rival,—el pecho amplio, la cabezota casi seccionada en dos por aquella bocaza siempre abierta, mostrando una lengua colgante, entre dos colmillos que parecían de jabalí. Su lomo robusto, ijares profundos y anhelantes, su grupa de león, adornada con una cola gruesa, terminada en un penacho de pelos amarillos. Era todo él de un color rojo vino, menos el penacho. ¡Magnífico animal!

Cuando por coincidencia se encontraban,—lo que procurábamos evitar,—atacábanse inmediatamente. El Ciro, áspero manojo de cerdas y nervios, más chico, menos potente, pero más flexible, mil veces más rápido, por un tarascón devolvía tres. Y cosa curiosa: casi nunca se herían de gravedad. Tal vez porque separados muy pronto, no pasaban nunca de las primeras embestidas, fulmíneas, eléctricas, con toda la potencia en el ataque y la defensa.

Y sucedió lo siguiente:

Una mañana, mi perro dormía en la vereda, tomaba el sol de otoño, acurrucado junto a la verja del jardín, con aire triste y perezozo. Desde la muerte de Siringa,—raro que no lo mordiera!—acaecida un mes antes, había quedado como envejecido, solía aullar de noche y daba pocas señales de aquella antigua movilidad. Sólo su odio por Nerón continuaba y erguíase de pie, tembloroso, si lo veía aunque fuese de lejos.

Dormía, pues, acurrucado en la vereda, cuando a traición, de una manera inopinada, lo atacó de pronto su enemigo. Saltaron, rodaron, rugiendo como dos fieras, conmoviendo al barrio. Pero en el momento en que varios vecinos se disponían a separarlos, vimos al Nerón trotando como en huída, y al Ciro que regresaba hacia nosotros, rengueando lamentablemente. Tenía una herida horrible en el sobaco, que casi le desquiciaba la pata. Chorreaba sangre, se quejaba, demostrando un extraño terror.

Lamentaciones y comentarios.

Recién al otro día empezó a circular el rumor: Nerón estaba rabioso. No había vuelto más a la casa y, ya por la tarde, llegó la noticia de su muerte a manos de unos segadores, traspasado por las horquillas de emparvar, al atacarlos el perro en medio del campo.

¡El Nerón rabioso!... luego, el Ciro...

Hubo conciliábulo de familia. Aquello iba tomando lúgubre aspecto, por lo que se adoptó una resolución heroica y, por otra parte, la única. Decidióse envenenarlo. Pero en dimes y diretes, pasaron varios días y cuando llegó el veneno, Ciro, que empezaba a sanar de su herida, lamiéndola constantemente, no quiso comer la carne donde se había inyectado la estricnina. Aquella noche desapareció.

Habrían pasado como dos semanas. En el fondo de la quinta crecía un tupido cañaveral, escenario de nuestras picardías, escondite delicioso para toda clase de trapisondas.

Allí las comilonas, las cortadas de cañas para flechas, los fueguitos y casitas... Lugar fresco y al mismo tiempo resguardado del viento y la vigilancia paterna.

Allí lo encontré acostado al Ciro. Se había hecho una cama de yerbas secas y, enroscado, huraño, apenas movió la cola cuando le saludé con alborozo, palmeándole el lomo. Lo llamé para que me siguiera y no me obedeció. Traté de llevarlo a la fuerza, arrastrándolo del pescuezo. Gimió sordamente. Yo insistía, cuando de pronto, lanzando un grito raro, me tiró un mordisco. Fué más bien un ademán brusco, como de una mano que me separara con impaciencia. Sólo que aquella "mano" tenía dientes

(Continúa en la siguiente página.)

El Ciro

(Continuación de la página anterior)

y estaba llena de baba. Me miró con una expresión triste, como diciéndome: no me obligues a que te muerda. Y se acurrucó más intratable que nunca, temblando, con un leve gruñido.

Me había escocido el mordisco y un poco de sangre se pegó a mis ropas, cuando me limpió la mano maquinalmente. Yo, que tanto horror tenía a los perros rabiosos, no podía creer en la rabia del Ciro. Además, los niños como las personas ignorantes, nunca creen en los procesos de gestación. Aquello se lo producía su herida, que aun se hallaba sin curar, mostrando los labios rojizos...

Resolví callar el encuentro, a objeto de que no lo mataran. Y durante tres o cuatro días fuí por el cañaveral a ver el perro. Seguía lo mismo. Cada vez más triste. En cierto momento lo encontré detrás de mí, pero no me hizo caso al llamado, parecía no oirme.

Volvió a su refugio... Y varias veces que le llevé carne, ni la olfateó.

Una mañana, ya iba a entrar al cañaveral, cuando me detuve tembloroso. Un aullido de lobo, un alarido de loco, un espantable ulular de hombre y de bestia, me llegó a los oídos. Sentí como el paso de un animal por entre las cañas, no muy lejos. Y estremecido de terror hasta el fondo del alma, huí hacia la casa, temblándome en los labios el grito supremo de todos los niños: ¡mamá!... ¡mamá!...

Caí en sus brazos. Alarmada mi madre, me palpó todo el cuerpo, investigó por todas partes ávidamente, para descubrir la herida. Con gesto ansioso me interrogó:

—¿Qué, hijo mío, qué...?

—El Ciro... está... rabioso...!

Logré balbucear, entrecortado por los latidos de mi corazón. Aquel aullido lo conocía bien, lo había oído entre la gritería de la gente, entre el estampido de los tiros, aquel aullido de fiera enferma, de hombre enloquecido...

Empecé a contarle. Desde mis primeras palabras, su espanto no tuvo límites. Quería volverme a bañar en seguida, como si todo mi cuerpo fuera una masa de virus; si hubiera podido lavarme las entrañas, limpiarme una por una todas las células de mi sangre, lo habría hecho... Yo, inmóvil, centro de aquel tremendo círculo de angustia materna, no me atrevía a decirle que el perro me había mordido pocos días antes... ¡Se habría vuelto loca!

En aquel instante mis hermanos llegaban con la cocinera: el Ciro rondaba la casa. Ellos habían cerrado todas las puertas y el quintero fuése a llamar a los vigilantes.

Corrimos a los vidrios. El Ciro trotaba alrededor de la casa, efectivamente. Así es que, por las ventanas y puertas, se podía seguir paso a paso toda su marcha. Parecía más chico, erizado, temblando hasta el punto de asemejar a veces un manojo hirsuto de pelos trémulos; la cabeza gacha, la boca abierta en ese rictus peculiar, con hilos de baba colgante; la cola ceñida al cuerpo, entre las patas... Andaba constantemente, lanzado a ratos su aullido, tropezando a veces con las puertas, que raseaba un segundo como para entrar. Y siempre que se daba contra un pilón de agua que había en el patio, bebía a lengüetazos que hacían saltar las gotas, como si en lugar de beber, mordiera el agua.

Quizás, movida de pena, mi madre lo llamó una vez a través de la puerta: ¡Ciro!... ¡Ciro!!! Se detuvo por un momento, movió con cariño su rabo corto y luego, en una transición dolorosa, aulló varias veces... Rompimos a llorar todos los niños, de miedo, de dolor... ¡lo queríamos mucho!

Ahora, trotaba por el jardín. Se metía entre las plantas, mordía los rosales, haciéndolos trizas. Luego se echaba, jadeante, aullaba. Su mal crecía por minutos y en los accesos agudos, corría frenético, embestía con todo. A través de las cejas enmarañadas, sus ojos despedían una llama gris... Y siempre que tropezaba con el pilón, bebía, ora unos lengüetazos, ora larga y ansiosamente.

Le llegaba su fin... Varios vigilantes aparecieron detrás de la reja, en la calle. El perro marchaba en ese momento hacia ellos. Lo vi por última vez, destrozando una planta de mosqueta, bajo un gran cedro que crecía frente del portón. Distinguí el caño del arma que le apuntaba y luego el estampido seco, entre la nube de humo azulado. Y el pobre Ciro con una pata en alto, muriendo entre un aullido supremo, aullido que me persigue a veces como una obsesión.

Nunca dije en casa que me había mordido. Pasaron los cuarenta días... pasó el tiempo.... El niño se volvió hombre y nada se produjo, por lo menos así terrible, fulminante. Todos los años, sin embargo, más o menos para esta misma época, no sé a qué obedecerá, tal vez la influencia del otoño, algo que está en el ambiente, o dentro de mí... pero recuerdo, recuerdo siempre ese pasaje de mi vida... Veo al Ciro trotando alrededor de la casa, escucho su aullido... un aullido así... ¿ven?... así... esta vez lo he dado casi igual... pero, ¿por qué me miran de ese modo?...

PARA LA GENTE MENUDA

por LA ABUELITA

EL CUENTO DE LA ABUELITA

EL HOMBRE QUE NO SE IBA NUNCA

Voy a contaros hoy un cuentecillo de verano que acaso os distraiga, aunque nada os enseñe. No siempre ha de estar el predicador en el púlpito.

El caso es que cierto caballero que le gustaba mucho vivir de arriba, y que andaba siempre convidándose ya en casa de un amigo, ya en casa de otro, fué a un pueblecito cercano a casa de un antiguo compañero de colegio.

Brindaba siempre convidándose...

Allá se acomodó como en su propia casa, y debía encontrarse muy bien por cuanto no daba señales de marcharse nunca.

El amigo, un poco cansado, dió cuantas vueltas pudo para hacerle comprender los deberes de la conveniencia; pero como todo fué en vano, acabó un día por decirle:

—¡Vaya un amigo éste que no quiere venir nunca a encontrarme!

—¡Cómo!—exclamó sorprendido el gorrón.—Vendré siempre a verte con muchísimo gusto.

—Pero el caso es que no podrás.

—¿Y por qué?

—Porque si no te decides nunca a marcharte, mal podrás volver.

—Si no te decides nunca a marchar...

LA HUELGA DE LAS HORMIGAS

Una tribu de hormigas, conocida en todo el universo por su proverbial previsión y por su gran amor al trabajo, empezó a perder la acostumbrada actividad.

A imitación de los hombres, del que puede decirse que es el menos digno de ser imitado, un día pidiendo aumento de salario, otro exigiendo la disminución de las horas de trabajo, no hicieron durante el verano otra cosa que presentar memoriales al gobierno, declararse en huelga, siempre que sus peticiones no eran atendidas.

El resultado fué que de huelga en huelga, llegó el duro y helado invierno, sin que hubieran hecho la provisión necesaria.



La huelga de las hormigas.

En poco tiempo consumieron las modestas provisiones, y los jefes de la tribu, que en la estación propicia no habían hecho otra cosa que excitar a las demás hormigas a la huelga, por el más leve motivo, presentaron en seguida un memorial al gobierno solicitando urgentemente recursos, pues de otro modo todas las hormigas perecerían de hambre.

El gobierno no tardó en responder con el siguiente telegrama: "En vista de la situación en que se encuentran nos hemos apresurado a rogar al cielo que llueva sobre vosotras todo lo que pueda ser necesario a vuestro sostenimiento. De todos modos, si el cielo no escucha nuestras plegarias, tendréis que pasar por malos momentos.

Inútil es decir que frente a la muerte las hormigas se arrepintieron y lamentaron no poder recobrar las horas perdidas. Con lo que las hormigas aprendieron que antes de holgar es convenientísimo producir lo necesario para no pasar hambre.

CÓMO SE VIAJA EN LA INDIA

En la India se viaja, como todos sabéis, en ferrocarril a grandes trechos. Pero los ricos rajahs se permiten también el lujo de viajar fastuosamente sobre bellos elefantes elegantemente enjaezados.

Hay, sin embargo, en la India medios de transporte menos conocidos de nosotros, aunque no menos bellos, porque la India es el país de la noble belleza que encuentra en todo su expresión.

El carro representado en el primer grabado es de los más primitivos, con sus ruedas a disco y los lados como escaleras curvadas. Se usa principalmente en la tierra del Burma, donde lo emplean para faenas agrícolas, aunque en realidad parece tener más el aire de una barca.

Carro con ruedas, tirado por búfalos.

Este carro es tirado por dos búfalos de agua, de grandes cuernos y de andar lento y majestuoso.

El segundo es una especie de cochecito, o, mejor dicho, el "brum" de la India meridional. Un caballejo de poca alzada tira hasta de seis personas. Los indígenas que lo guían le obligan a galopar sin piedad, así es que la vida del pobre caballo suele ser breve; pero las jornadas son veloces.

Carricoche de la India Meridional.

En la India del norte, hacia la majestuosa cadena del Himalaya, en lugar del caballo es el hombre el encargado de la tracción. Parece esto barbarie, ¿verdad? Los viajeros ricos de importancia recorren el país, montuoso y pobre de caminos, sobre esta especie de ligero palanquín, y los portadores son cuatro, que se cambian de dos en dos para descansar.

Palanquín usado en las estribaciones del Himalaya.

Este último, que parece, sin duda, sobre su rico trono esculpido es, por el contrario, un sencillo batelero, que guía su alta barca, con la alta proa adornada. El batelero vive en su embarcación con su familia, y la propiedad de ella, su única riqueza, es común a todos los miembros y pasa de padres a hijos y de hijos a nietos.

Barca india.

NO HAY QUE ESCONDERSE

En cierta ocasión presencié una lección que daba una buena maestra a sus discípulos. Tenía en la mano una pecera de cristal en la que nadaba un pececillo dorado.

Tenía en la mano una pecera de cristal en la que nadaba un pececillo dorado.

—Mirad el pez—decía—. Trata de esconderse. ¿Le veis ahora?

—Sí, señorita—respondían todos.

Volvió a preguntar lo mismo varias veces mientras el animal se movía en todas direcciones, y siempre obtenía la misma respuesta.

—¿No puede esconderse de nosotros?

—No, señorita.

—¿Por qué?

—Porque podemos verlo por el vidrio.

—Así—acabó la maestra—nos ocurre a nosotros. Por más que queramos ocultarnos, siempre habrá quien nos vea. Por lo que sería conveniente que obrásemos siempre bien.

MASCARITAS

Llega el Carnaval, una fiesta un poco alocada pero divertida. Gusta mucho la gente de disfrazarse para representar lo que no es. En este sentido, para un número, demasiado grande por desgracia, es Carnaval.

Quiero recomendaros que os divirtáis todo lo posible durante estas fiestas; pero debéis hacerlo sin hipocresías, con franqueza, sin presentaros desfigurados ante la sociedad.

Bueno es divertirse y vivir alegremente; pero bueno es también huir de todo lo que sea farsa y no olvidar que "aunque la mona se vista de seda, mona se queda".

UN RASGO DE PERICLES

Refiere Plutarco que, insultado Pericles por un insolente que no cesaba de lanzarle injurias, las aguantó pacientemente sin contestar una sola palabra, ocupado en despachar asuntos urgentes.

Al anochecer se retiró a su casa con tranquilidad, perseguido por aquel hombre que no dejaba de injuriarle.

Cuando le abrieron la puerta, como ya cerraba la noche, llamó a uno de sus esclavos y, mandándole encender un hachón, le ordenó que acompañase al provocador a su casa.

Si todos pudiéramos tener esa calma serena, de cuántas tragedias se libraría el mundo.

TEMPLANZA

Come para vivir y no vivas para comer, que del glotón puede decirse que se abre la fosa con los dientes.

Siempre es tiempo de tomar una buena resolución. El rey de Suecia, Carlos XII, un día que se embriagó olvidó el respeto debido a la reina, su abuela. Esta se retiró a sus habitaciones disgustada.

Al día siguiente, como la señora no saliera, el rey, que lo había olvidado todo, preguntó la causa. Se la dijeron y en seguida fué a ver a la reina y le habló así:

—Me dicen que ayer me olvidé de los respetos que os debo y vengo a pediros perdón y a prometeros que para no volver a caer nunca en la misma falta, no beberé más vino en mi vida.

Así lo hizo: desde aquel día fué sobrio, logró robustecerse y jamás se quejó de los alimentos que le servían. Después de una comida frugal daba largos paseos a caballo, y en el campo dormía algunas noches sobre un montón de paja, y así consiguió que no le abatieran ni las más grandes fatigas.

EL RATONCILLO Y EL GATO

El ratoncillo había logrado subirse sobre una pared. El gato, sentado sobre sus patas traseras, le contemplaba con atención, pensando en los medios de qué podría valerse para zambullírselo.

—¿Ignoras que nosotros los gatos estamos en huelga?

El ratoncillo se sintió locuaz.

—Oye—dijo—, mi querido y amado gato: hoy han cambiado los tiempos y no vale ya la pena de permanecer fiel al patrón, egoísta y cruel. ¿No te has enterado de que todo el mundo hace huelga y mejora su condición? Proponle a tu amo que te dé doble ración de carne y que además te reduzca a la mitad la obligación a que te tiene condenado de cazarnos durante la noche. Si no acepta, recurre a la huelga en seguida. Sólo con la huelga podrás hacer valer tus derechos.

—Pero, ¿de dónde sales tú, inocente?—repuso el gato.—¿Crees, acaso, que necesito que me enseñes nada? ¿Ignoras que nosotros los gatos estamos en huelga desde hace la mar de días?

—¡Oh, bravo!—exclamó el ratoncillo, descendiendo rápidamente para ir a jugar con el gato.

Pero éste, apenas lo tuvo al alcance de sus garras, dió un salto apoderándose de él.

—¿Cómo?—gimió el ratoncillo.—¿No es verdad que estás en huelga?

—¡Inocente! ¿Te has creído que soy tan tonto como los hombres?

LA LUCIÉRNAGA Y EL HOMBRE

(FABULILLA)

Un hombre, obligado por la necesidad a recorrer un camino difícil a media noche, iba a tientas en medio de la mayor obscuridad, pues las tinieblas eran tan compactas que no se veía ni a un palmo de distancia.

Llegado a cierto punto de su trayecto, había ya levantado un pie para seguir, cuando una luciérnaga con su lucecilla le advirtió que se encontraba ante un precipicio.



—¡Bendita seas tú, pequeña luciérnaga...

El hombre, contento de haber escapado de aquel peligro, exclamó con reconocimiento:

—¡Bendita seas tú, pequeña luciérnaga, que me has hecho escapar de un peligro grave y acaso de la muerte!

Tan verdad es que hasta las cosas más humildes tienen a veces un valor incalculable.

EQUIPAJE EXTRAÑO

Cierto día llegó un señor a un hotel con su familia, escogió las habitaciones que le convenían y advirtió que traía mucho equipaje.

Entre éste se encontraba una caja parecida a aquellas que sirven de embalaje a los pianos. Gracias al ascensor y a no pocas fatigas de los changadores, la gran caja pudo ser colocada en la habitación del señor, en medio de la alegría de sus hijos, a quienes gustaba, por lo visto, mucho tocar el piano.



El león amaestrado.

Poco después el señor llama a la camarera y le ordena que le lleve a la habitación, no un café, ni una limonada, sino ¡ocho kilos de carne cruda!

El propietario del hotel recibe con estupor la noticia; dice a la camarera que debe haber entendido mal, y, por fin, sube él mismo en persona, y ¿qué ve?

La famosa caja de piano no contiene un piano, sino una jaula con un magnífico león, alrededor de la cual están los niños tan tranquilos.

El hotelero dice que no quiere saber nada de huésped tan peligroso, y dice:

—Señor, no admito perros en mi hotel. En el reglamento consta.

El caballero protesta: dice que el león no es un perro; pero la excusa no parece buena y se arma el consiguiente escándalo.

Hablan los periódicos de la cosa; los periodistas conversan con el dueño del león, que cuando ve que la propaganda está bien hecha y le resulta absolutamente **gratis**, **sale del** hotel sin esperar al desahucio y anuncia la primera **presentación al público** del león amaestrado.

UN OBSERVATORIO DE HACE DOS MIL AÑOS

Es el de Meroe en Etiopía del que aquí damos unas cuantas interesantísimas noticias que suponemos han de ser del agrado de numerosos de nuestros lectores.

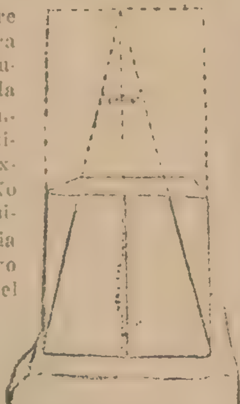
Las ruinas de Meroe, las más importantes que nos quedan de la antigua Etiopía, eran conocidas desde el año 1821, en que fueron identificadas por Carlliaud; pero figuraban entre las menos exploradas, tanto por ser el acceso a ellas mucho menos fácil que las de Egipto, cuanto porque, habiendo tenido durante largos años los indígenas del país como costumbre la destrucción sistemática de aquellos viejos monumentos, se creía que nada quedaría en ellos que pudiera compensar las fatigas y gastos de una expedición arqueológica. No dejaba de ser esto sensible, dada la importancia que en otro tiempo tuvo Meroe como capital del reino del mismo nombre y como centro astronómico, pero lo cierto es que de ella no se conocían más que sus pirámides, muy inferiores a las egipcias, las ruinas de algunos templos y los restos de algunas esculturas de animales de grandes dimensiones.



Entrada a los baños del observatorio, con las piedras astronómicas.

Recientemente, el Instituto Arqueológico de la Universidad de Liverpool, emprendió en el emplazamiento de la antigua metrópoli etiópica nuevas excavaciones, y los resultados han sido de lo más satisfactorio que pudiera desearse. En efecto, no sólo se han encontrado abundantes muestras del arte y de la cultura locales, sino también de las influencias extranjeras, es a saber, en primer lugar la egipcia, después la griega y finalmente la romana.

De todos estos descubrimientos, los más interesantes son los que confirman la fama tradicional de Meroe como centro de la ciencia astronómica. Las ruinas de un edificio del siglo II antes de nuestra Era, parecen probar que se trataba de un verdadero observatorio, con algo de ese carácter religioso de que los antiguos revestían cuanto se relacionaba con el conocimiento de la bóveda celeste. A la entrada de una escalera que desciende hasta unos baños subterráneos, hay dos piedras con marcas que evidentemente servían para hacer cálculos astronómicos, y la pared inmediata, de grafito, está cubierta de signos y figuras a todas luces relativos a la misma ciencia.



Explicación de las líneas trazadas en la piedra.

Una de las referidas piedras merece una descripción detallada. En una de sus caras hay tres líneas que si se prolongasen hacia arriba, se encontrarían en punto y formarían dos ángulos de 14 grados. Una de estas líneas, la del centro, forma con la vertical un ángulo de diez y siete grados, que es prácticamente la latitud de Meroe.

En la pared del observatorio hay, como hemos dicho, una porción de figuras muy curiosas, representando esquemáticamente aparatos astronómicos, y hasta los astrónomos mismos manejando estos aparatos. Los sabios de Meroe anotaban sus observaciones y hacían sus cálculos sobre estas mismas paredes. Uno de éstos cálculos es una especie de ecuación en la que, con ciertas diferencias, aparecen cuarenta y cinco unidades en cada miembro. A este propósito conviene recordar que el naturalista Plinio, hablando de la Ptolemaida etiópica que estaba próximamente a igual latitud que Meroe, refiere que allí la sombra proyectada por el sol a mediodía era vertical durante cuarenta y cinco días y otros tantos después del solsticio de verano. ¿No sería posible que ocurriese lo mismo en Meroe, y que a este hecho se refiera el mencionado cálculo astronómico?

EL GRAN COMPOSITOR ELGAR, JUZGADO POR BERNARD SHAW

Bernard Shaw que, antes de llegar a ser famoso como dramaturgo, fué un reputado crítico musical, ha escrito lo siguiente sobre el gran compositor británico Sir Edward Elgar.

Edward Elgar, que figura a la cabeza de los músicos en Inglaterra, es un compositor cuya calidad no resulta prudente ni verdaderamente posible definir. O es de una calidad tan elevada que sólo el tiempo y la posteridad pueden conferírsela, o es uno de los siete farsantes de la cristiandad. Los juicios contemporáneos son bastante justos para con los secundarios, pero cuando se trata de los sobresalientes, aclaman a los efímeros como inmortales y declaran, a la vez, a estos últimos charlatanes malignos.



Jorge Bernard Shaw.

Elgar no deja lugar para divagaciones. Desde el principio de su carrera, aspiró a ser lo mejor. Emprendió tan espontáneamente la obra del gran hombre, que es imposible creer que prestara alguna consideración a lo enorme de la pretensión, o que se diera cuenta de ella.

Cuando Gerontius hizo popular a Elgar, se escribió mucho y lindo sobre el asunto, pero lo que todo perito verdadero en instrumentación debió haber dicho, entre otras cosas, era "¡Qué diablo de fortissimo"! Aquí no se trataba de instrumentación de tema literario, de ninguna confusión ni ruido, sino de una energía absolutamente nueva que se daba a la banda por un consumado conocimiento de lo que ella precisamente podía hacer y de cómo podía hacerlo.

Por aquel tiempo estábamos repletos hasta el cuello de meras agudezas de instrumentación; todos los compositores de "ballets" podían esparcir perlas del chinesco, del "pavillon chinois", alias Jingling Jonny, sobre la felpa y la pana de sus armonías; pero Elgar no es un simple traficante de efectos, toma toda la orquesta en las manos y lleva cada instrumento a su punto más alto de eficiencia hasta hacer que su fuerza sea como la de diez instrumentos juntos. No sorprendió saber que podía tocarlos todos y que era en realidad una especie de virtuoso de instrumentos tan diferentes como el violín y el trombón.

El enorme dominio de los recursos existentes, que revela esta habilidad instrumental suya, se extiende por todo el campo de la música, explicando el hecho de que aunque posee una mente muy activa y curiosa, no aparece en la música como experimentador ni explorador a la manera de Skryabin y Schönberg. Tomó la música donde la dejó Beethoven y donde la hallaron Schumann y Brahms. Ciertamente no recogió ni empleó las trabas que Wagner había arrancado, como tampoco usó las partes de trompetas en clichés tónicos dominantes al estilo del siglo diez y ocho, según se empeñaban en hacer algunos de sus colegas por seguir la forma clásica. Su mente musical se formó antes de tener conocimiento de Wagner y su natural poder para dominar el material entonces disponible era tan grande, que nunca fué desviado por falta de medios de expresión.

No era un compositor del teclado; la música se escribió para él en los cielos y en el lenguaje perfeccionado por Beethoven y sus grandes predecesores. Con la misma herencia, Schumann, que poseía menos facultades y conocimiento, procuró ser devotamente otro Beethoven, y fracasó. Brahms, contando con una facilidad tan apropiada como la de Elgar, fué un sensualista musical con afectaciones intelectuales, y tuvo sólo buen éxito como un voluptuoso incoherente, demasiado inepto en el fondo para sacar algo grande de las espléndidas delicias musicales en que se revolcaba. Mendelssohn no estuvo realmente nunca en la pista; fué impetuoso y a menudo de estilo agradable, "sui generis", superficial, si se quiere; compuso en un idioma inventado por él y no siguió ni fundó escuela alguna.



El compositor Edward Elgar.

Elgar, ni imitador ni voluptuoso, siguió su camino sin molestarse en inventar un lenguaje nuevo, y con una originalidad puramente personal produjo sinfonías, que son verdaderas sinfonías en el sentido beethoveniano, hazaña que ni Schumann, ni Mendelssohn ni Brahms consiguieron realizar en una forma conveniente. Si yo fuera rey o ministro de las bellas artes, fijaría a este compositor una pensión anual de cinco mil dólares con la condición de que produjese una sinfonía cada diez y ocho meses.

Entiendo que se advertirá que este sistema de Elgar de aceptar el lenguaje y las formas del arte en su tiempo, es el sistema de Shakespeare, de Bach y de todos los más grandes artistas. La idea de que Wagner era un gran innovador técnico resulta ahora una ilusión, como se había visto con Mozart y Handel; todo esto no significaba sino que el que nace gran compositor tiene siempre el valor y sentido común para no ser un pedante.

Edward Elgar no se detuvo jamás ante las pedanterías. A decir verdad, no se ha dado cuenta de sus tropezadores académicos; pues lo mismo que a Bach, no le enseñaron nunca armonía ni contrapunto. Una persona viciada por los tratados de armonía de Day, procuró en cierta ocasión describirle una frase de Wagner refiriéndose a la cuerda de la supertónica. Elgar abrió desmesuradamente los ojos y fingiendo gran asombro, preguntó: "¿Qué es la supertónica? Nunca he oído hablar de eso".

Este pequeño incidente podrá contribuir a explicar el efecto que causó al principio Elgar en la camarilla de los fervientes músicos que, alrededor del finado Hubert Parry, representó la música británica hace treinta y cinco años. El joven del oeste del país, sin título musical, que seguía tranquilamente su camino con la inconsciente presunción de que era por naturaleza y destino uno de los grandes compositores, cuando no había oído jamás hablar de la supertónica, chocó e irritó mucho a aquella camarilla. A decir verdad, Elgar no tenía la culpa de eso. Los compadeció y se sintió muy dispuesto a demostrarles cómo un hombre realmente hábil podía escribir para los trombones, templar un órgano, pescar, o cuidar, enjaezar y guiar un caballo.

Como manifesté al principio, ni yo ni ningún ser viviente puede decir con certeza, si estas ideas inconexas que he expuesto sobre Elgar, son la marca de lo que llamamos inmortalidad.

Entiendo que se parecen mucho a aeso y, en consecuencia, las **presento** por lo que puedan valer.

Un buen muchacho arriesgado digno de ser imitado

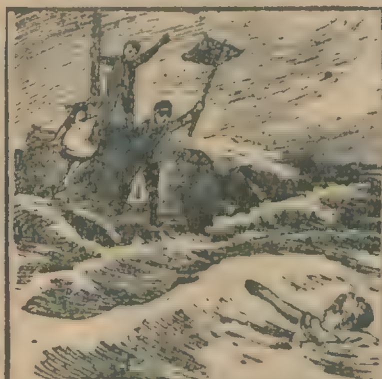

Tres niños fueron al mar
con objeto de pescar.


Los vió una buena mujer
en trance de perecer


Y se lo dijo a un patrón
y a su hijito Simeón.

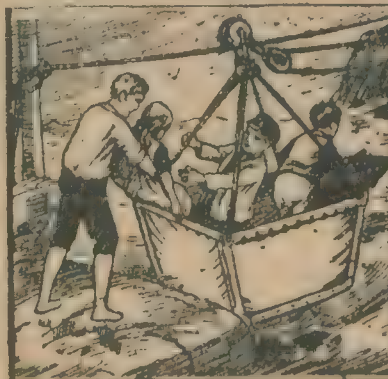

Estos fueron al momento
para hacer el salvamento.


El chico valientemente
se metió en el mar rugiente.


A nado llevando un cabo
avanzó resuelto y bravo.


La costa al islote unió
cuando la soga amarró.


Los que en la costa quedaron
una vagoneta enviaron.


En el aero-carril
cruzaron el mar hostil.


Sanos y salvos llegaron
y sus padres los besaron.

DEL DIARIO DE CESAR LANDI





por José Alberto OCHAGAVÍA

Hace cinco años que se suicidó mi amigo César Landi. En la mesa-escritorio, la policía encontró el diario de su vida, manchado de sangre, dirigido a mí. Publico algunos fragmentos de la parte final. Los que conocían el espíritu agitado de Landi, atribuyeron la trágica determinación a un ataque de neurosis. El relato que sigue les develará el misterio de su muerte.

---

21 de julio.

Esta casa de pensión es más fastidiosa que las anteriores. Lo ganado en confort lo he perdido en tranquilidad. Estoy decidido. Mañana mismo buscaré nuevo alojamiento. ¡Ya no resulta tener de vecina a una tonadillera aunque no desafine mucho! Todas las tardes ensayando coplas... ¡Y qué coplas!... ¡Y qué piano!...

Imposible estudiar. Tentaciones siento de romper los tratados de ingeniería.

---

23 de julio.

Una caricia ondulante, eléctrica, estremeció mi pierna izquierda. La autora—una gata escuálida, amarilla, chocante—libróse de un puntapié, porque todavía existe algo de bondad en mi alma.

Odio a los gatos por dormilones, hipócritas y por sus tumultuosas correrías nocturnas en las azoteas; y la gata asquerosa, ignorando mi odio, me observaba con los ojos redondos, fosforescentes, desafiadores, mientras lanzaba lúgubres maullidos.



Un golpe suave en el cristal de la puerta entornada impidió que le arrojara el libro que leía.

—Adelante—dije.

Entró mi vecina, la tonadillera.

—Buenas tardes, señor. Disculpe el atrevimiento y el de *Pepita*... ¿Conque estabas aquí, picarona? ¡Valiente susto he l'evado, bandida!

Luego, notando sin duda el fastidio que el animalucho me causaba, preguntó:

—¿Lo ha molestado, señor?

—Como el resto de los gatos—respondí descortesmente.

—Pero *Pepita* no es como el resto de los gatos. Mírela—prosiguió amparándola en sus brazos;—es buena, linda obediente. ¿Verdad, ricura, que no te atreverás a molestar al señor nuevamente?

—¡Miaú!... ¡Miauuú!...

—Está arrepentida; dice que no... Mas si volviera aquí, prométame que no le hará usted daño. Algún día, si no le desagrada, le contaré la historia de *Pepita*. Es interesante... demasiado interesante...

---

29 de julio.

He ido al cinematógrafo donde "La Amarili", mi vecina, disipó con su linda cara, figura y gracia, el fastidio de las películas.

Terminado el número juzgué oportuno saludarla y disculparme de la falta de urbanidad de aquella tarde.

Se mostró amable, atrayente, a pesar de su preocupación, de su misterio.

¿Pose?...

Cumpliendo lo prometido me narró la historia de *Pepita*, historia que le producía escalofríos y a mí hilaridad.

—No se burle. Soy supersticiosa. Jamás olvidaré las palabras del donante: "Cuide la vida de esta gata como su propia vida".

---

4 de agosto.

Concurro diariamente al cinematógrafo. "La Amarilis" me atrae. Necesito verla... verla a cada instante. Los ensayos en la habitación son deliciosos. Abandonaré la casa cuando ella la abandone.

¿Estoy enamorado?...

¡Bah! ¡No creo en el amor!

---

18 de agosto.

Sufro otra vez pesadillas y alucinaciones. Le tengo miedo a la noche. Ambulo por calles y cafés hasta el alba. Casi nunca me acuesto temprano. Si lo hago, duermo con luz.

La última pesadilla me desequilibró por completo. Consultaré a un especialista.

30 de agosto.

Escribo estas líneas doblegado por el dolor.

¿Por qué falté al cinematógrafo?... ¿Qué potencia diabólica me indujo a esperar a mi amiga recostado en la chaise-longue?

Si hubiera salido... o cerrado la puerta... o dejado la luz encendida...

¡La culpa es mía!... ¡Lo confieso!... ¡Lo confieso!...

Pero también confieso que procedí en defensa propia.

Eran inútiles los esfuerzos que hacía para despertarme. El monstruo me destrozaba la garganta con sus garras retráctiles... Yo le apretaba el pescuezo con furia... lo retorcía frenético...

Al fin desperté.

Las once campanadas del reloj me espantaron. Encendí la luz...

En medio de la habitación la gata, estrangulada, me miraba con sus ojos vidriados, rencorosos, provocativos...

¡Oh, sus ojos!... ¡Sus malditos ojos!...

Para no verlos se exacerbó mi criminalidad. Con el taco del botín machaqué la innoble cabeza hasta reducirla al estado de una papilla sanguinolenta.

Después... después huí... Vagué... vagué...

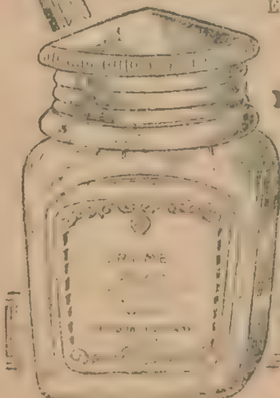
Al clarear, la fuerza de la costumbre me llevó al bar que frecuento. El único parroquiano era compañero mío. Muy borracho, tambaleándose, salió a mi encuentro. Observó mi semblante y, tartamudeando, exclamó:

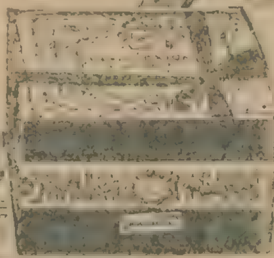
—Comprendo tu pena... ¡tu inmensa pena!... Serían las once... Comenzaba a cantar tu couplet favorito, escudriñando la sala, como extrañando no verte... De pronto extendió los brazos así... así... y se desplomó. Ruptura de un aneurisma, dijo el médico. La muerte fué instantánea. ¡Pobre Amarilis!... Tú la querías mucho... mucho... ¿no es cierto?... ¡Yo también la quería!... ¡todos la queríamos!...

. . . .

El relato sigue, pero las manchas de sangre impiden leer las últimas frases.









EL SUICIDIO EN LOS PERROS

Acerca de un hecho que viene a echar por tierra viejas teorías discurre aquí el cronista aduciendo datos muy interesantes a su tesis.

Nuestros hombres de ciencia ponían hasta ahora el veto a la posibilidad de estos hechos. El animal se diferenciaba del hombre en que no podía establecer gradación en la sucesión de sus actos volitivos; en que el instinto era quien



regía en él aquello que ejecutaba; en fin, en una serie de motivos que hacían a cada cual ocupar su puesto en la escala zoológica, no sólo por caracteres físicos desemejantes, sino por exteriorizaciones de voluntad muy diversas.

El suicidio estaba descartado de la posibilidad animal, y constituía patrimonio del hombre, en grado tal que hasta inspiró a Plinio su ya famosa frase que la historia recogió para nosotros.

Pero ahora viene un sabio extranjero, escudriñador de cuanto al parecer nada nos importa, relatándonos una veintena de hechos, rodeados de toda garantía de verdad, respecto a individuos de la raza canina que premeditadamente se dejan morir. Recoge dos casos, sobre todos, muy interesantes: Es el uno de un hermoso perro que asiste a la agonía de su amo desde una esquina de la habitación y, fija la mirada en el moribundo, sigue sus gestos y ademanes; llegado el momento de colocar sus restos en el féretro la familia insiste en arrojar de aquella habitación al perro, que se obstina en no separarse del muerto. A viva fuerza lo consiguieron. El animal lanza gruñidos de protesta, gemidos de dolor, permanece algún tiempo arrimado a la puerta de la habitación, y de repente se le ve bajar con rapidez las escaleras, atravesar la acera y tirarse bajo las ruedas de un tranvía que pasa veloz.

El otro hecho se refiere a un perro faldero que viendo morir a su ama acompaña al fúnebre cortejo, y allí queda sobre la fosa de su sepultura hasta que el hambre extingue su existencia y muere cerca de la persona que tanto amaba en vida.

Vemos, pues, que hay animales susceptibles de que la pena embargue su ánimo; que se hacen cargo del acabamiento de la vida de sus amos; y si el hecho primero puede explicarse porque el perro dominado por el pesar de la separación, cae bajo el tranvía obcecado por lo sucedido en la alcoba; en el segundo una idea fija, un estado de ánimo (perdonadme la frase) se impone al instinto de propia conservación y consigue vencerlo. ¿Por qué en vez de impulsarle el acicate del hambre y la sed a buscar la satisfacción de sus sensaciones orgánicas, permanece días y noches sobre el lugar donde su dueña fué sepultada? No quiero meterme en los hipotéticos laberintos de si deseaba la muerte como término a sus penas, o era tan sólo que en él los afectos podían más que las exigencias materiales. En uno y otro caso son lecciones vivas que la naturaleza nos ofrece de horizontes desconocidos y quizá despreciados, porque el hombre lleva en sí el hábito orgulloso de la serpiente paradisíaca.

¡Penas, afectos, sentimientos! ¿Verdad que las palabras suenan mal aplicadas a las manifestaciones... instintivas (démosles este nombre) de un perro? Seamos lógicos. Todas esas palabras no son más que bautismo dado por nosotros a conceptos que aún no hemos desentrañado. Nuestra gran superioridad es el lenguaje que nos permite dar nombre a lo que sentimos, y orgullosos de nuestra conquista queremos arrogarnos un exclusivismo que quizá la ciencia experimental se encargue de echar por tierra,... y tente pluma, que el camino es escabroso.



Recojamos datos, que los hechos de hoy serán las afirmaciones del mañana, y entre tanto demos certidumbre a la frase de que es el perro el mejor amigo que el hombre tiene en este mundo de sorpresas.

El progreso del divorcio en Francia.—*De pocas leyes se ha abusado tanto como de la del divorcio, en los países en que éste es legal. Así se desprende, por lo menos, de un estudio publicado hace poco por M. Bureau acerca de la indisciplina de las costumbres en Francia.*

Los promotores de la ley del divorcio pretendían que quedase estacionada en su texto y en sus efectos. Sólo se aplicarían, decían, en los casos de adulterio, de injurias graves, de condena a una pena infamante, y en el número de rupturas, una vez liquidadas las situaciones más dolorosas, no iría ciertamente en aumento. Cada uno sabe, sin embargo, lo que ha ocurrido; los textos se han estirado aun más la jurisprudencia, hasta el punto de que basta el mutuo consentimiento para romper un matrimonio. En cuanto al número, crece en proporciones inverosímiles y con una tal regularidad, que no se sabe cuándo se detendrá. A mediados del siglo XIX, en el período de 1851 a 1855, podía apreciarse una media por año de 1.127 separaciones. En 1884, primer año de aplicación de la nueva ley, hubo 2.821 separaciones y 1.687 divorcios. Las separaciones se mantienen desde entonces al mismo nivel; pero el número de divorcios no cesa de aumentar: 4.123 en 1885, 6.557 en 1890, 7.700 en 1895, 7.820 en 1900, 10.800 en 1905, 14.261 en 1910, 16.355 en 1913. Si se agrega a esta última cifra la de 2.466 separaciones, hay que hacer constar en un solo año la disolución legal de 18.801. matrimonios; es decir, siete veces más que el año antes de promoverse la ley de divorcio y 16 veces más que en la mitad del siglo XIX. Todo comentario sería superfluo.

* * *

Lo que calienta la gente.—*El Sol proporciona a la Tierra gran parte del calor que necesita para la vida animal y vegetal; pero nosotros, es decir, los habitantes de la Tierra, también hacemos lo que podemos para darle calor.*

Guillermo Smidt ha practicado investigaciones acerca del calor de Viena, Berlín y Potsdam, y ha descubierto que una parte del calor de Viena se debe a los objetos terrestres. En Berlín y Potsdam el tanto por ciento es aún mayor, pues llega a la tercera parte.

En Nueva York, que es realmente la ciudad más grande del mundo, el calor terrenal es el mayor de todos.

En Viena, la gente, los animales y los combustibles dan siete mil millones de kilo-calorías al año.

LA ESPAÑA DE PANDERETA

por A. M. O.

Aun cuando muchos españoles, amantes de su país y de espíritu europeizante se empeñan en negar la existencia de una España pintoresca, de la España vulgarizado en los panderos y en los cromos de las cajas de pasas, esa España cantada por los Merimée y los Gautier, existe y no es detrimento, aunque otra cosa crean esos españoles, para país tan original que no hay otro en Europa que lo sea tanto.

Vamos a bordear el Albaicín.

El Albaicín, el barrio de los gitanos fundado por los moriscos de Baeza en remotas edades, es un suburbio de Granada, cuya área casi supera a la de esta ciudad. Forman la extensa barriada innúmeras chozas de aspecto deplorable, hacinadas y sin asomo de estética ni vestigios de higiene. Sus habitantes — los gitanos, más gitanos del orbe — duermen de día y dedican las horas nocturnas a trabajar de caldereros. El espectáculo del Albaicín durante una noche estival, es típico y sorprendente: resoplan las fraguas, martillean los yunques, y entre el fragor del estruendoso trabajo, álzanse algunas voces entonando quejumbrosas melodías macarenas. Pero sale el sol, y la actividad albaicinesca se interrumpe como por ensalmo: dijérase que los hijos de la raza proscripta temen la luz, y huyen del día; y al mediar la mañana, el barrio entero duerme, semejando sus calles tortuosas los mudos senderos de una necrópolis.

Sólo infringen esta costumbre de noctámbulos y de fotófobos las gitanas que habitan las chozas lindantes a la carretera por donde el carruaje me conducía: su negocio está en fabricar minúsculos cestillos para venderlos a los turistas que pasan con dirección al Sacro Monte. No tardaron en rodearnos numerosas gitanas ofreciendo a grito herido cestos y calderitos: como hambrienta jauría siguieron al coche largo rato, trotando sobre los guijos de la carretera:

—Lleve la cestiya, señó; se la doy en medio franco...

En general, las vendedoras iban limpias y aseadas sin la mugre que ostentan los gitanos trashumantes. Pero una de ellas resaltaba entre todas por su peregrina belleza: una verdadera preciosidad. En su rostro de tez morena clara refulgían dos ojos como soles; el jubón de colorines abríase mostrando el arranque del cuello, rodeado de gargantillas de corales; bajo el zagalejo corto asomaban los pies, pulcramente calzados, que no hubieran debido destrozarse trotando sobre los guijos del camino...

Súbito, el coche se detuvo. Un gitanazo se aproximó a la portezuela, y cortésmente dijo:

—El rey de los gitanos invita a ustedes a una zambra en su cueva.

Confieso que la manifestación inopinada sorprendióme un tanto. El recuerdo de los foragidos exterminados por Zugasti, me acudió a las mientes. Pero, neutralizando mis suspicacias, un guardia municipal—"un serio", como los llaman en Granada—secundó la invitación, kepis en mano:

—Es una costumbre, señor: les gustarán mucho las danzas.

Descendimos del coche, y penetramos en la regia guarida. Era una cueva espaciosa, baja de techo, con las paredes cuidadosamente encaladas y el suelo, de baldosa, recientemente aljofifado. La sala-recibimiento alhajábase con varios sillas de enea y una cómoda sobre la cual campeaban numerosas fotografías notoriamente favorecidas por los procaces desahogos de las moscas. En las paredes, varios cromos chillones con vírgenes y santos. A la derecha, abríase un boquete, que comunicaba con otra estancia del palacio. Al fondo, la alcoba regia, viéndose asomar los pies de un catre con cobertor de rojo percal rameado. Tomamos asiento de espalda al dormitorio. Un tocador de guitarra y otro de bandurria nos hicieron "pendant", tapando la entrada de la cueva. Un mocetón morenote y fornido, con una pandereta de grandes sonajas en la mano, hace los honores del palacio.

—Salú, señore.

Comienza la zambra. Cuatro mujeres bailan furiosamente, mientras dos viejas gritan, azuzan y jalean. El mocetón de las sonajas, de vez en vez evoluciona entre las danzarinas, que parecen acometidas de un ataque epiléptico. A ratos, cantan con horrísonos chillidos bárbaras melodías guturales. Cuando acaban el bailable, sin descansar, una de las parejas se arranca por peteneras. Después, la otra pareja baila sevillanas. Luego, una sola danzarina se marca un tango y un garrotín. Las demás la jalean, gritando salvajemente. A continuación, una niña de seis a siete años, baila otro tango. Y otro tango más, por otra niña de tres años, escasamente. ¡Aquello no acababa nunca!

Por fin concluyó, después de una hora de danzas. El mocetón morenote se me aproxima, sonriente. Comprendo que ha llegado la hora de corresponder con dádivas a la ofrenda de gritos y piruetas. Desorientado, porque el gasto de suelas y de sudor ha sido considerable, interrogo ingenuamente al mocetón:



Lolita, la gitana, de Zuloaga.



—Misté, señó: la costumbre, son cien pesetas; pero por ser ostés españoles, nos conformamos con la mitá.

Protesto, escandalizado. Discutimos. Magnánimo, el mocetón se resigna a recibir dos duros.

—¿Bailan ustedes muchas vecs al día?—inquiero.

—Según... Hay días de ocho, y hasta de diez bailes...

¡Oh, manes de Merimée y de Gautier! ¿Cómo culpar a los zurcidores de "espagnolades", si en nuestro mismo suelo se contribuye a crear una España de pandereta? Una última pregunta:

—¿Quién de ustedes es el rey de los gitanos?

El mocetón esquiva la respuesta.

—No hay tal rey. Nuestro rey es el mismo de tóos los españoles.

—Pero el llamado rey—insisto—¿quién es?

Irguiéndose altivo, el mocetón contesta:

—Yo soy... Pero repito que no hay tal cosa. El gobernador me ha nombrao alcalde del barrio, y esa es toa mi autoriá...

Y con arrogancia me muestra un bastón de borlas, empuñándolo como un cetro.

Le doy la mano para despedirme, y me acompaña al coche, cerrando por sí mismo la portezuela. ¡Tanto honor! Ya es tarde para subir al Sacro Monte. Al regresar a Granada, el cochero me proporciona algunos datos curiosos. El rey de los gitanos explota a las danzarinas, entregando a cada una, cuando más, cinco a seis reales diarios; si algún extranjero rumboso las regala dinero, lo han de entregar al ambicioso monarca, que, además, ejerce señorío sobre su belleza...

—¿Se acuerdasté de la gitana tan guapa que vimos al subir? Antes bailaba en la cueva; pero se resistió al rey, y la echó a la caye. Mendigando vive desde entonse...

La noche se aproxima. Penetramos en Granada. Yo evoco la gentil belleza de la gitanilla voluntariosa, que pordiosea por no haber hecho a un rey la ofrenda de su hermosura...

HISTORIA DEL CARNAVAL

Damos aquí en forma un poco compendiada la historia de esta costumbre que poco a poco va desapareciendo de algunos países y que en el nuestro parece adquirir cada día más incremento.

Antes de germinar la semilla del cristianismo, encauzando un tanto las corrompidas costumbres de los pueblos paganos, existían las fiestas del Carnaval.

Desde los más remotos tiempos, durante determinadas épocas del año, los hombres se entregaban al bullicio y a la algazara, dando pruebas evidentes de su barbarie, que no de otro modo puede tildarse el grosero espectáculo que presentaban los hebreos con sus extravagantes festejos a *Pharimo,* los egipcios con sus fiestas en honor del *Buey Apis,* los griegos y romanos con sus desenfrenadas bacanales y sus misteriosas saturnales.

Las mascaradas de hoy son una emanación, son un recuerdo de aquellos tiempos primitivos, que conservamos como si de algo glorioso se tratase.

Intriga el pensar cómo no se ha desterrado de las costumbres de una manera radical algo que significa un trasunto de lo que sólo tiene disculpa en las aberraciones de la mitología y en la ignorancia crasísima de las primeras épocas de la historia.

Los árabes también hacen sus mascaradas en el mes de *Moharrem;* se disfrazan y todo su afán consiste en hacer caricatura del traje y civilización de Europa.

Buenos Aires y Montevideo son en América los países más animados durante las fiestas carnavalescas.

En los célebres carnavales de Venecia, durante los días consagrados a Momo, cesaba el despotismo político que oprimía a los venecianos; puede decirse que mientras había las mascaradas no obligaban las leyes. Misteriosos crímenes, venganzas horribles, conspiraciones, toda clase de excesos estaban protegidos por la inviolabilidad del antifaz.

Desbordadas las pasiones, el homicidio y la injusticia, el oprobio y la rastrera asechanza tenían una salvaguardia: la careta. Y entre cantos, serenatas, festines y saraos, en el fastuoso oropel de báquicas orgías se robaba la honra del prójimo y se cometían horrorosos asesinatos.

Por lo que atañe a España, cuando pasó a ser una provincia del vasto Imperio Romano, el culto idólatra en honor de los dioses Baco, Saturno y Pan también tuvo sus prosélitos, pues con su dominación transmitió Roma sus costumbres a Iberia.



Carnaval de Roma en el siglo XIX.

Notables etimologistas nos dicen que la palabra *Carnaval* viene de dos voces latinas, *caro, carnis,* carne y *vale,* adiós, esto es, época en que nos despedimos de la carne, aludiendo, sin duda, a la proximidad de las mascaradas con el triunfo de Cuaresma.

Sin llegar a los licenciosos extremos de la época antigua, en la Edad Media se nos presenta el Carnaval más estúpido y necio.

A pesar de los anatemas con que los Padres de la Iglesia y las Decretales de Inocencio III condenaron el Carnaval, mezclándose los ritos y costumbres paganas con las tradiciones del cristianismo, se celebraban en esos tiempos la *fiesta de los locos* y *la de inocentes* que no eran otra cosa que insulsas mascaradas. El Carnaval en Francia tuvo entusiastas y regios partidarios. Enrique III y Enrique IV recorrían las calles enmascarados, haciendo mil locuras en unión de los más conspicuos palaciegos, y durante el reinado de Luis XIV los desórdenes de la animación carnavalesca llegaron a su apogeo.

Los ingleses dan una prueba más de su carácter flemático y de su seriedad no permitiendo la celebración del Carnaval sino dentro de las casas.

El bullicio de las carnestolendas se desconoce en Rusia de un modo absoluto.

Allí celebran la fiesta con exhibiciones de fieras, vistas panorámicas, etcétera.

La tolerancia característica de los pueblos bárbaros hizo que no se prohibieran las fiestas del Carnaval, a pesar de que los godos, esa raza sobria y guerrera, miró con desprecio las mascaradas.

Pero, a pesar de que no gustaban de esas diversiones, permitieron a los españoles las costumbres que aprendieron de la molicie y corrupción del pueblo romano, tan grande en su primera época, tan afeminado y abyecto en su decadencia.

Los árabes, por el contrario, se mostraron entusiastas de los carnavales y nos dice la Historia que, cuando los Reyes Católicos consiguieron dar gloriosa cima a la epopeya de la reconquista, hallábase la fiesta muy generalizada entre los sarracenos. Felipe IV protegió mucho los carnavales, proporcionando a su pueblo regocijos públicos con ocasión de esa fiesta y para celebrar la elección del rey de Hungría, su cuñado, como rey de los romanos.

Felipe V no consintió que se hiciera del Carnaval un espectáculo. Carlos III, en cambio, permitió la fiesta, introduciéndose en su época los bailes de máscaras en los teatros.

Fernando VII limitó el Carnaval, no consintiéndolo más que en el interior de las casas. Y cuando la regencia de la reina doña María Cristina, volvieron a su apogeo los bailes y las mascaradas, pareciendo poco los tres días que se dedicaban a la diversión carnavalesca.

DE NUESTRA COSECHA Y LA AJENA

SAQUEO DE BUENOS AIRES Ayer fué el aniversario de Caseros. Al día siguiente de esa batalla, algunos escuadrones correntinos que llegaron hasta los suburbios de Buenos Aires, se internaron por las calles, y como no encontraran resistencia, empezaron por romper algunas puertas de casas de negocio, y robarlas; a éstos se agregaron otros soldados que entraron, como asimismo grupos de los derrotados, mujeres y muchachos, y en un momento el saqueo adquirió serias proporciones. El vecindario se alarmó, y nacionales y extranjeros empezaron a hacer fuego contra los ladrones, dejándolos tendidos en la calle, hasta que una división entrerriana llegó en auxilio de la ciudad y se pudo acabar de contener el saqueo, lo cual no se alcanzó sin gran mortandad de hombres, mujeres y muchachos de los que formaban las bandas de saqueadores.—*(Rivas)*.

SUIZIDIO Suizidio con zeta: no es errata.

Habiendo tenido noticia el poeta español don Francisco Gregorio Salas, que un soldado español había muerto a un suizo, hizo esta improvisación:

Su delito fué muy raro,
pues, sin matarse a sí mismo,
consiguió, matando al otro,
cometer un *suizidio*.

LA INMIGRACION BRITANICA AL PERÚ Acerca de este asunto, que ha hecho vibrar un poco el telégrafo, leemos en el suplemento comercial iberoamericano del "Times":

El Perú está hoy día en el apogeo de su prosperidad. Ha vendido sus cosechas de azúcar y algodón a precios ventajosos. Se preocupa de las mejoras urbanas y de los puertos; aumenta las facilidades de transporte y el desarrollo de la vida económica del país, y procura atraer hombres técnicos, de probada experiencia.


El presidente del Perú, señor Augusto B. Leguía.

El presidente del Perú, señor don Augusto Leguía, ha hecho una oferta a los agricultores, mecánicos y artesanos de la Gran Bretaña. Desea que los soldados ingleses desmovilizados que no gocen de un empleo adecuado en el Reino Unido, vayan al Perú por un período mínimo de tres años. Los gastos de viaje serán pagados por el gobierno peruano, quien se encargará asimismo de conseguirles empleos convenientes y concesiones de terrenos en condiciones liberales.

Desde hace algún tiempo el actual gobierno del Perú ha venido estimulando la inmigración por medio de invitaciones definidas, y las legaciones peruanas en el extranjero han actuado de conformidad. El Perú necesita peritos de todas clases, y son muchas las oportunidades que ofrece a los ingenieros civiles, electricistas de minas; y en escala más limitada, a los ganaderos, y también a los agricultores competentes en el cultivo de la caña de azúcar y del algodón.

Son varias las causas que han determinado este plan de acción. El Perú tiene un área de 680.000 millas cuadradas, y su población es de unos cuatro millones de habitantes, o menos de seis personas por milla cuadrada. El área de terreno bajo cultivo podría muy bien doblarse, pero, a pesar de las recompensas ofrecidas por los cosecheros de algodón y de azúcar, hay escasez de trabajadores expertos.

LA ESPECULACIÓN EN CAMBIOS EN ESPAÑA Dice Salaverría en "La Nación":

En Barcelona, la Banca ha estado abusando de la especulación sobre los cambios extranjeros; dícese que hasta en los estancos (así se llaman las expendedurías de tabaco en España) se hacían transacciones de esa especie para uso de los especuladores modestos.

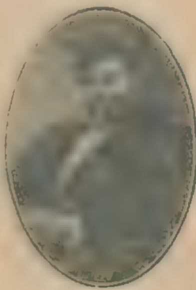
— —

Grandmontagne dice en "La Prensa" que con las ganancias logradas durante la guerra se desató el juego sobre cambios y que la especulación en moneda extranjera fué general. Y aquellas ganancias fueron fabulosas, singularmente las que hizo la industria del tejido. Dice, citando al escritor catalán Marsillach: "Al estallar la guerra se constituyó en Sabadell una pequeña sociedad, con un capital de treinta mil pesetas, para la fabricación de paños, y a los dos años repartía entre sus comanditarios la friolera de tres millones de pesetas."

Referente a la influencia de las maniobras de los Bancos extranjeros en el estado del cambio español, dice lo siguiente:

"He hablado ya en estas columnas de la gran cantidad de Bancos extranjeros que, a raíz de la terminación de la guerra, se establecieron en España. Estas instituciones de crédito, especialmente la inglesas, han hecho gran competencia a los Bancos españoles, al pagar, en cuenta corriente, hasta el 6 por 100 de interés, según me afirman comerciantes e industriales españoles. Agréguese que estas sucursales de grandes Bancos extranjeros no sufren los impuestos que pesan sabre los Bancos nacionales. "Cuando se establecieron en España estas sucursales—me dice un competente financista bilbaíno—se dijo que contribuirían al desarrollo del crédito y a fomentar, por consecuencia, los negocios; pero luego hemos visto que su acción principal, al abonar fuertes intereses en depósito y cuenta corriente, sólo tenía por objeto levantar en España grandes sumas de moneda española para transferirla al extranjero, defendiendo así, a costa nuestra, el tipo de cambio de sus respectivos países."

ALEJANDRO DUMAS Recientemente fué conmemorado en Francia el cincuentenario de Dumas, padre, muerto en 1870. Con tal motivo las revistas literarias y populares se ocuparon de él una vez más y volvieron a exhumar su iconografía. El público argentino casi no conoce sino un retrato suyo, y seguramente muy pocos lo reconocerían por sí solos en ese que reproducimos.


Dumas padre.

CHISTES Defendiendo cierto pleito ante la sala primera de una audiencia española, estuvo un abogado tan difuso y minucioso, que aburrido el presidente hubo de interrumpirle:

—¡Al grano! ¡al grano! señor abogado, y deje usted a un lado la paja.

—De todo ha menester el tribunal...—contestó el impertérrito abogado.

— —

Habiendo muerto en un viaje que hizo a París el alcalde de un pueblo inglés, que había dispensado muchos beneficios a sus administrado, éstos acordaron manifestar su gratitud erigiéndole en el campo santo del pueblo un monumento fúnebre con la siguiente inscripción: *Aquí yace Mr. B..., enterrado en París.*

— —

Un niño, de talento precoz por cierto, lloraba y pateaba convulsivamente por efecto de ciertas exigencias propias de los mocitos malcriados, y su mamá le zurraba de lo lindo, una, dos, tres veces...; pero el muchacho firme en sus chillidos, hasta que por último cesó unos instantes.

—¡Gracias a Dios que callas!—dijo la madre.

No, mamá, no callo, sino que descanso.

— —

A un bebedor de los más finos e inteligentes que concurrió a un banquete, llegados los postres, le ofreció uvas la señora de la casa:

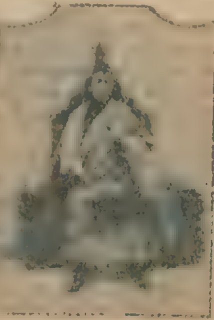
—Gracias, señora—contestó el bebedor,—no acostumbro tomar el vino en píldoras.

— —

El siguiente párrafo está sacado del diario de un viajero inglés:

"Hacía tres días que iba errando a la ventura por la isla, indeciso acerca de si estaba desierta o habitada por salvajes, cuando tuve la dicha de descubrir, a orillas del mar, una horca con su ajusticiado pendiente de ella. Entonces exclamé: ¡Gracias a Dios que me hallo en un país civilizado!"

OTRO DIOS VIVIENTE Aunque pueda causarle sorpresa al lector, existen en la tierra numerosos dioses vivientes. El emperador del Japón podría contarse en este número, pues los mikados son divinidades, como lo eran los Faraones. Pero el caso típico de los dioses vivientes nos lo dan los mongoles budistas. Si el mikado no es al fin más que una divinidad entre muchas, los dioses vivientes de los mongoles serían nada menos que reencarnaciones de Buda. Supóngase el lector que el Papa, en lugar de llamarse representante de Cristo pretendiera ser Cristo personalmente y reencarnado, y que por dividirse el catolicismo en veinte sectas, cada cual con su pontífice particular, hubiese veinte Cristos vivientes. Pues bien, no otra cosa ocurre con los mongoles, donde en efecto no hay menos de veinte dioses vivientes que pasan por ser otras tantas reencarnaciones simultáneas de Buda, y con los cuales coexisten muchos otros dioses vivientes que pasan por reencarnaciones de divinidades secundarias. Pero si los dioses vivientes son tantos, sus fotografías son poco comunes. Por nuestra parte, no conocemos más que dos: la que ahora publicamos y otra del dios viviente de los sayotas que apareció hace tiempo en esta misma sección.


El buda reencarnado de Urga (Mongolia).

EL PELIGRO FEMENINO EN LOS ESTADOS UNIDOS Dice Pérez de Ayala: Es noción comúnmente admitida en todo el mundo que en ninguna parte se conducen las mujeres con tan ingenua y franca libertad como en los Estados Unidos. Una jovencita va y viene, hace y deshace a su entero talante y sin que nadie la moteje. Una muchacha puede ir, y aun viajar, sola con un hombre, sin que esto la comprometa ni nadie sospeche malignamente de ella.

Esto es verdad. Pero es verdad, asimismo, que de esta libertad y holgura apenas si extraen las debidas e inocentes complacencias hombres y mujeres, porque si bien la mujer no se compromete, el hombre sí. Entiende la opinión pública de allí que la perseverancia en el acompañamiento implica, por parte del hombre, un compromiso, más o menos tácito, cuyo cumplimiento la mujer suele exigir, muchas veces por la vía legal, o una indemnización en metálico, caso de negativa. Y es postulado irrefragable de la administración de justicia norteamericana que en litigios de orden amoroso debe darse siempre la razón a la mujer. Este sistema, a lo largo del tiempo, ha determinado en el hombre un estado permanente de terror respecto de la mujer en cuanto objeto amoroso. La galantería masculina supone un riesgo gravísimo, lo mismo con las solteras que con las casadas, pues una de éstas, si le peta interpretar una gentileza como promesa disimulada y discreta, se divorcia en un periquete y exige del hombre el matrimonio o, en su defecto, la indemnización. Los naturales términos del amor—no los que en otros países reputamos como naturales,—están trocados en los Estados Unidos. El hombre huye a la mujer, por temor a salir perdiendo, o si accede es con toda reserva y precaución o bien afrontando el matrimonio.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN En las memorias del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, que se conservan en los archivos del conde de Altamira y en el castillo de Simancas, se encuentran los apuntes siguientes:

CUENTAS *del Gran Capitán, tomadas en Nápoles por don Fernando V de Aragón, rey de España, y por su esposa doña Isabel I la Católica.*

(Estas cuentas o cargos fueron hechos al Gran Capitán después que verificó la conquista del reino de Italia).

Primera suma remitida al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba:

130.000 ducados.
80.000 pesos de segunda.
3.000.000 de escudos de tercera
11.000.000 de escudos de cuarta.
13.000.000 de escudos de quinta.

(Seguían además otras cantidades que el tesorero del rey relataba, autorizando Su Majestad un acto tan imponente).


Gonzalo de Córdoba

El Gran Capitán contestó: "Que no estaba prevenido para satisfacer a los cargos; que al día siguiente iría preparado, y entonces se vería quién salía alcanzado".

A las veinticuatro horas presentó aquél su descargo, que leyó en bien altas voces para que todos lo pudieran entender. Abrió un grande y voluminoso libro, que llevó al efecto, en que tenía apuntados sus descargos.

"Doscientos mil setecientos treinta y seis duros y nueve reales, en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas.

"Cien millones en palas, picos y azadones.

"Cien mil ducados en pólvora y balas.

"Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres de sus enemigos tendidos en el campo de batalla.

"Ciento sesenta mil ducados en poner y renovar campanas destruídas con el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

"Ciento cincuenta mil ducados en aguardiente para la tropa en un día de combate.

"Medio millón y medio de ducados para mantener prisioneros y heridos.

"Un millón en misas de gracias y *Te-Deum* al Todopoderoso.

"Tres millones en misas para los muertos.

"Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías y...

"Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino."

Los tesoreros, confundidos; los que las cuentas habían oído, riendo a más no poder, y el rey avergonzado levantó la sesión, y mandó no se volviese a hablar de semejante asunto.

EN UN TEATRO DEL SIGLO XVII

Es esta una pintura de ambiente que suponemos ha de ser de grata lectura a cuantos gustan de conocer las cosas pretéritas y aun a los que sin sentir esta clase de curiosidad plácense con la literatura.

Dice un cronista de la época que "cada siete días, quiso Dios que los hombres fuesen celestiales. Dióles seis días para las penalidades del suelo, y es tan grande en su bondad, que le pareció que eran muchos seis días para estar sin gloria y señalóles un día, con tales cualidades que pudiesen hacer gloria de él".

Y como el día es llegado por ser domingo, las vecinas Aurora y Brianda se disponen a celebrarlo.

Días atrás, cierta empingorotada dama les ha relatado, con toda suerte de elogios, las bellezas y primores de una nueva comedia que el Fénix de los ingenios hace representar en el teatro de la Cruz, y nuestras dos amigas han hecho el propósito de ir a verlas.



Muy de mañana comienzan los preparativos para la fiesta: la mujer que ha de ir a la comedia la hace tarea de todo el día. Calzadas las medias de seda y los chapines, que la levantan ocho dedos, a medio vestir, éntrase en el tocador, y, colocada al espejo, saca de la arquilla todos los ungüentos, pinturas y afeites con que ha de blanquear su cara, ennegrecer las cejas, rosar las mejillas. Pasa luego al aliño de la cabeza y péinase con gran cuidado, recogiendo hacia la nuca una parte del pelo y dejando dos crenchas libres sobre las orejas, que adorna con cintas de colores. Hecho esto, se pone el guardainfante; sobre él, la pollera, y, encima, una basquiña de amplio ruedo. Después, el jubón emballenado, de largos faldones y escotado de pechos, hombros y espalda; luego, la valona, el manto y, antes de calzarse los guantes y tomar el abanico, dase la última mano al espejo.

Este tocado de día de fiesta se lleva toda la mañana. Para ahorrar tiempo, las amigas almuerzan cualquier fiambre, reservando la comida del mediodía para la noche, y, a todo escape, vanse a oír misa a la iglesia más próxima, y de la misa marchan al teatro, a coger puesto holgado y desde donde no se les oculte la escena.

Cuando Aurora y Brianda llegan al Corral de la Cruz, las puertas están entornadas; aún no hay en ellas quien cobre los asientos; pero entran y hallan que la cazuela—lugar reservado a la mujer—ya está salpicada de otras damas que se dieron más prisa en tomar sitio. Ellas se acomodan desahogadamente hacia el centro, y comentando los ajetreos de la mañana, distraen la vista en observar todos los pormenores del teatro.

Los aposentos o palcos, pertenecientes a los dueños de las casas contiguas, tienen aún cerradas sus rejas o celosías. En el patio, que comprende una tercera parte del local, resguardado de las inclemencias del cielo por sólo un toldo, hablan, recio y desabrido, algunos de los que llaman mosqueteros: hombres belicosos, que imponen su criterio al público y a los actores con aplausos, silbidos y vociferaciones. Pisan fuerte sobre el empedrado del pavimento y corren de un lado a otro los bancos para acomodarse más a gusto.

Poco a poco, el local se anima con las voces de los que expenden agua, vino, torrados, aloja, piñones y confituras; la sala y la cazuela llénanse de gente que reduce en sus puestos a los holgados madrugueros. Entran los cobradores, y la una de nuestras vecinas saca del pecho un papel donde trae envueltos los diez cuartos de la localidad; la otra, después de revolver entre los faldones del jubón y del guardainfante, saca el pañuelo, a uno de cuyos extremos anudado lleva el dinero, que entrega y aguarda le devuelvan los diez maravedíes que restan, y con ellos compra una medida de avellanas y un ochavo de cañamones.

Comienzan a cascar y comer avellanas, cuando Brianda, que no quita ojos del patio, dice a su compañera:

—¡Ay, vecina!... Miradle, miradle a Feliciano que se sienta en banqueta de barandilla...

Ambas se incorporan para mirar al recién llegado, que, a su vez, dirige una mirada hacia la cazuela para hacer juicio de las mujeres que la ocupan. Se reconocen, se saludan, y Feliciano llama a un vendedor y las envía media docena de limas.

Ya la cazuela está repleta cuando el aposentador hace su entrada conduciendo a cuatro mujeres, tapadas y lucidas, que le dieron veinte cuartos porque les hiciera hueco en buen sitio. Llégase a nuestras vecinas, y las dice que se recojan; ellas protestan, alegando que vinieran las tales más temprano para tomar buen sitio; él porfía, diciéndoles que damas como aquéllas a cualquier hora vienen temprano, y las desahueca, colocando a las tapadas, que caminan desencubriendo unos bizarros chapines de tisú de oro. Refunfuñan las unas, replican las otras, y al fin, todo viene a quedar en calma, cuando se oyen las guitarras, y el gracioso hace su presentación, entre los aplausos del público.

La obra comienza. El auditorio escucha con tal interés y atención, que pone todas sus facultades a merced del artista, compenetrándose con la obra y percibiendo, con todo su espíritu, las emociones que el poeta encarna en cada uno de los personajes. Frecuentemente resuenan palmadas de entusiasmo, y cada una de las frases y grotescas muecas del gracioso es recibida con grandes risas por la mayoría, y con protestas de los mosqueteros, que, como gente recia y del trueno, no gusta de tales sandeces.

Aún no ha mediado el acto cuando se oyen voces y porfiar a la puerta de la cazuela. Son dos mozuelos que arman pendencia con los cobradores. El público sisea para que callen, y pide que les hagan salir; pero los mozos acometen y la cazuela se levanta, corriendo las mujeres desatinadas y produciéndose gran alboroto entre los que huyen y los hombres que vienen del patio a socorrerlas y a poner paz.

Mientras tanto, la representación se ha interrumpido, y los cómicos, acostumbrados a tales sucesos, hablan entre sí, aguardando pacientemente a que la cuestión quede terminada, como así sucede. Pero en la batahola, cada uno ha perdido su sitio, y cuando la representación continúa, nuestras vecinas se encuentran tan separadas, que apenas si logran verse entre la apiñada masa de espectadores.

Júntanse a la salida, y cuando van a marchar, se oyen exclamaciones y una voz lastimera que dice:

—¡Un bolsillo me han sacado con cuatro escudos; cara me cuesta la comedia!

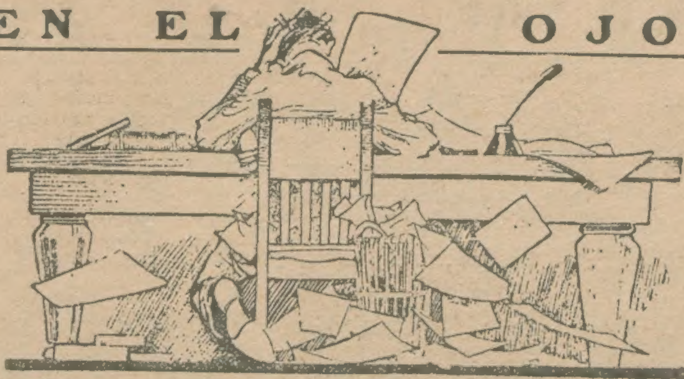
Míranse todos, y uno, riendo, dice:

—Por tener peso, tengo asido en la mano un pañuelo en que traigo cien reales.

Y sacándole fuera para que le vieran las damas, saca el pedazo de lienzo que tenía en la mano cortado y sin la otra parte donde guardaba los cien reales.

Todos ríen el chasco, y, comentándole, piérdense entre la negrura de la noche, mientras los aposentadores cierran a toda prisa las puertas del Corral de la Cruz.

LA PAJA EN EL OJO AJENO...



por Pescatore di PERLE

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore".
No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo. "E si non, non".
Esta semana corresponde la áurea moneda a "Vendimiario", de esta capital.

En el "Correo" de "La Nación", del 23 de enero:

**** A Cumbre, capital: Teniendo en cuenta que la unidad multiplicable más grande de la aritmética moderna es "mil", se comprenderá por qué "mil millones" equivalen a "un billón".*

No se comprende nada.

El colega está empeñado en que hablemos a la francesa y so pretexto de modernismo quiere que un billón sean mil millones y que dos y dos sumen cinco. Tanto daría establecer que "modernamente" debe llamarse "narices" a las "orejas" y viceversa.

Cada vez que "La Nación" insiste en este asunto, creo mi deber repetir la única y verdadera definición castellana, a fin de que el lector no se desoriente con semejante bolsheviquismo aritmético.[1]

Sépase que en nuestro idioma, tanto ayer como hoy y mañana, el *billón* (de *bi*, por *bis*, dos veces, y la terminación *llón*, aféresis de *millón*) es un millón de millones — que se expresa así: 1.000.000.000.000 — o un millón multiplicado por otro.

En Francia, Italia y algún otro país, el billón es sinónimo de "milliard", o sean mil millones, que se expresa así: 1.000.000.000.

En castellano mil millones son... mil millones. España, la Gran Bretaña, Méjico y las repúblicas centro y sudamericanas adoptan el "billón" en el sentido de un millón de millones.

En el excelente libro "El universo al día", su autor Cecil C. Dolmage, de la "Royal Astronomical Society", da esta magnífica definición:

¿Qué es un billón? Es un millón de millones. Consideremos esto bien: un millón de millones. Esto significa un millón cuyas unidades son a su vez millones; o sea que cada uno de los "1" que componen este millón es también un millón. He aquí una manera de probar de hacerse cargo de esta cifra gigantesca. Un millón de segundos no hace más que once días y medio; pero un billón de segundos hace en realidad ¡más de treinta mil años!

Además, no nos hace falta alguna el billón a la francesa, como tampoco nos la hace el expresar la cantidad "96" de esta manera: "cuatro-veinte-diez-y-seis".

Nos resignamos a no ser "modernos" y a seguir hablando con claridad.

* * *

En La Plata se ha publicado un folleto de versos, muy bien presentado tipográficamente, titulado "La defensa del Piave". Su autor es Luis Recce, hombre de muy arraigados sentimientos patrióticos y poeta de original envergadura.

Su obra no necesita comentarios. Se impone por sí misma, y en cuanto el lector saboree los primeros versos se engolosinará con Recce y pedirá, como los niños, ¡más!

Empieza el vate así:

La guerra ganada,
nos damos la mano;
poesía hecha
por un italiano.

Señores, escuchen un poco,
que les voy a hacer sentir una entrada;
Es cierto que se han muerto los poetas,
pero alguno de la cría ha quedado.

Y tras otros preámbulos no menos corteses y simpáticamente modestos, Recce entra en materia, y canta así su lira:

La primera vez que Italia se puso en guerra
anduvo bien que era una delicia;
y despues de unos meses de combate
los italianos tomaron Gorizia!...

La culpa ahora se la dán a Cadorna;
cosa que ni se deberia pensar.
En el estado mayor hubo cuestiones,
por eso a Gorizia tuvieron que dejar.

Los austriacos estaban muy contentos
Porqué Cadorna escribia a una Condesa,
y antes de ir al campo de batalla
iba a la iglesia por escuchar misa.

Los enemigos seguían avanzando,
y el abanderado era un sargento;
contentos los soldados iban cantando
porqué habían cruzado el Tagliamento.

Después de otras jugosas descripciones de la guerra, el poeta se eleva a las altas cumbres de la política internacional, y dice:

Hubo reuniones de aliados;
cosas que no tenian que pensar:
Orlando pidió el respecto a los tratados,
y dijieron que Fiume no lo hiban a dar.

Wilson había querido hacerse el rana,
y como sus deseos no van a flote;
quiso dar a entender que los italianos,
lo habían hecho volver medio loco.

Los Ingleses resultaron poco catolicos;
porqué no pueden sentir las campanas;
cuando se trató de dar Fiume a los italianos,
con los Franceses se dieron la mano.

Cuando la Francia recibió un intimato
A italia le causo una gran pena
La Francia por Italia fué salvada
Y le devolvieron Alsacia y Lorena.

Luego Recce se entusiasma con Orlando a quien hace hablar con la fuerte, con la recia voz de los héroes de bronce.

Atención:

Orlando se entrevistó con **Wilson**
Wilson se movió con su luna
Orlando... yo te voy aser pasar esa locura
si no tratan de darme a fiume.

Yo te voy a aser pasar esa luna
les voy a dar una gran conferencia
si no tratan de darmelo a fiume
a la nueva eleciones te voy a ser bajar de la [presidencia.

El momento que no conocen a ninguno
yo te voy a aser conocer quien son los italianos
no has tratado de darme a fiume
en breve subirán al poder los republicanos.

El valiente Gabriele d'Annunzio
como este hombre no hay ninguno
con sus aeroplanos fué a apoderarse
de la ciudad y del puerto de Fiume.

D'Anunzio está siempre animado
que los soldados de él con valor y [fuerte
ese ejército tiene un juramento dado
Fiume italiano o la muerte.

D'Anunzio está muy bien preparado
y sus cañones son los más perfectos;
a Wilson lo ha desafiado,
diciendo:—que se venga a fiume que aquí lo [aspecto.

Ya por el fin deja Recce el internacionalismo y habla de Locatelli:

En Chile le dieron una medalla,
y otra en la República Argentina;
el Gobierno de Italia lo ha llamado
por efectuar un vuelo a la Gran China.

Italia tiene buenos aeroplanos
quien lo dirije acierta bien los caminos
cuando vinieron en comisión
cruzaron el gran suelo Argentino.

A los Italianos hay que respetarlos
porque nos mandaron los aeroplanos muy finos
Locatelli fué el primero a volar
con ese lo siguieron los Argentinos.

Al saludarlo Recce a Orlando
Señor... bien benido sei
Rey ilustre de los ministros
Tengo el honor de darle la mano
Al primer ministro del gran Pueblo Italiano.

Jamás habló el valor cívico con más nobles palabras ni la poesía castellana cobró nunca mayor colorido. Desde hoy debe entrar Luis Recce en el Olimpo donde reinan los máximos dioses de nuestra intelectualidad, a sentarse dignamente entre los elegidos: Luis Recce, Doctor Balaija, Tartabull, son nombres que jamás olvidará la fama justiciera.

* * *

Del "Campano Ilustrado":

Juana de Albret, reina de Navarra, hija del rey Enrique y de Margarita de Valois... Casó con Antonio de Borbón... y de él tuvo a Enrique IV de Francia...

Veamos ahora a "Enrique IV":

...llamado "el Grande", hijo de Antonio de Borbón... y de Juana de Albret... Se había casado con Margarita de Valois...

¡Ah, hugonote bandido! ¡Casarse con su mismísima abuela! Todo por haber confundido a la Margarita de Valois del primer párrafo con la de Angulema, la de los famosos cuentos.

* * *

En "Nociones de Historia Argentina y General", por los señores F. Guerrini y C. L. Massa, se lee al pie de un grabado de la pág. 48:

Batalla de Suipacha.—Primer triunfo patriota obtenido por el general Belgrano.

Massa y Guerrini suponen que el vencedor de Salta y Tucumán fué el general Balcarce.

* * *

En la "Fisiología e higiene", de Emilio R. Olivé, 8.ª edición, pág. 248, se lee:

...bebiendo un vaso de agua mientras se tienen tapados los dos oídos con un dedo...

Un dedo que ha de ser como una serpiente: da la vuelta a la cabeza, tapa los dos oídos y aun sobra un pedazo para cualquier otro menester.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS

Anécdotas de varios.—En el teatro del Palais-Royal de antaño había como director de escena cierto señor Coupart, hombre honrado aunque un tanto simple, y completamente penetrado de la importancia de sus funciones. Su prosopopeya contrastaba singularmente con las libertades que con él se permitían los artistas de la casa, sin que pudieran impedirlas las multas que Coupart distribuía generosamente.

Grassot, muy en particular, se señalaba por sus burlas inagotables y sus irreverencias continuas.

—Veamos, señor Coupart—solía decirle con su voz más armoniosa,—dígame ¿qué multa me aplicaría usted si yo le llamase gaznápiro... Fíjese bien en que yo no lo llamo gaznápiro... Yo no hago más que preguntarle lo que me costaría decirle a usted: "Señor Coupart, ¡usted no es más que un gaznápiro!"

Ante esta consulta Coupart reflexionaba:

—Yo no podría soportar eso, sin aplicarle a usted cincuenta francos de multa.

Grassot se estremecía.

—¡Cincuenta francos!... ¿Nada más que por el placer de llamarle a usted gaznápiro?... ¡Es demasiado caro!... Tendré que callármelo, aunque, en el fondo, y aquí para nosotros, usted no sea más que un gaznápiro... Busquemos un equivalente menos caro... Mi sueldo, muy a pesar mío, no me permite llamarlo a usted gaznápiro... ¡Es una lástima!... Es realmente la palabra exacta e insustituíble... Lo que es no ser rico: no se puede ni siquiera decir la verdad... Veamos, querido amigo, transijamos, ¿quiere?... Hágame ese favor, no sea malo: permítame llamarlo gaznápiro a menos precio...

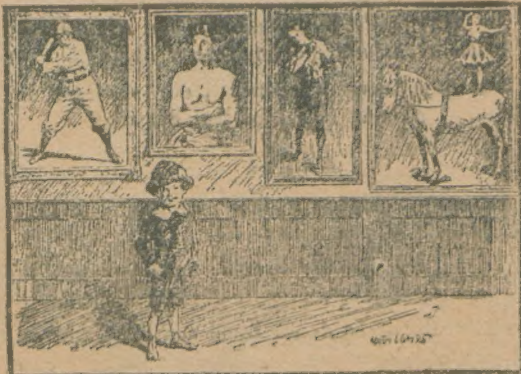
Coupart intratable se defendía enérgicamente:

—No... ¡Imposible!... No puedo.

—Ya ve usted—exclama Grassot con los ojos llenos de lágrimas,—usted es inexorable... usted es un hombre como tantos otros, de los que no soportan que se les diga la verdad... ¿Por qué no quiere que le diga gaznápiro? Sin embargo, si usted supiera lo adecuada que resulta esa palabra para usted... Se diría que la hicieron a su medida... ¡Coupart es un gaznápiro!... ¡Mire cómo suena!... Pero cincuenta francos, decididamente, es demasiado para mi bolsillo. Me contentaré con pensarlo, como todos nuestros amigos... Sé que es usted un gaznápiro pero no se lo diré jamás... Veamos, para terminar: si un día resuelve rebajar sus precios, me avisa...

El duelo de Sainte Beuve.—Poco tiempo después de las jornadas de julio de 1830, bajo la impresión de la fiebre que reinaba entonces, se produjo una querella entre Sainte Beuve y Dubois.

SOBRE GUSTOS...



Si Pepito hubiera tenido que elegir sus ascendientes.

Se concertó un duelo a pistola y los adversarios llegaron al terreno bajo una lluvia torrencial.

Sainte Beuve, minutos antes del duelo, y mientras los testigos terminaban los preparativos del lance, creyó necesario cubrirse con un paraguas.

Como su contrincante y los testigos sonreían ante esa precaución, Sainte Beuve dijo con la mayor sangre fría:

—Consiento en ser muerto, pero no quiero mojarme.

Los maestros del humorismo

SACHA GUITRY—(1885)

El placer de dar

Yo ignoro por completo el placer de dar, sobre todo cuando se trata de dinero.

(En cambio soy capaz de dar muy fácilmente una cita, un apretón de manos, un viejo bastón...)

Y tengo, cosa curiosa, la pretensión de no ser avaro.

Tengo esta pretensión porque tengo la certidumbre de que la mayor parte de las personas son como yo.

Dadas estas ideas, pienso que las personas que prestan espontáneamente dinero deben retener un interés—de no ser moral, varía entre el 5 y el 50 por 100,—es decir, una gran satisfacción orgullosa.

Esto es lo que me impide sentir la menor gratitud hacia los que me lo han prestado. Y es eso también lo que me impide devolverles su dinero...

(No es la única razón, pero al fin y al cabo en algo debe influir).

Es bien cierto: no debía importarles mucho ese dinero, puesto que me lo han prestado.

Han especulado sobre mi reconocimiento; tenían, sin duda, especial interés en que yo les estuviese agradecido.

¡Qué asco! ¡Qué sentimientos más mezquinos!

¡No quiero volver a ver a esas personas!

LOS NUEVOS RICOS



—Estos tacos Luis XV son muy altos. Deme unos zapatos con tacos más bajos, aunque tengan que ser Luis XIV o Luis XIII.

Al primer pobre.—Caritativo y bueno, Julio Sandeau no dejaba nunca de socorrer a los necesitados, en la modesta medida que lo permitían sus recursos.

Cierto día que acababa de dar diez céntimos a uno de los ingeniosos explotadores de las aceras parisienses:

—¿Qué quiere usted que yo haga con ese dinero?—preguntó groseramente el mendigo.

—Amigo—respondió el escritor—ponerlos en manos del primer pobre con quien se encuentre.

En último caso.—Monseñor Caralinda va a ver a un médico, quien le recomienda un año de absoluto descanso en un pueblecito de Córdoba.

—Pero, doctor, ¡un año en Córdoba! ¿A mí, que tengo tanta labor espiritual entre manos?

—Así es, padre: o a Córdoba o al cielo.

Monseñor medita y resuelve:

—Hágase la voluntad del señor: iré a Córdoba.

La cuarta dimensión.—¿Por qué no cree usted que haya una cuarta dimensión?

Y contesta el interpelado, hombre gordo y pesimista:

—Porque si la hubiese, yo la tendría.

Dumas, hijo, y el artillero.—Uno de los amigos de Dumas, hijo, invitado a comer por éste, va al convite acompañado por un joven capitán de artillería:

—Te traigo a mi sobrino—explica el convidado—porque estoy seguro de que le agradará conversar de ti con sus camaradas de regimiento.

Se sientan a la mesa. Durante la comida, Dumas, a quien no le agradaba ser presentado como un espectáculo, se calla como un pescado.

A los postres, el oficial, sorprendido, se informó con interés de si su huésped—el famoso hombre de ingenio, el conversador inagotable,—no se encontraba indispuesto.

—Nada de eso, ¿y por qué me supone usted indispuesto?—preguntó Dumas.

—Como usted no ha dicho nada...

Entonces explicó amablemente Dumas:

—Pero, mi joven amigo, ¿acaso le he pedido yo a usted que disparara cañonazos?

Chico desobediente.—La señora (furiosa).—¡Malo, más que malo! ¿No te he dicho más de cincuenta veces que no te tiznes la cara? ¡Hace media hora que te lavo y no se te sale el tizne.

Chico (lloriqueando).—Señora, se-ño-ra, usted dis-cul-pe, pe-ro yo no soy su hijo, sino el de la negra de al lado de su ca-sa.

Astucias maternas.—Juanito, ¿quieres un poco de dulce?

—Sí, mamá.

—Te lo daría con mucho gusto pero veo que he perdido la llave.

—No importa, mamá: yo puedo entrar a la despensa por la ventana y abrir la puerta desde adentro.

—¡Eso es precisamente lo que quería saber! ¡¡Ya verás, sinvergüenza, lo que te espera, en cuanto llegue tu padre!!

Excelente medicamento.—En las oficinas del "Curalotodo". Un joven del mejor aspecto se presenta y pide hablar con el gerente, y le dice:

—Soy Jorge Gutiérrez y vengo a certificar la bondad de su específico.

—Perfectamente, señor, y ¿cuántos frascos ha tomado?

—¿Yo? ninguno. Pero un tío mío lo tomó y yo era su único heredero.

Prefería el otro.—Un joven artista, conocido como adversario resuelto del arte clásico y oficial, llevó cierta vez a Horacio Vernet dos dibujos sobre los cuales pedía vanidosamente la opinión del maestro.

Sumamente franco y poco favorable a las nuevas escuelas, Horacio Vernet tomó uno de los dibujos, lo miró atentamente y, sin más, lo devolvió a su visitante, diciéndole:

—Prefiero el otro.

Por supuesto, que ese otro ni siquiera lo había visto.

No se recibe a nadie.—Señor, ahí está el médico que llamó la señora.

—Dile que no puedo recibirlo, que estoy enfermo.

Lo peor que se ha dicho de la razón.—No es nada fácil convencer a los hombres de que usen su razón en lugar de sus ojos.—**Fontanelle.**

LA MUERTE DEL BEODO



—Mi querido, hay que perdonar hasta a nuestro más cruel enemigo.

—Comprendo. Que me traigan un vaso de agua.

En todo lo que se emprende es necesario dar dos partes a la razón y una tercera parte al azar; aumentad la primera fracción, y seréis pusilánime; aumentad la segunda, y seréis temerario.—**Napoleón.**

La razón es siempre mezquina, comparada con el sentimiento.—**Balzac.**

Ilust. de "Le Rire" y "Judge".

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes, Maipú 393, Buenos Aires : : : : :



PRAIA DE SÃO DOMINGO, NICTEROY, Río de Janeiro. — Copia de fotografía tomada por el señor Blas L. Dubarry en su último viaje al Brasil.

AGUAS DE COLONIA

Destiladas sobre flores













Duc

Unica por su delicado aroma

Frasco grande. $ **5.80**

Nora

Extra fina

Frasco grande. $ **7.50**
» medio. . » **4.50**

Kendal

Exquisita y suave

Frasco grande. $ **5.80**
Loción. . . . . » **3.60**

LE SANCY

SIMPLE — Frasco verde
Ideal para el baño
Frasco grande. $ **3.70**
» medio. . » **2.20**
» cuarto . » **1.50**
» chico . . » **0.45**

"LE SANCY" AMBRÉE
Frasco blanco
Deliciosa para el tocador
Frasco grande. $ **5.70**
» medio. . » **3.30**
» cuarto . » **2.—**

JARDY

Antiséptica y Desodorante

Frasco grande. $ **4.70**
» medio. . » **2.90**
» cuarto . » **1.90**

Reims

De perfume selecto

Frasco grande $ **10.—**
» medio. » **6.70**
» cuarto » **3.90**

Se venden en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

NOTA: Los precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes tamaño de 1 litro y 10 cts. los demás. OTRA: Los precios de estos productos en la República del Uruguay son los mismos que se publican aquí reducidos a oro uruguayo.



Loción "LE SANCY"
De rica e inconfundible fragancia. . . $ **2.90**

Estos Polvos de Tocador se preparan en los tonos: Piel Natural, Rachel, Morocho y Rosado.



Polvo de Nieve NORA

Preparado con los ingredientes más finos, puros y costosos, expresamente para las damas que desean dar a su cutis el tono perlado de la más admirable belleza natural.

Precio de la caja, $ **4.75**



Polvo de Nieve LE SANCY

De perfecta adherencia y rico perfume. Basta por sí solo para dar a la tez un notable encanto juvenil.

Precio de la caja: $ **1.70**

Polvo Líquido "KENDAL"

Une a sus descollantes cualidades como factor de belleza la ventaja de poder ser aplicado sobre el escote sin que manche el vestido.

El frasco. . . . . $ **3.60**



BLAS L. DUBARRY

458, Medrano, 478 — Buenos Aires
1575, Defensa, 1585 — Montevideo